El españolismo en la producci6n literaria de los siglos XVI, XVII y XVIII en Chile

Ensayo de interpretaci6n hist6rico-literaria

INTRODUCCION

Los diferentes estudios que existen sobre la literatura chilena son deficientes o incompletos. Quienquiera que esté ligeramente interiorizado de la suerte de nuestras letras acepta y reconoce este hecho irredargüible. Procede el fen6meno de causas bien notorias, como ser, el criterio estrecho y menguado que prestigia a historiadores y estetas que han emprendido esta labor, hasta el extremo de reducir la actividad literaria a dos principios polares que se excluyen reciprocamente: el hist6rico o el literario. El historiador estudia hist6ricamente nuestra literatura, sin ·auscultar el encanto estético de las obras, y el literato ·lo hace literariamente sin fijar conexiones con la historia o el medio social. Puede afirmarse que todas las obras escritas en Chile sobre el desarrollo de nuestras letras adolecen de este error comun.

Don José Toribio Medina, el incansable bibli6grafo, invalida desde su origen el poderoso esfuerzo que significa su ***Historia de la L1'teratura Colonial de Chile***, por cuanto el espiritu y el método de la critica literaria son distintos en alto grado al de la simple busqueda y compulsaci6n de afiejos documentos.

Es asi como en su obra, no deja el sefior Medina documento escrito de la época, a saber, historias, cr6nicas, biografias,

discursos; etc., que no incorpora al acervo de nuestras primeras letras sin plantearse proble mas estéticos ni siquiera de elemental interpretaci6n hi t6rica. El libro es una selva donde (como en la conocida frase «los ârboles no dejan ver el bosque::t) el exceso de materia impide seguir el curso de riuestro proceso literario.

ldéntiro error advertimos en las obras de don Domingo Amunâtegui Solar, don Samuel Lillo y don Adolfo Valderrama,, quienes reducen el campo de la exégesis literaria a una simple ordenaci6n cronol6gica, aislando el fen6meno literario en grandes bloques hist6ricos, sin establecer ningun principio selectivo, social o estético. Tal vez la sombra venerable de don Diego Barros Arana, segun observa el sefior Francisco Encina (1) ha inhibido la capacidad de independencia mental en nuestros historiadores y a ello se debe atribuir el tipo de historia seca y a.rida, analitica y positivista, que haste! el momento ha predominado en nuestras letras. El hecho es que estos estudios son truncos, mutilados y estrechos.

Los autores citados incurren en el error de considerar nacional toda la actividad literaria escrita en Chile o sobre Chile a partir del siglo XVI adelante, asi como conceden rango y valor artistico a obras que estân muy lejos de merecer este titulo; no establecen ligâmenes con el medio social - seg(m Taine - ni con la cultura viviente y animada - seg(m Spengler - - pudiendo afirmarse, sin temor a equivocaci6n, que dichos estudios, como todas las obras hist6ricas al uso, estân huecos de las grandes corrientes filos6ficas que desde. el siglo XIX renuevan y vivifican el pensamiento hist6rico; es explicable entonces que estas obras no gocen del aplauso ni del consenso comun de los estudiosos.

Ohservaci6n aparte merece la obra revaluadora de los escritores de la Colonia hecha por el pundonoroso esteta Eduardo Solar Correa. Es el reverso de la medalla. Lo estético, la belleza inefablè, supedita al mundo hist6rico y extrapoético, como si no tuviesen infJuenda alguna en el fen6meno estudiado. A este género pertenecen ***«Retratos Literarios***> de Raul Silva Castro y el ***Panorama de la Literatura Chilena,*** de Hernan Diaz Arrieta, obras en que se reduce el anâlisis literario al simple escorzo individual del escritor conforn1e a un criterio demasiado subjetivo.

(1) La *Lilcatura Hist6rüa Chilma y el ronr,pto ar/1lal ,le la Historia. 193.*

Tal es, a nuestro juicio, el balance poco halagador que presenta nuestra historiografia literaria.

Premeditamos un estudio de la literatura colonial chilena, que no es tan chilena ni tan colonial como han pretendido, nuestros trataclistas, de acuerdo con el criterio de sintesis indicado: considerando la literatura no en una relaciôn de causa a efecto con una estructura social detenninada ni como un producto de la influencia ambiente, sino como una forma cultural perteneciente a un grupo social animado cuyos môviles y objetivos debe expresar necesariamente, en formas de estilo heredadas o adquiridas. Existe una literatura de la conquista, como existe una literatura colonial, porque tradùcen y expresan objetivamente estilos de vida que corresponden a dos ciclos culturales distîntos.

La concepcion indicada convierte la produccion literaria de esta época en una cosa problemâtica y nuevas soluciones se presentan a la conciencia critica. Por ejemplo, ien qué medida puede generalizarse todo este ciclo literario bajo el nombre com(m de Literatura Colonial? ien qué medida es posible considerar nacional la actividad literaria de estos tres siglos?; es justo considerar literarias las obras de Molina, Marmolejo o Lovera? Las respuestas a todas estas interrogaciones constituyen el tema central del presente estudio

***

La extension de las huestes conquistadoras por el suelo ametj_cano, después de descubiertas las Indias por Colon, ha sido estudiada por nuestros historiadores siguiendo la huella de los cronistas, en quienes influy6 de manera tan violenta el continente que sus obras son la historia de los sucesivos descubrimientos. Barros Arana, José Toribio Medina, y en el extranjero, el sen.or Carlos Pereyra, han seguido tan de cerca esta tradicion que circunscriben el feno meno al amplio marco continental sin relacionar ni ligar el suceso a la cultura occidental de la época. Este ultimo, en su estudio sobre Hernân Cortés, llega a decir: <Ni Cortés ni los otros fundadores pertenecen a la Espafia peninsular. (2) No nos parece aceptable este criterio. Creemos, por el contrario, que la dominacion de los espafioles en América, obedece al nuevo espiritu

(2) Carlos PEREYRA: Hernan Cortés, Madrid, 1930.

que domina al hombre europeo a partir del siglo XV, es decir, forma parte de la cultura que adviene en Europa con el Renacimiento. El desenfrenado inclividualismo, la intimidad profunda del hombre consigo mismo, loque Burckhardt ha llamado el <descubrimiento del hombre», caracteristica propia y fundamental de la cultura renacentista, se dan en el conquistador con relieves grandiosos; el rnundo virgen y sin trabas de las Indias cortarâ en el espafiol todas las amarras que puclieran unirlo todavfa al pasado mistico de su tierra y darâ lugar a que su alma se manifieste libérrimamente en toda su riqueza expresiva. Un caso tîpico del nuevo espîritu lo ofrece, a nuestro juicio, Pedro de Valdivia «hombre de altos pensamientos"" como lo ha llamado Marmolejo y en quien el «yo» no es parte de su realidad sino su esencia humana rnisma. Por esta misma raZCË consideramos errada la tesis del escritor Rufino Blanco Fombona, quien explica la conquista de América como una consecuencia del estado espiritual de Espafia en los siglos **XVI** y xvu como una obra de la raza. La verdad es que las grandes aristas sensibles del alma espafiola, como ser, su religiosidad, espîritu caballeresco, su lealtad al rey, etc., se quiebran rotundamente en el suelo ameriçano donde actua sin mas norte que su propia conciencia. Tampoco parece aceptable la tesis que presenta d'on Juan Bautisfa Terân en el libro *Nacimiento de la* mérica Espaiiola, especie de réplica a la obra de Fombona, en el que se atribuye excesiva importancia a 1a influencia del medio fisico con desmedro del espîritu y de la conciencia activista del soldado espafiol, explicando en funci6n de la tropicalizaci6n» de éste -término que usa el escritor -las diferenfes formas que revisti6 la lucha conquistadora.

En realidad, los impulsos, m6vile$ y motivos que animan el alma del soldado conquistador, _forman parte del poderoso complejo vital llamado Renacimiento, cuyo sefiorio en Europa y en la cat6lica Espafia de los primeros Habsburgo, no es posible cliscutir.

Si se acepta este criterio es fâcil admitir el carâcter renacentista y extranjero que inspira toda la actividad literaria de los siglos **XVI, XVII** y xvm escrifa en América; las crônicas y los poemas épices respiran un profundo espafiolisno y tanto en la forma como en el fondo pueden vincularse a las grandes corrientes literarias del Siglo de Oro.

Llamar chilenas a estas obras porque aluden a hechos ocurridos en nuestro suelo o porque en ellas se dan descripcioncs

hermosas de esta tierra, es desconocer el valor espiritual que involucra el término naci6n, palabra que, a nuestro juicio, implica un sentimiento arraigado de la tierra, de la raza, de un destino comun c inmarcesible. jQué lejos estân un Ercilla, un Ofia, un Rosales, un Molina, de expresar estéticamente este fen6œeno!

Estas consideraciones generales, cuyo anâlisis mâs circunstanciado es rnateria de un capitulo especial, nos ha llevado al convencimiento de que debe negârsele todo valor de chilenidad a la producci6n literaria de los tres primeros siglos de nuestro pasado.

* * *

Tanto los tratadistas del siglo pasado como los tratadistas contemporâneos han dado el nombre comun de literatura colonial a los tres siglos de actividad literaria que nos preocupan. Esta denominaci6n no se ajusta a la realidad de los hechos, y dentro del paralelo hist6rico - literario que pteside este trabajo, distinguimos fâcilrnente dos estilos literarios diferentes en esta época. Existe un escritor de la Conquista como existe un escritor de la Colonia. El primero expresa los grandes complejos vitales que viviera el espafiol durante los cruentos anos de guen:as y sacrificios por la posesi6n del suelo chileno, y el segundo, los intereses vitales del periodo de colonizaci6n y asentamiento estable en las tierras conquistadas. He aqui la primera sustancial diferencia. El escritor de la Conquista solamente se preocupa de relatar las sucesivas guerras en que ha actuado como guerrero, carece de disposiciones para el devaneo mental, no menciona nuestro paisaje ni interioriza en la vida del inqio. El escritor de la Colonia, en cambio, concede importancia a la descripci6n geográfica del reino, a su organizaci6n polfüca, a las costumbres del indio y del criollo. El escritor de la conquista escribe «por no haber otra historia de las guerras fuera de la de Arzila> (3), seg(m la frase de G6ngora 1,farmolejo; el esclitor de la Colonia porque cla Europa vuelve al presente tocta su atenci6n hacia la Amérlca, deseando conocer con erudita curiosidad la dh-ersidad de sus climas, la estructura de sus montes, la naturaleza de sus f6siles» (4) segun

(3) Alonso DE Gô:sGOR.\ .:\!.\R:J.OLEJO: *Historia* de *Chile* desde *su* descubrimien.Jc lialladaiio J57j. Colecc'(m clcJ'istoriadoresàe Cl:lc•, t. 11, p. S.

(·l) Abate Juan Ignacio .'.\lot.IN.\: *Compendio de la Historia Civil del Reyno de Ch-ik* .'.\[adrid, 1787. pp. 3.

<lice el Abate Molina. 0 sea, los primeros lo hacen sin el aguij6n de la cultura o la curiosidad intelectual, impregpados en lo mâs intimo de sus condencias por la grandiosi1 ad del suceso en que actuan, mientras los segundos estân preocupados del buen decir, de la erudici6n, libres de toda preocupaci6n bëlica. Ovalle es un prosista puro y delicado; Francisco Nufiez de Pineda y Bascufiân, y Olivares sufren el drama terrible del estilo; los escritores de la Conquista jamâs manifestarân quisquillosidaties de esta naturaleza. En fin, el escritor de la Conquista vive los hondos motivos guerreros e individualistas del siglo XVI, es soldado y es inculto; por el contrario, el escritor de la Colonia es letrado o sacerdote. tC6mo no separar ambos ciclos literarios?

Distinguimos, pues, una literatura de la Conquista, correspondiente al siglo xvr y otra de la Colonia, correspondiente a los siglos XVII y XVIII.

ESPAROLISMO DE LA LITERATURA DE LA CONQUJSTA Y DE LA COLON/A

Los estudios de crîtica o de historia literaria publicados en el pais adolecen de serios defectos que hacen de estas obras papel muerto y sin significado para la cultura nacional. Es este un hecho comprobado que casi no necesita demostraci6n. Sin embargo, la manera c6mo los criticos han enfocado esta extrafia anomalfa que pesa sobre nuestras letras, no nos parece correcta ni ecuânime. En efecto, han descargado todo el peso de las responsabilidades en Ios hombros débiles de sus aufores, a quienes culpan de incapaces, sin considerar otros factores que tienen tanta o mayor importancia que éste en la explicaci6n del fen6meno. Entre ellos ocupa un lugar especial, a nuestro juicio, la falta de independencia del género literario, que no cuenta con un grupo de individuos realmente entregados a la indagaci6n hist6rico - literaria, como ocurre en paises de cultura mas densa que la nuestra, donde las obras de esta indole se dan por cientos y donde Ios problemas metodo-16gicos o filos6ficos propios dd género son estudiados y Fevisados con particular interés. (1) Considérese este hecho en

(1) Raul SILVA CASTRO: *Esto.do"laaool de los méwdos de la Historia Literaria.* 1933,

toda su trascendencia. Las historias literarias nacionales no estân escritas por historiadores literarios propiamente tales, sino por individuos pertenecientes a otras provincias del trabajo mental: historiadores, poetas, criticos impresionistas. Fâcil es comprender que ninguno de estos individuos està en situaci6n de interpretar el fen6meno hist6rico - literario, por cuanto el espiritu y el método del nuevo género son distintos en alto grado a los que ellos emplean en sus investigaciones o creaciones. Escriben, pues, solamente de paso por la literatura, sin expresar hambre ni pasi6n intelectual de ninguna especie, factores indispensables para dar a una obra perfiles definidos y yalor permanente.

No es esto lo mâs grave. La injuria remata definitivamente cuando pretenden interpretar el proceso literario nacional con los mismos métodos o principios que orientan sus respectivas especialidades. El historiador lo harâ estudiando hist6ricamente nuestra literatura: el poeta sin norte ni mediodia alguno, y el esteta despreciando los factores extrapoéticos en nombre de la belleza, que es lo unico que parece interesarle. De estas influencias. la mas grave, a nuestro juicio, es la de la la historia, ciencia a la que la historia literaria ha estado subordinada con detrimento de su sentido y valor espiritual. Recordemos que Barros Arana, José' Toribio Medina y Domingo Amunâtegui Solar, historiadores de reconocida personalidad, han escrito obras hist6rico - literarias que la critica ha aplaudido con muy pocas reservas. Pues bien, son estos autores los que han dado la pauta a todos los trabajos de esta indole escritos posteriormente. De ellos son los métodos, las clasificaciones, las finalidades.

Tocamos una materia de suyo delicada que hemos considerado prudente preparar con esta breve disertaci6n. Los vicios generales que invalidan las obras dedicadas al examen de una parte o de la totalidad del proceso literario nacional, son los mismos vicios que estrechan el marco de nuestra producci6n hist6rica. Asi, por ejemplo, la clasificaci6n corriente de la historia nacional entres periodos, la Colonia, la lndependencia y los Tiempos Modemos, es una imagen inexacta, que naturalmente, los tratadistas literarios no han podido eli.minar de sus estudios por las causas anotadas.

No es efectivo que nuestra literatura empiece con los primeros poemas o cr6nicas escritos en la época de la Conquista y de la Colonia. No tienen nada de 11aciopal las obra

de Ercilla, Gôngora Marmolejo, Lovera, Pedro de Ofia, Alonso Ovalle, Diego de Resales, Molina, escritores que tanto por la forma como por el fondo tienen mâs relaciôn de sentido con las grandes corrientes literarias espafiolas y europeas de la época. En consecuencia, bacer figurar estas obras al lado de la literatura chilena de los siglos XIX y xx, y sobre todo, colocarlas en el punto inicial de nuestro proceso literario, es un error tan grande que no creemos tenga precedente en literatura de pais alguno. En Espafia, por ejemplo, se comienza el estudio de la literatura con los cantares o poemas de gestas, y eso estâ bien, pues nadie puede poner en duda que el soplo intemo que anima a estas creaciones es profundamente espafiol. El Cid es el espejo de Espafia, como lo es el Quijote y como lo serân mas tarde las obras de Galdôs o de Unamuno. Del siglo xn al xx hay en la Iiteratura peninsular un lazo interno cordial que la une e identifica como pertenecientes a una misma familia literaria, confundiéndola con la naciôn rnisma. El caso es muy distinto entre nosotros. La literatura Hamada colonial, que con rr.ejor criterio, hemos dividido en literatura de la Conquista y de la Colonia, no tiene ningun parentesco forma! ni de sentido con la creaciôn literaria de los siglos XIX o X.X. Alonso de Ercilla y Zufiiga, pongamos por caso, es profundamente distinto a Pezoa Veliz en el contenido espiritual de su lirismo. Y generalizando este sencillo ejernplo a toda la actividad literaria de esta época, inferiremos que es mâs bien espafiola y no chi}ena como hasta ahora se ha sostenido. De manera, pues, que empezar la historia literaria nacional con el estudio de estas obras envuelve un error trascendental en la correcta apreciaci6n cronol6gica de ella. La Jiteratura chilena no empieza en el siglo X.VI ni en el xvu ni en el XVIII, sino que algo mâs tarde, en la primera mitad del siglo XIX con la brillante generaclôn de 1842.

* * *

Una prueba irredargüible del fenômeno anotado se encuentra en los propios tratadistas literarios. Frente al problerna que nos preocupa, responden dubitativarr.ente, sin seguridad en los conceptos, o bien, incurriendo en errores sustanciales. lEs o no chilena esta literatura? He aqui la pregunta que debe responderse inevitablernente. Refiriéndose a la literatura colonial dirâ don José Toribio Medina en las paginas

lirninares de su obra: «Las palabras *literatura chilena* no se refieren, como fâcilrrente se deja entender, sino al cultivo que el pensamiento en todas sus formas (sic) alcanz6 en Chile durante el tierr:po de la dominaci6n espafiola. Aquella literatura puede decirse que fué una planta ex6tica trasplantada a un suelo virgen, nada mâs que al arroyuelo que va a derramarse en la corriente madre.> (1) En este juicio enredado y lleno de vacilaciones esta entero todo el libro de Medina. Llama literatura al «pensamiento en todas sus formas , craso error como puede verse, **y,** en realidad, consecuente con él no dej6 texto escrito de la época que no analiz6 **y** estudi6 como obra literaria; primer error importante del infatigable bibli6grafo; a continuaci6n no se decide a dar el paso decisivo cuando le asaltan las dudas sobre la diffcil naturaleza espiritual de estas obras, incurriendo en paradojas realrr:ente curiosas en la interpretaci6n de algunos autores, (2) a los cuales termina por estudiar como pertenecientes a la Iiteratura nacional. El libro de l\,iedina es la prirr:era obra de historia literaria de alguna importancia aparecida en el pais; ahora bien, la primera imagen que él se trazara de nuestra literatura ha pervivido por espacio de dos siglos. Nadie, ni Adolfo Valderrama, ni Samuel Lillo, ni Eduardo Solar Correa, escaparâ a esta inexplicable influencia. Por distintos caminos todos llegan a la misma conclusion.

Otro ejemplo. Don Domingo Amunâtegui Solar, refiriéndoœ a *La Araucana* dice en el *Bosquejo Hi'storico de las Letras Chilenas:* «iPor qué los estudios sobre la Jiteratura chilena invariablerr:ente empiezan por el anâlisis de *La Araucana,* siendo asi que fué obra espafiola **y** compuesta por vate espafiol? La respuesta es obvia **y** ya la di6 don Andrés Bello: «porque *La Araucana* es el poema nacional de Chile, unico hasta ahora de Ios pueblos modemos cuya- civilizaci6n ha sido inmortalizada por un poema épico.> (3) Fâcil es advertir el error implicito en esta argumentaci6n. El poe ma de Ercilla no es la obra nacional de Chile, por la razôn sencilla de que no expresa nada de nada nacional: ni el paisaje, ni las costuœ.-bres aborigenes, ni el hombre o mujer chilenos. Todo aparece en el poema profundamente alterado. Colo - Colo, Lauta-

(1) José Toribio MEDINA: *Histcria de* la *Literalura Cckmial de Chile.* Santiago.

(2) Asl, por ejemplo, refiriéndose a la pintura de la naturaleza hecha _por Oiia, en la que figuran el •jabalî•, el •tigre•, etc. dice: •cualquiera que no sea hijo de esa tierra, se sentiria transportado al coraz6n de Africa.• A pesar de estas contradicciones y otras !lledina estudia a Oii.a como escritor chileno.

(3) *Bosquejo Historico,* p. 14.

ro, Fresia, Caupolicân, no son de ninguna manera nuestros antepasados, por cuanto el poeta los ha idealizado, espafiolizado diriamos mejor. Algo perdurable y edificante, sin duda ha creado *La Araucana:* el rrito de la ra7a chilena, la que aparece revestida de altas virtudes, y de un elevado heroismv.

Mâs tarde, afim1aremôs en él nuestro sentimiento de voluntad y permanencia histolicas, volviendo la mirada a las paginas del libro. Pero basta que esta imagen del indigena sea un *mito* - como ha observado oportunamente Eduardo Solar Correa - para que ya no sea historia.

Consideremos, por ultimo, la opinion de un tratadista de alta sensibilidad y bien informado, don Eduardo Solar Correa, muerto prematuramente para desgracia de las letras nacionales. Su opinion no equidista de la de los autores susocitados, y, por el contrario, es radical e inequivoca en cuanto a considerar chilena a esta literatura: e-La influencia del medio,- dice - a juzgar por sus obra, pudo mâs que el nacimiento y la educacion. Nada hay que los emparente con la literatura peninsular, floreciente en la lirica, en el teatro y en la novela; en cambio, sus gustos y tendencias y hasta sus defectos, hâllanse en perfecta consonancia con los de la literatura criolla. (4) La tradicion historiogrâfica, iniciada por José Toribio Medina, viene a morir en Solar Correa, sin variaciones de importancia, entregada a la ley de la rutina y de là incrcia. Sus mismos métodos y concepciones perjudican de hecho a la historia literaria.

Nuestro pensamiento sobre esta materia, seg(m 8e ha dado ya a entender, es diametralmente opuesto. La literatura de la Contjuista y de la Colonia, antes que la expresion de la nacionalidad nuestra, es el reflejo fiel de los poderosos moviles y m'.otivos culturales de la Espafia renacentista. Basta objetivar los hechos historicos, estableciendo una prudente distancia entre el pasado y el presente, conforme al patético consejo de Oswald Spengler para advertir que la tonica cultural de aquella époèa, los impulsos e ideales de los hombres de entonces, estân sometidos a la camisa de fuerza del sino de la cultura renacentista. Antes que el punto inicial qe nuestra historia en cl orden cronologico, cabe mâs bien considerarlo como cl lento y obscuro proceso porque paso nuestro pais antes de ad-

---

(4) *Semblanrsas Literarias de la Colonia.* 193J.

quirir plena conciencia de si mismo, de su propio destino. Es decir, aquella época no es historia todavia, sino prehistoria, drama de la obscuridad y el caos por alcanzar la luz. Tres siglos mas tarde, en tiempos de Portales, insurgira viva la naci6n, plena de un contenido propio', como un atado de fuerzàs dispersas que al fin han conseguido unidad y sentido.

Henos ante el punto decisivo de toda esta larga disquisici6n: la naci6n. <Qué es? tCuando a un pueblo puede considerârsele una naci6n? La respuesta es sencilla. La naci6n antes que una realidad de orden fisico, material y social, es una realidad de orden espiritual, un sentimiento vivo presente en el ânimo y en el ambiente de todos los individuos que viven juntos en una tierra y tradici6n comt'.in, sentimiento que solo aparece cuando este pueblo se levanta en el medio hist6rico con decidida voluntad de ser. Ese momento en Chile se presenta en tiempos de Portales, encontrando mas tarde acabada expresi6n literaria con la brillante generaci6n de 1842. Los articulas politicos y literarios de la época no dan margen a dudàs; a través de su lectura sentimos el vibrar de un pueblo joven, recién nacido a la vida, que respira cqn sus propios pulmones. Ellos nos diran mejor que el documento frîo o cl decreto - ley que la naci6n ha entra.do en cintura y esta en vias de una mayor edad.

José Victorino Lastarria revela ·c1aramente la aparici6n de este nuevo espiritu en el discurso pronunciado en la Sociedad Literaria célebre por tantos motivas. Dice estas palabras:

«tPero cttâl ha sido, cuâl es en el dia nuestra literatura? tA d6nde hallaremos la expiesi6n de nuestra sociedad, el espcjo en que se refleja nuestra nacionalidad? Aterradora es por cierto la respuesta a una pregunta semejante; pero asi como rompe con audacia s'u vuelo la simple avecilla después del espanto que le caus·a la expl'osi6n ·mortifera del arcabuz del cazador, *rornperemos nuestra marcha después del terrible desengafio que nos causa la idea de nuestra nulidad cuando veamos que necesitamos formarnos con nuestros propios esfuerzos. Apenas ha amanecido para nosotros el 18 de Septiembre de 1810, eslamos en la alborada de nuestra vida social y no hay un recuerdo tan solo que nqs iwlague, ni un Lazo que nos una al pasado antes* ***de*** *aquel* ***dia.*** Durante la Colonia no ray6 jamas fa luz de la civilizaci6n en nuestro suelo. Y c6mo habia de rayar. La misma naci6n que nos encadenaba a su pasado carro triunfal permanecia dominada por la ignorancia sufriendo el

poderoso yugo de Io absoluto en politica y religion. (5) Mas adelante, agrega: <Pèdro de Qfia, que seg(m las noticias de algunos eruditos, escribi6 a fines del siglo xvr dos poemas de poéo mérito literario, pero tan curiosos como raros en el dîa; el célebre Lacunza, Ovalle el historiador y el candoroso Molina, que ha llegado a granjearse un titulo a la inmortalidad con la Historia de su patria, son los cuatro conciudâdanos y quizâ los Cuùcos de mérito que puedo citaros corne escritores, pero sus p"roducciones no son timbre de nuestra Iiteratura, porque fucron indigenas de otro suelo y recibieron la influencia de preceptos extraifos. Desde 1810 hasta pocos afios a esta parte, tampoco hallo obra alguna que pueda lla marse nuestra y que podamos ostentar como caracteristica.» En este juicio de Lasfarria debemos distinguir dos partes: Primero. La'conciencia bien clara en el autor de que s6lo en aquella epoca apunta cl nacimiento de la naci6n. y Segundo. De que la literatura anterior a esta época es indigena de otrc suelo. Oigâmosle corroborar este mismo pensamiento a prop6sito de la concepci6n que tiene del cuento chileno, género cuya prioridad, en las Ietras chilenas, como ha demostrado Raul Silva Castro, corresponde al mismo Lastarria: Ellos no tienen mas mérito - dice - que el de ser testimonios hist6ricos de un tiempo que no se puede olvidar. Los ensayos de novela no presentan estudios de sentimientos y de caracteres, carecen de plan y de enredos; no tienen mâs que un arte, el de la narraciôn sencilla de sucesos de la vida de personajes de acâ. En un mal discw·so hecho a la sociedad de estudiantes (se refiere al que ya hemos citado) ..... habia dicho yo a Ios j6venes que nuestra literatura debia ser nacional porque no habfa pueblo que mas que los arr.ericanos tuvieran que ser originales en su literatura, porque todas sus modificaciones les son peeuliares y nada tienen de com(m con Ios que constituyen la origjnalidad de la del viejo mundo.» (6) De otro lado, José Joaquin Vallejo, el Larra chileno, corro han dado en Ilamarlo con criterio fâcil nuestros criticos, sier.clo asi que el simil difkilrr:ente resiste la prueba de un anâlisis objetivo, cogera en articu,Ios sabrosos y espumantes jirones vivos de la tierra chilena. El paso ya esta dado. La Iiteratura chilena cantarâ desde ahora nuestra tipica realidad. Pue& bien, este sentimiento, este espfritu es el que no asoma en

(5) *Ruuerdos Lilcrarios.* 1867. pp. 110 y 11 I.
(6) José Victorino *LASTARIUA: 1Ifisulaneas Hisloricas.*

parte alguna en la literatura Hamada colonial. El fen6meno es perfectamente visible tanto en las obras poéticas de carâcter épico como en las cr6nkas de los siglos XVI, xvn y XVIII. Precisamos, empero, establecer en este fen6meno ligeras variaciones y modahdades que permiten darse cuenta c6mo en el dominio de lo chileno se sigue una Hnea ascendente, caracterizada por la ausencia absoluta de toda alusi6n a lo nacional en la literatura del siglo xvr; por el mejor conocirniento que de las cosas de nuestra tierra revelan los escritores del siglo xvn, verbigracia, Ovalle y Rosales; y por cierto vago y confuso chilenismo, realmente paladino en FeHpe G6mez de Vidaurre, que nos hace considerar a la literatura del siglo XVIII como una época de transici6n entre la literatura chilena y la espafiola.

En realidad, tanto Ona como Molina, Vidaurre u Ovalle, cscritores de quienes pudiera creerse que son chllenos, por cuanto han nacido en nuestro suelo, literariamente son espafioles, pues se comportan como tales a través de sus obras, excepci6n hecha de Felipe G6rr:ez de Vidaurre, quien, como veremos mâs adelante, es el primer ejernplar estrictamente chileno en el campo de la literatura

Veamos c6mo poetas y cronistas aluden a nuestra tierra.

Alonso de Ercilla y Zufüga en ***La Araucana*** desvirtua, llevado por su hondo espiritu renacentista, las caracteristicas propias de la naci6n, ya sea idealizando al indio o confundiendo graciosamente nuestra flora vegetal con la de otros paises. Un ejemplo: se trata de la elecciôn de capitân general de las fuerzas araucanas; es necesario para alcanzar este honroso titulo soportar sobre los hombros, en un amplio torneo, un grueso y pesado madero el mayor tiempo p·osible. Paicavi, sale a la palestra dispuesto a obtener para si el galard6n:

Pues el madero subito traido,
(no me atrevo a decir loque Pesaba),
era un macizo lfbano ***foinido,***
que *con diftcu!tad* ***se*** *rodeaba.*
Paicavi le aferr6 rnenos sufrt'do, ...

(Canto 11)

Que nosotros sepamos no existe en nuestra flora el Hbano y solo aparece en el poema de Ercilla por obra y gracia de su imaginaci6n, profundamente cargada de renaœntismo. El poe-

ta habla de memoria sobre el paisaje del sur y su memoria, en realidad, es mala. En otra parte alude el poeta a la indignaci6n de Fresia en presencia de Caupolicân, hecho prisionero por los espafioles. Las palabras bravas y orgullosas de la heroina no corresponden a su cultura ni al espiritu de los aborigenes.

Estarfan mejor en labios de una mujer e-spartana:

No revento con llanto la gran pena
Ni de flaca 1nujer di6 allf la mues/ra;
antes de furia y vitia rabia llena,
con el hi10 delante se le muestra.
Diciendo: «La robusta mano ajena
que asi leg6 tu afeminada diestra,
mas clemencia y piedad contigo usara
si ese cobarde pecJzo atravesara.
i_Eres tu aquel varan que en pocos dias
hinclz6 la redondez de sus lzazaiias,
que con solo la voz temblar hacia
las re,notas regiones mas extranas?
jAy de mi! Corno andaba yo engmiada
con altiveza y pensamiento ufano,
viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia 1nujer del gran Caupolicano.
Y agora miserable y desdiclzada
todo en un punto me ha salido vano,
viéndote prisi·onero en un desierlo
pudiendo haber lwnradamente muerto

Dime, daltote esfuerzo, falto espada
para Lriunfar de la mudable diosa?
i_No sabes que una breve muerte ltonrada
hace inmortal la vida y gloriosa?
Miraras a esta prenda desdichada
pues que de ti no queda ya otra cosa;
que yo, apenas la nueva me viniera
cuando muriendo alegre te siguiera.
Tom,a, toma tu hijo,- que era el 1-iudo
con que el Ucito amor me habia ligado;
que el sensible dolor y golpe agudo
estos fértiles pechos han secado;

cria, criale tu, que ese membrudo
cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado;
que yo no quiero titulo de madre
del hijo infame del 1'nfame padre.»
(Canto XXXm. Parte 3.•)

Y asi es el libro. lPuede llamarsele, con justa raz6n, el poema nacional de Chile, como quiere el sefior Amunâtegui Solar? Indudablemente, no. Léanse los episodios idilicos incluidos en el poerria - e l de Guacolda y Lautaro en el Canto XIII·, parte 1.a y el muy hermoso trance amoroso de Teguaida libre de «cuidado, de amor y desventura> que un dia «ardiendo en vivo fuego el pecho frio» entreg6 su amor, altivez vencida, al gallardo Crepino (Canto XX, parte 11.a) - y se com_-prendera en qué medida Ercilla desconoce la psiquis araucana. Es util también recordar algunas palabras sueltas del pr6logo de la parte 2.•, en las que el autor coloca los sucesos que relata en sus debidas proporci'ones. «No es poco atrevimiento - <lice -, refiriéndose a las batallas de San Quintin y de Lepanto que intercala en el poema - querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde .... > Quien asi escribe es, indudablemente, un espafiol auténtico.

El caso de Ona es idéntico y aun mas grave que el de Ercilla. Nuestros tratadistas lo han llamado el patriarca de la poesfa chilena, el primer poeta de la lirica nacional, titulos que en realidad no le pèrtenecen, pues, Ofia no tiene nada de nacional y, por el contrario, si se le compara a Ercilla, resulta que es mas espafiol y mas cortesano que éste. Su actitud ante el indio y ante el paisaje es aleve y es falsa. Menosprecia a aquél sin piedad alguna, negândole incluso su atributo mâs relevante y destacado: el valor; sobre la tierra chile na, teatro de suaves y dulces exaltaciones sensibles, pone un manto de colores orientales y rabiosos completamente extrafios al paisaje chileno. Obsêrvese cuân poco importa en este caso el lugar de n'acimiento en la filiaci6n social de un hombre. Por otra parte, no debemos olvidar que Ofia no naci6 en un pais determinado llarnado Chile, sino en un campo de Agramante, en una tierra en guerra, calida de sangre y de ardor bélico, cuando la altemativa espafiol - araucano era la (mica instancia valida para los dos bandos en lucha.

Hernos dicho que Ona neg6 la virtud mâs saliente e indiscutible del indio: su valentia. Asi es, en efecto. Pertenecien-

do a una raza indomable - hecho que la lùstoria reconoce - nos lo presenta cobarde e indigno de poblar la tierra. Dice de él:

;_Qué vibora, qué sierpe ni culebra
se puede comparar al araucano?
Quemar parece al cielo con miralle
y Jzelarsele de miedo todo el valle.
(Canto 1)

Ercilla nunca hablarâ de esta manera. Su espiritu es mâs ecuânime, justiciero y varonil que el de Ofia. Frente al indio y al espafiol, cuando se trata de decir la verdad, la balanza se inclina en favor del primero. El araucano es valiente, y lo dice; es vilmente explotado en las minas y lavaderos de oro, y también lo dice. Ofia, no. Llevado por su espiritu cortesano hace tabla rasa de la verdad, falsificândola arbitrariamente. Se infiere de lo dicho que siendo Ercilla espafiol es mâs clùleno que Ofia, y que siendo Ofia chileno, segûn los trntadistas, es mâs espaiiol que Ercilla. Extrafias paradojas a que conduce la interpretaci6n acomodaticia y fâcil de nuestra literatura.

Sigamos al poeta en este mismo aspecto de su obra. Galvarino llega con sus manos cortadas al Senado (sic) araucano y arenga enérgicamente a sus huestes:

Entro de la manera que venia
al tiempo que en el inclilo Senado
sobre segufr o darse a Don Hurtado
muchos y varios placitos habia.

Y sigue:

Mas, aunque parte de él contradecia
lo que es rendir el cuello no domado,
los 1nas, niirando el publico e interese,
eran de parecer que se n'ndiese.

(Canto xvu)

En el canto v, uno de los mâs hermosos del *A-rauco Dornado,* se refiere el poeta a los amores de Fresia y Caupolicân. Los amantes estân en el valle de Elicura degustando las mieles

siempre sabrosas del amor. El paisaje que nos pinta es con· vencional y convenciona] también E-s el lenguaje de los ama;ntes:

Aqui Caupo!icano caluroso
con Fresia como dije, sesteaba,
y sus pasados lances le acordaba
por t-ierno estilo y ténm·no amoroso:
no estaba de la guerra cuidadoso,
ni cosn por su cargo se le daba,
porque do esta el amo-r apoderado,
apenas puede entrar otro cuidado.
Por una Parte el sitio le provoca;
la ociosidad por otra le conv2·da
Para c0tmmicar a su que-rida
palabra, 1nrmo, peciw, rostro y boca,
y al regalado son que am07 le toca,
le canto: "Dulce gloria, dulce vida,
ê.quién goza c01no yo de bien tan alto
sin pena, ni lernor, ni sobresalto?
i.Hay gloria o puede habella que se 1·guale
con esta que resulta de tu vista?
;_Hay pecho tan de nieve que resista
al juego y resPlandor que della sale?
lQué vale cetro y mando, niqué vale
del Universo lvlundo la aonqut'sta
tespecto de lo que es haber!a hecho
al 7mtro inexpugnable de tu pecho?
Dichosos los Peligros desiguales
en que por ti me Puse amores mios.
Dichosos tus desdenes y desvios,
dichosos todos estos y otros males.
Pues ya se Jwii reducido a bienes tales,
que entre estos altos alamos s01nbri.os
tu libre cuello rindas a mis brazos
y a tan eslrechos vinculos y abrazos>
«Ay:..-, Fresia le responde, dueiw amado,
y corno no es de Mnor Per)ecLo y Pttro
Jwlla-rse en el contento tan seguro,
sin pena, sin te-mor y sin cuidado;
pues nunca tras el dulce y tierno eslado
se dcja de seguir el agro y duro,
ni viene el bien, st' vez alguna vino,

sin que le ataje el mal en el camino.
De mf te sé decir, mi raro esposo,
(no sé si es condicion de las mujeres)
que en medi·o de estos gustos y placeres
se simte aca mi pecho sospechosJ.....

Su regalada Fresia, que lo atiende,
y sola no se puede sufrir tanto,
con ademân airoso lanza el manto
y la delgada tunica desprende;
las mismas aguas frfgidas enciende,
al o_fuscado bosque pone espanto,
y Febo de proposito se para,
para gozar mejor su vista cara.
Abrasase mir11ndola dudosa,
si juese Dafne en lauro convertida,
de nueuo al ser lzumano reducida,
segun se siente della cudicioso;
descubrese un alegre objeto hermoso,
bastante causador de muerte y vida,
que el monte y valle viéndolo se ujana,
creyendo que despunta la mmiana.
Es el cabello liso y ondeado
su frente, cuello y nzano so·n de nieve,
su boca de rubi graciosa y breve,
la vista garza, el pecho relevado.

(Canto v)

Y .asi es la lirica de Pedro de On.a: renacentista, espaiiola, emocionada de belleza y color. En ella brillan por su ausencia las alusiones auténticas a nuestra tierra y solamente el criterio fâcil y rutinario de la critica nacional ha podido sefialarlo como el padre de nuestra lirica. Es necesario, desterrar definitivamente este grave error de apreciaci6n.hist6rico - literano.

El fen6meno se repite en los cronistas de esta época. Alonso de G6ngora Mam,.olejo, Pedro de Valdivia, a quien cabe mâs bien estudiar]o como cultivador del género epistolar, y Pedro Marifio de Lovera no manifiestan en parte alguna este sentimiento. de chilenidad que buscamos. En el capitulo LIV de la Cr6nica del Reino de Chile escrita por Lovera, figura una conversaci6n entre Lautaro y Llanos Veas, en la que se preten-

de, seguramente, pintar el carâcter orgulloso y soberbio de lautaro, pero es artificiosa. Dire Lautaro: «Pues entrades con la voz de Jacob y las manos de Esau, predicândonos Ley de Dios y ejercitando la del demonio para dorar vuestros engafios y cogernos el oro fino de nuestras minas. (8) De esta manera hablan todos los cronistas, esto es, atribuyéndole al indio virtudes o defectos que no tiene.

Los escritores del siglo XVI al referirse a nuestro suelo efectuaron una curiosa operaci6n: trasladaron al indio y a la vision de la tierra los habitos culturales inherentes a su ascendencia espafiola. Hicieron lo que tenian que hacer: escribir como espafioles. Justo es, entonces, reintegrarlos a la literatura a que realmente pertenecen.

* * *

El siglo x.vn ofrece una fisonomia distinta a la del siglo XVI. Mientras éste esta caracterizado por las interminables guerras entre espa_fioles y araucanos, guerras que comunican al pais un ambito c6smico y anârquico, en el siglo xvn la presencia del Estado cambia radicalmerîte el orden de cosas. Chile ahora esta sometido a jurisdicci6n.; las aristas esquinadas y bravias de los soldados se pulen a fuerza de respeto y sometimiento a la al,ltori<lad real representada por Gobernadores legitimamente nombrados por la Corona; la guerra, que antes ocupaba todo el cèntro de Chile, se desplaza a las margenes sur del Bio - Bio, lo que permite la formaci6n lenta de la vida colonial en Santiago, La Serena, Chillân y otras escasas ciudades. El poblador desplaza al conquistador en el mando de la Yida social. La ambiciôn desenfrenada y sin limites de antes deviene en fénri.do espiritu religioso y evangelizante. El espafiol lucha ahora mâs por la cruz que por el oro. Evidenterr:ente, los tiempos han cambiaèio. La literatura no es ajena o extiafia a este fen6meno. Quiénes ejercen el noble oficio de las letras son sacerdotes o letrados, personas cuitas, con:o el fino y sensible Alonso Ovalle, el enérgico y robusto Diego de Rosales o el triste Nufiez de Pineda y Bascufüm, rr.ejor poeta que prosista, en quien apunta una de las voces liricas mas depuradas de este siglo.

---

(8) Pedro *::\l-\Rto DE LOVERA: Cr611ica dt/ Reino àe Chile.* p. 187.

Todos estas escritores realizan una obra desconocida basta ahora: descubren jirones vh es de esta tierra. Unos, el paisaje, con la vasta sinfonia de sus selvas, rr.ontafias y rios; otros, las costumbres de los indigenas. Son veraces y sinceros. En sus palabras palpita un sentirniento câlido y s·uave de admiraci6n y carifio a esta tierra. Y, por otra p-arte, tanto la prosa como el verso adquiere en sus manos altas calidades estéticas. El lenguaje es plâstico, cefiido al pensamiento, sobrio y emocionado de color. Evidenternente, estamos frente a un tipo de literalura muy distinto al de fa Conquista. Esta lit.eratura por ser expresiôn de nuevos intereses colectivos ahincados en la sociedad de entonces es la que nosotros llamamos, propian-ente habla'n_do, literatùra colonial.

Ante el dilerna- de si es chileno o no este ciclo literario, debemos responder negati:vair.ente. A las razones aducidas con anterioridad, agregaremos otras. Posiblemente para muchas sea una peligrosa audacia afirrnar esto perentoriamente, sobre todo cua·ncto las pruebas objet.ivas y la frfa elocuencia -de Ios hechcs, corr:o nos ocurre con O,·alle, no salen a nuestro encuentro con la oportunidad requerida. Pero en el terreho del arte y aun de la Historia, el conocimiento recae mas en la intuici6n mfstica de_ la realidad que en los procedimientos analiticos o deductivos gratos al pensamiento positivista. Asi, por ejemplo, en la *Historica Relacion* del Padre Ovalle no aparece en parte alguna una confesi6n explicita de su chilenidad o espafiolismo. Pero, iCS necesario que el antor tenga que decirlo para damos cuenta del tipico fen6meno? iPor qué son nacionales, y bien nacionales, las obras de Dostoiewski, en Rusia; de Cervantes, en Espafia; de Guiraldes, en Argentina; y las de Blest Gana, en Chile? tSerâ. porque sus autores nos lo dicen a cada instante? Permitasenos una ultirna argumentaci6n sobre este t6pico. Estima:mos que una obra literaria cualquiera es nacional cuando la alte.rnativa sujeto y objeto, hoJDbre chileno, argentine, espafiol, etc., con tierra espafiola, argentina o chilena, se da fundida en una sola realidad. Este fen6Ïneno no se presenta en el siglo xvu ni en el XVIII y, como observa Lastarria, tampoco es visible en las creaciones literarias de comienzos del siglo x1x. El Padre Ovalle alaba y colma a Chile de hermosos conceptos y aitirambos, pero éstos no constituyen, a nuestro entender, una prueba de chilenis1r.o. Ve al indio y love bien; ve el paisaje y es sincero y fiel en su descripci6n. Pero de agui a inferir que esta literatura forrr:e parte del acervo hist6-

rico nacional, hay una distancia considerable. Basta leer la obra para sentir este fenômeno.

Si Ovalle no es paladino y cxplicito en la afüwaci6n de su scntimiento estético, el Paàre Rosales, contemporâneo suyo, no deja margen a dudas al respecto. He aqui la defensa que hace de la *Historia General del Reino de Chile,* anticipandose a las posibles suspicacias de sus Iectores: Y yo confieso que a no aver visto por vista de ojos muchas de las rosas de esta historia y a no ver tenido relaciones tan Yeridicas de personas que se hallaron presentes a los sucesos que en ella se refieren, no me atreveria a escribirla por no incurrir en la nota de menos puntual. Y a(m con aYer estado afios doctrinando los indios Araucanos, los de Tucapel, Pajcavi, Borna, Toltén, Imperia], Villarica y aver discurrido por toda la tierra desde Santiago a Chiloé,- ayer pasado dos veces la cordillera y puesto en paz a los puelches y peguenches, comunicado con hombres muy entendidos de sus usos, costumbrés y ritos o ceren onias, y examinado diligentemente los sucesos de la guerra y acompafiado muchas vezes el exército, que todas son circunstancias que acreditan mucho la verdad temo, segun los pareceres de los _hombres y las inclinaciones a censura,r, que algunos podrân dudar en la puntualidad. Mas puedo asegurar que me he preciado de ella y afectândola con todo cuidado, ya por mi profesi6n; ya por mis afios y ya *por castellano,* que en la sinceridad de la verdad y en la puntualidad tienen mucho crédita adquirido los que lo son.· (9)

Este lenguaje recuerda el estro abundante de Feijoo y las mejores paginas de las letras espafiolas.

Llegamos al siglo xvrn. Las cosas no han variado fundamentalmente con respecto al siglo anterior. El periodo de la Conquista ha sido superado en forma aosoluta. El an6guo minero que era el conquistador, hombre maso menos nomade, que va donde brilla el oro o donde lo Hama la gloria, ha terminado por arraigarse en la tierra, abrazado a ella, por la fuerza misma de su obra. Pronto sentira deseos de rompcr el aislamiento odioso en que econ6mica y culturalmente lo mantienc la metr6poli, buscando el mercado de los demas paises europeos. Dos establecin1ientos educacionales importantes, la Universidad de San Felipe y el Convictorio de Santa Carolina, ensefian a los hijos de la oligarquia reinante cl latîn y la gramâtica,

(9) *Historia Gellercll del Reil10 de Chik* pag. 110. T. **l.**

cifra maxima del saber de aquellos tiempos. Y en el fondo abigarrado de la vida colqnia, jacinto *azul* torcido sobre el alma de los criollos, la Quintrala, mujer satânica y devota, ensefia a los hombres el misterio impenetrable del amor.

Planea por sobre todo el ambiente colonial un vago y confuso sentimiento de chilenidad. Molina, desde Italia, llamarâ a Chile el jardin de América. amoroso requiebro de un alma nostâlgica de su tierra: y Felipe G6mez de Vidaurre, por fin, dirâ la palabra plena de contenido nacional, palabra valida por todo argument0-: *lvfi Patrfo.* Este Mi Patria, apuntalado entre dos exdamativos, signos cordiales y animicos, es el misterio que se nos revela, es la aparici6n de Chile. Oigamos h&blar a nuestro primer compatriota: 4 Conozco lo grande del asunto - dice, al justificar en el pr6logo su *Historia Geografica Natural y Civil del Reino de Cliile* - y veo que mis fuerzas no pueden llegar a llenar el proyecto. Con todo, yo lo abrazo por el deseo que tengo de servir al pûblico y de hacer conocer a *mi patria* en su propio y verdadero aspecto. 7 (10) Es mâs. Por si alguien dudara todavia del arraigado chilenismo de nuestro compatriota, conviene que le oigamos la hermosa defensa que hace de nuestrc¼s riquezas minerales: «Cuando se despierte en ellos el esphitu de comercio y se avive la industria y se cultive las ciencias de las artes, serân estas cosas la fuente inagotable de sus riquezas, no menos reales y verdaderas que lo que creen abora las minas de oro, plata y cobre, que con tanto sudor trabajan para no gozarlas sino para que las disfruten los extranjeros. (11)

Palabras son éstas de un adelantado a su tiempo que bien podrian suscribir los mâs senalados defensores actuales de nuestra integridad nacional.

Quédanos una Ctltima disquisici6n para cerrar este capitulo. Nadie ignora que el mundo civilizado en el siglo XVIII fué profundamente francés en las tendencias e impulsos·extemos de la vida de los pueblos. Chile no escap6 a esta influencia.. Ahora bien, una prueba irredargüible de este general espiritu extranjerizo, en el terreno literario, fué la asimilaci6n de los cânones del enciclopedismo francés.

Por el enciclopedismo el arte entreg6 su cetro a la ciencia. Se hizo arte, pero cientifico, calculado, frio, arte poco artistico.

(10) Felipe Gôm:z DE VJO.\URRE, *llistoria gecgrafica natural y civil del &y110 de Chile.* pp. 6 t. 1.

(11) OBC. pp. 168. t. 1.

Molina y Vidaurre son en Chi.le los ejernplos rnâs claros de este fen6meno. Por esta raz6n antes que los primeros escritores chilenos pertenecientes al género poético, los consideramos como los iniciadores de la literatura cientifica nacional. Son obras heladas, ajenas a la ficci6n literaria y escritas seg(m declaraci6n de sus autores con el prop6sito de dar a conocer a Chile parte por parte, tal cual es, atendiendo, ante todo, a la verdad. He aqui lo que Vidaurre <lice al referirse a las plantas «alimentares'.I> de Chile: «Seria nunca acabar si hubiere solo de hacer rnenciôn de todas las plantas aJimentares de que usan los naturales del reino, y fuera de mi prop6sito, que es de no hablar sino de lo que se puede sacar algun fondo de especial utilidad o ramo de cornercio. i (12) En estas palabras se simboliza el espiritu realmente anti - literario de toda esta época.

La literatw-a en cuanto expresi6n de vivencias estéticas s6lo aparece el afio 1842. José Victorino Lastarria y José Joaquin Vallejo escriben entonces cuentos y articulas de un hondo sabor nacional. Son estos escritores quienes entregarân a la futura novela çhilena los métodos y la materia. Luego Blest Gana, Daniel Riquelrne, etc., culminarâ.n el largo proceso uniendo con el hilo de la inteligencia y de la pasiôn creadora las pâginas novelescas mâs auténticamente nacionales de las letras chilenas. *Durante la Reconquista* de Blest Gana, es el verdadero libro épico de nuestra historia. Miremos desde sus pâginas al pasado con la misma mirada avisora de Lastarria y convengamos en que es completamente extrafio a nuestra idiosincrasia, una medianoche ca6tica y obscura donde la naciôn s6lo esta en germen y potencia. La Conquista y la Colonia son jalones mâs bien de nuestra prehistoria, o mejor considerado, trozos dispersos, hijos lejanos de la Espafia catôlica, quijotesca y mistica de los Habsburgos.

Desde entonces hasta hoy dia esta literatura novelesca ofrece un rostro histôrico uniforme. Es una literatura objetiva, enamorada de las cosas y de la piel de esta tierra. Tiene mucho de documenta social (costumbrismo, historia, etc.) y poco de documento espiritual y humano. En sus mejores y mâs acabadas manifestaciones falta el soliloquio del alma èonsigo misma, la concreci6n de tipos y arquetipos prnpios del paie;. Sea por la dependencia de la cultura americana al pensamiento occidental, sea por la ninguna o escasa vocaci6n subjetiva del

(12) G6YEZ DE \'10ACRE: pag. 112, t. 1, (Obra cit.)

genio europeo, como ha observado muy bien André Gide en su cstudio sobre Dostoiewski es el hecho que nuestra literatura no ha dado todavia al chileno, de pie a cabeza, plantado en medio dr una obra. Hemos conquistado el medio que nos rodea. Falta conquistar cl espiritu que nos vigila por dentro. Los intentos realizados en este sentido son escasos y pertencccn a la ultin a generad6n literaiia. Hombres, la novela de Eugenio Gonzâ1ez Rojas, es una obra de soliloquio y de intimidad, pero es fa.cil ach-ertir en ella que una atm6sfcra ruso - chilena dcs-virtua el drruna interno de sus personajes. Otro intento, mâs feliz a nuestro juicio que el citado, es la magnifica novela de Alberto Romero, *La viuda del* c01wc1Ltillo, pues el sensualismo fatal de la viuda es una de las fases sensibles de mâs de un tipo de mujer chilena.

Nuestro espbitu es todavia el secreto de la E-sfinge, la ultima zona por conquistar.

Acaso lo que falta es historia, mas historia, para que w1 dia aparezca plenamente lograda en nuestra literatura la novela nacional.

LlTERATURA DE LA CONQUISTA

El proceso de la historia ainericana llamado la Conquista ha sido asimilado con excesiva ambigüedad a los afios de luchas continuas entre naturales y cspafioles por la P°"<:esiôn del continente, sin que nadie hasta ahora baya intentado una explicad6n mâs amplia y generosa del fenômeno. En estos estudios se ha atendido mas al inventario y documcntaci6.n que al espiritu y lenguaje morfo16gico de los hechos. Por esta raz6n; el conocimiento que tenemos de este trozo de vida hist6rica es vago y algo confuso, pues la simple argumentac16n bélica en que descansa es insuficiente para cxplicarse el alma culturaJ de toda esta época.

La Conquista no es para nosotros un simple hecho guerrero, segun el cual espaiioles y naturales ocuparfan todo el amplio escenario de América con sus bazafiosos hechos, sino un fen6meno de radio mas ampHo, al que puede fijârsele una bora de nacimiento y otra de muerte definitiva. Comprende casi un siglo. Iniciada el afio 1493, periclita en 1570, maso menos, fecha que con algunas escasas variantes en los distintos pueblos conquistados, puede sefialarse como el preludio de la vida colo-

nial. En todo este tiempo, tienen lugar a manifestarse en cl sue]o americano ampliamente los poderosos m6viles individualistas viYos en el alma del conquistador, el que reviste formas caracterî.sticas y diversas que comunican a esta época una fisonomîa propia e inconfundible. Ya se verâ mâs adelante c6rno en la Colonia los intereses cuit urales colectivos son de naturaleza bien diversa.

Esquemâticamcnte considcradas las formas e intereses culturales a que hacemos feferencia son las siguientes :.

1.° *Caracter individualisla de las c,npresas a las Indias.* Es este factor el mas importante de todos y en cierto modo derivan de él los otros que emmciamos. A partir del ano 1495, fecha en que los Reyes Cat6licos quebrantan el pri\·ilegio concedido a Colon de buscar y rescatar oro en Amérira por cuenta del Estado, se abre el continente a la libre iniciativa de los hijosdalgos y aventureros de Espafi.a. La ninguna dependencia del Estado espafiol, por una parte, y la lejania de América, por otra , completan la obra. Los aventureras conquistadores cifraran en el nueYo continente la materializaci6n de todos sus ensuefios de oro r nombradia social.

2.° *Caracter anarquico e indisciplinado de tas emPresns.* El Estado espafiol no snjet6 la conquista de América a un plan po!itico superior subordinândolas entre si o haciéndolas solidarias con fines de cooperaci6n. Nada de eso. Caàa emprcsa es en animo de jetes y soldados una finalidad en si misma.

3.° *Ausencia de jerarquia en las auloridadcs.* El privilegio concedido a Colon hacfa prever un sistema jerarquico de gobierno en las Indias; no fué asi; con su caida también desapareci6 esta posibilidad. La autoridad, entregada directamente en manos del conquistador, fué causa mas tarde de graves disensiones guerreras entre los jefes por cuestioncs territoriales y de dominio.

4.° *Espiritu anti - estaJal del conquistador.* Este fen6meno es una consecuencia ultima del poder y dominio que tuvo en América el jefe de conquista, Puede decirse que casi todos los capitanes de conquista pensaron aJguna vez desprenderse completamente de toda dependencia con la Corona. La rebeli6n de los Pizarro en el Peru es el acto mâs significativo de este fen6meno.

5.º *Ajan de oro y riquezas de los conquistadores.* F.s éste, como todo el mundo lo sabe, uno de los factores mas caracteristico de la conquista de América. Las crônicas nos han dejado una abundante documentaciôn sobre este môvil de la conquista.

6." *Apetilo de honro y gloria de los jejes v capitanes de las etrJPresas conquistadoras.* Fenôrr.eno implicito en la quimera del oro, propia, como hemos dicho, a todos los conquistadores, cobra este sentimiento un relieve especial en los jefes y rapitanes de las empresas. Pedro de Valdivia, el Capitan de la conquista de Chile, es uno de los representantes mâs genuinos de este extrafio y poderoso desvio que la personalidad del espafiol sufriô en América, quienes no ven cumplidos sus ensuefios con la simple busqueda de oro sino que, ademâs, desean gloria, titulos de honor. (1)

Falta anotar en este esquema general de las distintas formas que revisti6 la conquista de América, que supera indudablemente el sentido misero y mezquino que hasta ahora se le ha dado a este fenômeno histôrico, la condiciôn social del conquistador. En realidad, todos los historiadores estân de acuerdo en afirmar que el grueso de los soldados que vinieron a estas tierras son hijosdalgos empobrecidos o simples aventureros. Tomas Thayer Ojeda, en Chilc., estudiando la formaci6n de la raza chilena, ha dejado claramente establecida la verdad de este aserto. (2) Por su parte, Luis Moreno y Rubio, historiador argentino bien documentado y acucioso, ha consignado en el libro *Pasajeros a las Indias,* en cuadros estadisticos del mâs alto valor histôrico, la baja extracciôn social de todos estos soldados aventureros. (3) Es éste, pues, un hecho comprobado.

Derivemos de este hecho todas las decisivas consecuenrias que tiene en el aspecto literario. Tanto Pedro de Valdivia como Lovera y G6ngora de Marmolejo, en Chile fueron escritores de esta época, a la par que soldados. scribieron encima de la guerra y a todos sin excepciôn caben las observaciones histôrico - culturales susocitadas. Eran hombres de escasa cultura, identificados espiritualmente con la guerra, y al escribir,

(J) Hemos resumido en estas lîneas las itleas escnciales de la '.\{emoria del profcsor de Historia eeiior Néstor i\leza Villalobos, hecha bajo la dir.:cciôn del seiior Juan G6mcz :\lillas, titulada Estudw sobre las for,rws, mativos de la.s emprtsàs Espai!olas en Atnérica, Oceanfu desde 1493 a IHO. La tesis sustentada por el autor nos parece profunda r \'erdadera.

(2) Tomas TuAYER 0JEDA: Los Conquistadores de Chile.

(3) Luis MORENO v Rue10: Pasajeros a las lndias.

hicieron dos cosas bien notorias y originales: expresaron literariamente el poderoso ***phatos*** colectivo de la época y dieron a esta literatura una fom1a idéntica y comun. Son, desde luego, escritores - soldados pero, dicho sea en nombre de la verdad, mas soldados que escritores; hombres para quienes la guerra es el unico centro normal y verdadero de la vida, y por esta misma razon, almas limitadas e ingenuas para expresar sus intimos sentimientos. En la Colonia la cosa es completamente distinta. El escritor es sacerdote o es Ièlrado. No participa en la guerra armada porque a todos les interesa mâs la conquista espititual del indio que su exterminio. Este brevisimo esquema expresa para n9sotros la diferencia notable que separa a la literatura de la Conquista de la de la Colonia. Ambas épocas constituyen dos mundos antipodas que no pueden, en consecuencia, estudiarse desde un mismo prisma hist6rico.

El escritor - soldado de la Conquista solo tiene un motivo esencial de creacion: la guerra. Diriase que la siente a ras de coraz6n como un viento câlido grato al espiritu. No escribe sobre otra cosa. La guerra de la conquista de Chile ocupa en todo momento el primer piano de la creaci6n estética. Recuérdese a Ovalle, Rosales, :Molina y véase en qué medida estos escritores superan el marco estrecho de las cartas o cr6nicas de esta época, agregando a la desctipcion guerrera -- que muchos escritores de la Colonia conocen solo a través de libros - nuevos motivos de inspiraciôn estética.

Para el escritor soldado no existe el paisaje ni existe el indio tal cual es; s6lo existen las batallas encendidas de p6lvora o las escaramuzas parciales de los soldados.

He aqui como Lovera hace hablar a Lautaro: «Pues entrades con la voz de Jacob y las manos de Esau predicândonos Ley de Dios y ejercitando la del demonio para dorar vuestros engafios y cogernos el oro fi.no de nuestras minas.» (4) Esta manera de hablar del araucano no es ridicula del todc; el espafiol no lo conoce y necesita atribuirle su propia cultura, asi como le atribuye su mismo espiritu; lo inaceptable es que a(m estemos considerando nacional obras tan espaiiolas que no contienen alusiones verdaderas acerca de nuestra tierra.

En todas estas obras no hay preocupaci6n literaria de ninguna especie. Estos escritores escriben, ya lo hemos dicho, encima de la guerra, a puro pulso, alargando o restringiendo el

(4) Pedro MARINO DE LOVERA.. Obra cit., p. 187.

periodo de la frase seg{m sea el fluir de la s.angre o el latido del coraz6n. No es la de Valdivia, G6ngora :Mam10lejo y Lo-Yera, una literatura literaria, bien peinada, ino una. literatura anti - literaria en la que destaca robusto el nen·io y el aln•a àe estos hombres. A falta de estilo, de forma, exhibe, en carnbio, un fuertc realismo que no hace sino corroborar el numen racial espafiol de que es oriunda. Véasc, en cambio, la literatura de la Colonia. Qué difcrencia mâs profunda. Quien busque cstilo, color, plasticidad y belleza en el decir beba largas boras en la prosa armoniosa y delicada de Ovalle, en las sabrosas descripciones folkl6ricas que dedica Rosales al araucano y aun en las obras del Abate Molina, quien no carece de seveiidad y nobleza para ir marginando con erudici6n y cultura su conocicœicnto de este pais. Ovalle, Rosales y l\.folina Yen nuestro paisaje, conocen al indio y al criollo. Nada de csto es posiblc encontrar en los escritorcs de la Conquista. Lo que los separa no son simples diferencias individuales de temperamento, sino que dos épocas distintas ineludiblementè expresadas en sus reacciones espirituales respectiYas.

J\.un es posiblc sej'ialàr otras caracteristicas propias de esta literatura. Anotemos, la objetiYidad no siempre bien pura del relato. El escritor de la Conquista que, en cierto rrodo, escribc para obtener una merced de la Corona, jarnâs llega al tono meloso y aquiesccnte de algunos escritores de la Co!onia, como Santiago de Tcsillo, Ofia y el propio Rosales. No tranza con nadie; a veces nos da la irnpresi6n de que no tranza ni consigo mismo. Va derecho a su objeto. La realidad es para él la realidad. Lo que los ojos vcn,· visto queda. He aqui lo que G6ngora Marmolejo deja dicho a prop6sito de Caupolicân en la hora de su muerte: ◁I este es Caupolican de quien Arzila tanto levanta sus cosas.• La ficci6n estética no tiene cabida en el èspiritu realista de estos hombres como ocurre en Ercilla, por ejemplo, poeta que por su educaci6n y condici6n social de ningun modo puede ser estudiado como escritor de la Conquista. Ercilla no fué un conquistador sino un anti - conquistador. El espiritu del Padre Las Casas y del Padre Luis de Valdivia olea Y canta en sus versos. Estudiar su epopeya conforrr..e a un criterio simplemente cronol6gico es desconocer el valor supremo que el sentido y el alma tienen en los hechos histôricos. El escritor de la Colonia puede mentir como ocurre en Ofia, en Rosales, en Santiago de Tesillos; el cronista - soldado de la Conquista, no. La realidad es para él la realidad.

En otra oportunidad, este mismo e8critor, o sea, G6ngora :Niarn!olejo, tienc que referirse a ValdiYia, quien se encuentra en Concepción preocupado de la guerra y de encontrar oro en las minas. Las palabra de Marmolejo acusan una imparcialidad tan pristina y cligna que parece obvio encarecer el valor simbélico que encierran: <>También en aquel tiempo - <lice-, junto a la ciudad de Concepción, se haUaron otras minas muy ricas; que en las unas y otras traia ochocientos indios sacando 9ro; y para seguridad de los espafioles que en las minas andaban rnandô hacer un fuerte donde pudieran estar seguros. Estando en esta prosperidad grande le trajeron una batea llcna de oro..... Este oro le sacaron sus indios en breves dias: Valdivia habiéndolo visto no dijo mas, ***seg{m me dtjeron los que se hallaro-n prese-ntes*** de estas palabras: «Desde agora cornienzo a ser sefior. Sin dar gracia al Criador de todo aquello; que cierto no es creedero que un hombre de tan buen entendimiento dejase de dar gracias a Dios pues de un escudero habîa fevantado tanto que era sefior.• (6) Asi son todos los escritores - soldados de la Conquista: mâs soldados que escritores.

Véanse, ademâs, las paginas ariscas de dignidad con que Lovera alude a la hazafia de Caupolicân, tal corr.o la relata Ercilla, del pesado n•adero sobre los hombros, en que consistia el titulo de jefe de las fuerzas araucanas, (7) o las de Bernal Diaz del Castillo, en -l\1éxico, en que desrubre, con la sinceridad terrible del nifio, el *phatos* de gloria que dominaba el alma de Hemân Cortés. (8) Para ejemplo, entendemos que esto basta y sobra.

Hemos procurado hasta aqui deslindar dos periodos de la historia y de la literatura espafiola escrita en América. Quédanos todavia por examinar una ruesti6n tanto de preceptiva como de historia literaria que tiene relaciôn con esta materia. Nos referimcs a la crônica, género corn(m a todos los escritores de esta época, cuya vida r----:-;ta en la literatura espafio]a al siglo XIII. Cmr.o género Jiterario es de una honda prosapia espafiola. Este nunca ha poseido virtudes sobresalientes para hacer historia de ancho vuelo, como el francés y especialmente el alemân. En can1bio, la historia ***terre a terre,*** subordinada a los hechos cuadra muy bien con su espiritu. De aqui que la

(6) ***Historia de Chi!e dtsde mdescubrimitnto hasta tl ano 1575.*** OBC. p. 3t.
(7) ***Cronica dtl Reino de CIIilt.*** Cap. xvr. p. 149
(8) Bernai Dhz ***DEL C'ASTILLO: Historia rerdadera tk la Conquista dt Ja N-,ei,a Espai!a.*** Cap. 1. p. 13.

cr6nica sea un género literario abundante en las letras peninsulares.

Veamos a grandes rasgos la evoluci6n que este género ha tenido en la literatura espafiola desde las cr6niças del siglo XIII hasta el xv para advertir el extrafio giro que torn6 en esta ultirna centuria.

Las cr6nicas medievales tenfan por objeto *relatar los hechos de los reyes,* seg(m nos lo <lice la *Cronica del Rey don Alfonso el Onceno:* 4'Et corno quier que las cr6nicas fueron hechas por contar los fechos de los reyes; pero por que este riepto de estos dos caballeros fué dicho por cosa que tenia a la persona del rey, el estoriador escribi6lo en este libro.» (9) A partir de Alfonso X, cada monarca espafiol tiene una o varias cr6nicas dedicadas al relato de los hechos de su reinado. El nombre de estos cronistas no siempre es conocido.

En el siglo xv continua cultivândose el género y bajo el reinado de los débiles Trastamara, pasan a ocuparse *110 solo de los reyes sino también de los nobles.* 4' Reyes y nobles, desfilan en la grandiosa galeria de retratos que son las C',-eneraciones y Semblanzas de Pérez de Guzmân» (10) nos dice el sefior A. lglesias a quien seguirnos casi textualmente en el interesante estuclio que ha dedicado a esta materia.

En pleno Renacimiento, reinando los Reyes Cat61icos, y en el siglo XVI, hace estragos esta tendencia historiogrâfica, que en sucesivos relatos habla del capitan Juan de Austria, Carlos V., etc., con el cronista - soldado que se desborda en América, con el espafiol iletrado. Ahora ya no son nobles ni reyes quienes llevan a cabo los hechos heroicos, sino cualquier caudillo o soldado de expecliciones conquistadoras. En consecuencia, cambia el ni,·el social de los ternas y el espfritu de las obras.

Caracterî'stico en estos escritores es el desprecio por la eruclici6n libresca, si bien procuran exhibir la poca que poseen. Todos tienen a alto honor escribir sobre hechos reales de los que han sido actores y testigos de vista. Representante genuino de esta actitud es Gonzalo Fernândez de Oviedo, en Venezuela, quien a cada instante dice que no sirven de nada la elegancia de estilo y la erudici6n si no se ha vivido lo que se relata: «Quanto mâs que· (los autores pasados) no como experi-

(Q) Cr6nica del Rey don Al/011s0 t! Ona110 tn B. , L E. l. 66. p. 3376.

(10) Btrnal Diaz dtl Castillo y tl PoPu/arismo tl1 la historw$_g$ rof fa tsPaiiola. An!culo de la revista •Anales de la Socieclad rie G$_{eogr}$aifa e I!istoria de Gu:itemala . c. XII. Junio de 1936. (p. 436 a 444.)

mentadores, como nuestros espafioles, buscando el mundo, sino como especuladores, estândose quedos, hablaban a su beneplâcito.» (11) En Chile, Alonso de G6ngora Marmolejo, Pedro fvfarifio de Lovera y el propio Valdivia, acusan el mismo espiritu. El primero de los autores citados dice: «Comenz6 a jugar la artilleria tan bien, que metiendo las pelotas en la multitud, hicieron grande estrago y pusieron mayor ten10r, porque yo vide una pelota (que me hallé presente y peleé en todo lo mâs de lo contenido en este libro).» En cuanto a Lovera y a Valdivia, puedén leerse las paginas 89 y 59 respectivamente de sus libros y se encontrarâ Ul\a comprobaci6n objetiva de este aserto.

La continuidad del género hist6rico sefialado no puede ponerse en duda - nueva prueba del espafi.olismo de esta literatura - asî como .tampoco cabe desconocer el cspiritu popular y realista que anima a toda esta creaci6n.

El escritor - soldado de la Conquista escribe condicionado por el ambiente y por la escasa cultura que posee. Pedro de Valdivia dos o tres veces incursiona por la cultura y lo mismo puede observarse en Mannolejo. Pese a que Barros Arana ha vindicado la extracci6n social del jefe de la Conquista de Chile, lo cierto es que no poseemos prueba alguna de que éste baya seguîdo estudios serios, los que solo por onjeturas cree el ilustre historiador que debieron estar <1la altùra de sus mereçimientos. Es mâs. El propio Barros Arana ha admitido la hip6tesis de que las cartas de Valdivia no son hijas de él, sino que de Juan de Cardenas Criada, su secretarîo. Materia es esta dificil de dilucidar, pero en todo caso se zanja con una simple argumentaci6n. Valdivia fué antes que nad un gueri-e-ro - dlevarme a la guerra es encaminarme a mi centro», cuenta Lovera que dijo antes de morir en Tucapel - y esta no fué en América escuela de estrategia ni de cultura De manera, pues, que nuestro escritor escribi6 de acuerdo con las premisas generales que-hemos sustentado en este estudio.

Si se examina la Cr6nica de Lovera el caso es distinto, pero no menos fâcil de resolver. En efecto, esta obra estâ plagada de milagros, citas hlst6ric·as y mitol6gic'as. iC6mo puede ent.onces considerarse obra tipica del periodo de la Conquista, si esta literatura, como hemos dicho antes, estâ pode-

(11) Gonzalo FF.RN.1NOP.Z DE ÜVIEDO: Rtsloria imeraJ, nntllral dt las Jndias, Islas J tierrn firme *dt/* mar Oria110. :\fadrid, 1831 - SS t. 111 p. 36.

rosarr.cnte condicionada por la esca a cultura del cronista - soldado? La contestaci6n es sencilla. LO\·era no fué el redactor propiamente de la *Crímica del Reino de Chile*, sino el fraile jesuita Bartolomé de Escobar. Pasaba el sencillo soldado los ultimos afios de su Yida en Lima cuando conoci6 al saccrdote de marras quien insu06 un pâlido destello de vida al relato, al misn:o tien,po que le agreg6 de su cosecha el mont6n de supersticiones anidadas en su espiritu de creyente. Lovera puso en la obra, los hechos, la materia; el Padre Escobar, la forma literaria. Este pensamiento, que comparten José Toribio l\Iedina y Barros Arana nos ha llevado al convencimi nto de que este escritor, desabrido y ârido como pocos, encaja perfectamente dentro del periodo literario que estudian os.

Los méritos y deméritos generales de toda esta literatura ya estân disefiados para insistir sobre ellos.

I'EDRO DE VALDIVIA

•\las. pues vue.tr.is mercedes son de otro parcccr, no hay para que dilatJrlo un punto: puei cl lle,·anne :i la guerra es encami·narme a mi centro y ha d[as que no peleo. Por tanto, caminemos luego: que aunque estoy , iejo. soy \"aldi, ,a, y no dejo de ser \"aJJi,·i.,. :iunque soy \'Ïejo.•

(Palabras de Valdivia pronunciadas antes de morir tn la batalla dr 1'ucap,l. Cr611iaJ *dd* Rri110 *dt Chilt*. P1.'<iro fa RJi;;o or. Lo-\T.RA. Cap. XLIII)

No puede afirn1arse de Yaldivia, con:o de los capitanes y soldados que gestaron el descubrimiento y la colonizaci6n de A1rérica, que haya sido debidamente juzgado por la historia. Entre ellos) nosotros el ticmpo ha interpuesto un Yelo difuso de comentarios que impide distinguir la ,·erdad de la leyenda. Rufino Blanco Fombona, por ejemplo, ensayista intuitiYo y li-1ico, los vincula al fondo mistico de la raza espafiola superexcitada por ocho siglos de lucha contra los ârabes, atribuyéndolcs, de paso, un origen hurnilde y desconocido En realidad, esto es mucho decir, pues si bien el gruevo de los soldados venidcs a América son hombres de baja extracci6n social, la cuna de muchos de ellos es bien conocida, ron-o ocun·e en el caso particular de Valdivia, a quien Fombona incluye en esta presurosa grneralizaci6n. El historiador y ensayista argentino, Juan Bautista

Terân, por su parte, traslada la explicacién de la raza al medio fisico; seg(m él, es éste el que cper6 en *el* espafiol el extraordinario mimetism.o de que hablan paladinamente su crueldad y desapoderada ansia de autoridad y n:anclo en el continente; clice Terân: Poderr.os imaginarnos el trastorno profundo del conquistador del siglo xv1, al pasar de Castilla o Extrerradura, paises llanos, <le sequia, de tierra de enjutas vides y de los olivos de lento crecer, a los tr6piros caliginosos de lluYias torrenciales y de hervosa yegetaci6n. *(El Nacimiento de Amhica Espaizola,* pâg. 55.)

Otros historiadores invierten por completo la perspectiva: parten de América para llegar a Espafia; ora vilipendian al espafiol, como luego lo exaltan a ocupar un lugar sefiero c importante en la historia de Amérira. Dentro de esta factura hist01iogrâfica calzan los estudios de Carlos Pereyra y Benjamin Vieufia Mackenna, para quienes es tan mexicano Cortés como Valdivia es chileno.

Existen tantas interpretariones del fcn6meno como historiadores han tratado el tema.

Nuestro modo de pensar es distinto del de los autores citados. La Conquista de América es un fen6meno propio de la cultura renacentista en cuanto expresa este concepto un nuevo espiritu y sentido de la vida. Sabemos que el hombre en esta época cse descubre asi rnismo , segun la certeia frase de Burckhardt, y s6lo vive vigi_ante de sus profundas lejanias espiritualcs. Al sisterra social de clases rigidas de la Edad lv1edia - los campesinos, los artesanos, los condes, los duques, etc.-en el que cada clase disfrut'a de una misma renta, se opone durante el Renacimiento el ansia ilimitada de enriquecerse, crecer, alcanzar todos los honores. En la tierra de América, libre y sin trabas sociales, lejos de Espafia, depositarâ el espafiol todo su complejo de nombradia y gloria.

A nuestro juîcio, Pedro de Valdivia, en Chile, es el representante rr,âs genuino de este espiritu. A través de sus Cartas es posible seguir paso a paso el profundo *phatos* animico que lo exalta. Mas que el oro apetece la gloria. Juzguémoslo a través de este cristal en la seguridad de no equivocamos.

La especie de Fombona, seg(m la cual se ignoraria la cnna de Valdivia debe ser desteJTada de una vez por todas. Naci6 el Capitan de la conquista de Chile en Cantuera, pueblo de la rcgi6n de Extrerrladura por los afios 1499 6 1500. No se sabe si hizo o no estudios. Barras Arana, conjetura que éstos debie-

ron ser proporcionados a la relativamente holgada situaci6n econ6mica de sus padres. Asî pudo cocœo no pudo ser. En tcdo case, la falta de antecedentes para resolver este problema - asaz importante para nosotros, por cuanto en él esta comprendida la personalidad literaria de Valdivia - - se suple dando una mirada a todos los actos de su Yida. La guerra fué su Yerdadero centre, desde los tiempos de Pavfa y Roma hasta las batallas homéricas sostenidas en Chile contra los indics. Y la guerra crea guerreros cuando éstos no van a ella adornados de superiores virtudes. Valdivia es ante todo un guerrero, un guerrero valiente, decidido, corne cualquier otro guerrero.

Valdivia puso pie por primera :ez en América el afio 1535, en Venezuela. Luego pas6 al Peru donde le cupo destacado papel en la consolidaci6n del reino tambaleante por el empuje de los indios.

Fruto posiblemente de su heroismo, fué la rica y ex;tensa encomienda del Valle de La Canela que le toc6 en suerte explotar.

Pero una encomienda es solo una encomienda; Valdivia necesitaba mucho mâs para cumplir el sino de su ,ida. Una lonja larga de tierra, por ejemplo, donde gobernar y mandar como sefior. He aqui el suefio central de este hombre. El no lo disimula, no sabe callarlo y cuando lo intenta es cuando lo dice nas claro. Y es asî <omo un dîa parte a Chile, la tierra infamada por Almagro.

Las palabras de Valdivia son patéticas cuando descubre al rey este su intimo sentimiento: Corr:o esta tierra estaba tan mal infamada, como he dicho - escribe - pasé mueho trabajo en hacer la gente que a élla trnxe, y tcda la acaudillé a fuerza de brazos de soldados amigos que se quisieron venir en mi compafüa, aunque fuera a perderme, como lo pensaron muchos, y por lo que ballé prestado para remediar a los que lo hobieron menester, que fueron hasta quince mill pesos en caballos, armas y ropa, pago mâs de sesenta mill en oro, y el navio y gente de socorro que me truxo mi teniente. Debo por todo lo que se gast6 ciento y diez mill pesos, y del postrero que vino me adeudé en otros sesenta mill, y estân al presente en esta tierra doscientos hombres, que ne cuesta cada Ûno mâs de mill pesos puesto en ella; porque a otras tierras nuevas van por la buena fama a ella los hombres, y desta huyen todos por la mala en la que la habfan dexado los que no quisieron hacer en ella como

tales: y asi me ha convenido hasta el dia de hoy para la sustentar, corrpra;: les que tengo 3 peso de oro, certificando a Y. M. que no tengo de toda esta SLtma que he dicho action contra nadie de un solo peso para en descuento della, y todos los he gastado en beneficio de]a tierra y soldadcs que la han sustentado, por no podérseles dar aqui lo que es justo y rrerecen, haciéndoles de tcdo suelta; y haré y haré lo rresrr:o en lo de adelante, en Jo de adelante, que no deseo sino descobrir y poblar tierras a V. M. y no otro intereso, junto con la honra y mercedes que serâ scrddo de me hacer por ello, para dexar mer;wria *y* Jama de 1-ni, y que la gane por la guerra corro un pobre soldado, sirviendo a un tan exclareddo Monarrha. . . . . (l)

Nuestra Capitan, como puede verse, solo desea <>descobrir y poblar tierras a su Majestad sin que Jo grue otro mezquino interés; pero también desea - - y esto lo repite a cada paso en sus cartas - h o n r a y mercedes para él y su familia. Este lenguaje sincero, enérgico, transido de fayor y <le esperanza, es el de todas las cartas. A ratos abandona el tema, ,·ale decir, este t6pico, pero vuelve fatalmente sobre él. Necesita probar con el mayor numero posible de antecedentes sus merecimientos para obtener el titulo de Gobernador de Chile. En esta empresa est solo, lejos de la Espafia, tan solo como lo estuvo para·conquistar con ciento cincuenta hombres la tierra de Chile. Y trance tan grande y dificil sirve para revelamos enteramente la personalidad humana <le Yaldhria. Puede decirse ahora que conocemos al hombre: Duro y probado en todas las vicisitudes y sacrificios, egocentrista sin sombras, para quien el (mico espectâculo de la vida digno de observarse- es el espectâculo de su propio espfritu. Es todo un hombre.

Tiene Vaidhia un claro conocimiento de si mismo. Asi dice: - Y por lo que me persuade merecerla mejor es por habe-mle, con el ayuda primeran:ente de Dios, abido valer con doscientos espafioles, tan lexos de poblaciones de cristianos, habiendo subcedido en las del Peru lo pasado, siendo tan abundante de todo lo que desean los soldados poseer, teniéndolos aqui subjectos, trabajados, muertos de hambre y fdo, con las armas a cuestas, arando y sembrando por sus propias manos para la sustentari6n suya y de sus hijos; y con todo ésto, no me aborrecen, pero me aman, porque comienzap. a ver ha sido todo menester para poder v'.Yir y alcanzar de V. 11. aquello

(1) *Cartas de Pedro de -'aldiriu.* Edici6n hecha por J. Toribio :\fedina. p. S 1,

que venin:os a buscar: y con esto, rabian por ir aentrar essa tierra adelante, para que pueda en su real nombre remunerarles sus serv1c1os..... " No falta a estas palabras el estribillo monôtono y constante que constituye la unica Yerdad de Pe dro de Valdivia: Que ire baga en esta tierra mercedes - vuelve a decir - y para que dellas, después de mis dias, goçen mis herederos y quede memoria de mi y dellos para adelante. (Pâg. 41.)

La gloria es el ideal cimero de Valdivia. ViYe para ella y por ella. Cuando funda la ciudad de Valdivia, dice Lovera, que a galope sobre su caballo la recorri6 de un extremo a otro bautizandola con su misrr.o nombre. (2) Recordemos, ademâs, la explicacién que da a Gonzalo Pizarro de por qué le puso a Santiago este nombre y a toda la tierra de Chile conquistaaa por las armas y las que todaYia le quedaban por conquistar el de Nueva Extremadura: Aqui poblé esta ciudad en nombre de S. M. y llarp.éla Santiago del Nuevo Extremo, a **XXIV** de hebrero de 1541, y a toda la tierra y que demâs he descubierto y descubriré, la Nueva Extr-emadura, por ser e1 Marqués della y yo su hechura. • (Pâg. 55.)

No todos los historiadores y publicistas perdonan a Valdivia este concentrado individualismo impreso en sus actos. Se le ha acusado de vanidad furiosa y delirante espfritu de jactanria. No pensamos asL A este propésito se recuerda su viaje a Lima cuando la rebeliôn de Gonzalo Pizan-o, donde montado en bridas de oro y adornado carcel, derroch6 riquezas como un principe oriental. Tal acto, se <lice, corresponde unicamente a un poseso de vanidad y de gloria. Pero no es este el sentido que debe dârsele a este acto ni el que nosotros le atribttimos. Por el contrari.o, en él esta la prueba mâs irredargüible de su limitada inteligencia de guerrero, asi como la fe y voluntad puesta en la empresa cordial de la conquista de Chile, para él ideal hecho came y sentido (mico de su vi_da. No escapaban a nuestro Capitan las dificultades cada vez mayores, que por falta de hombres iba entrafiando la conquista de Chile. Era necesario atraer soldados de cualquiera manera a esta tierra. Escribiendo a Hemando Pizano, revela Valdivia cabalmente este

(2) Dice Lo,·era: En rncdio de era lierra c taba una largu!sima carrera de 400 pasos dcnclc los indios jugaLan a la chueca. > entrando <I Gobernador por ella, siguiéndole los suyos. comtnz6 a pasar la carn,ra, d:ciendo a voces con gran regocijo; Aquf se fundar{ı la ciudad de Valdivia cual orro R6mulo que intitul6 a Rc,m3 con su nusmo nombre. (Crbnirn del Reino de ('hile Cctp. xx,vm. p. 138.)

pensamiento: Luego se me trasluci6 el trabajo que hahia de tener en esta tierra por la falta de herraje, armas y caballos y que si acaso fuese verdad la muerte del Marqués, mi sen.or, que por haberla tan mal infamado la gente de Almagro, no vemfa ninguna a ella, si no füa persona propia a traerla, y que 11evase siquiera cebo d manjar amarillo para moverle los ânimos y tornarla a acreditar y se perpetuase'>. (Pâg. 5.9). El oro es la unica soluci6n. De al1i que en Lima, la ciudad del oro, Valdivia lo derrochara principescamente, pero con fines politicos.

Tal es Valdivia, el fundador, segundo descubridor, y poblador de ChiJe. Un hombre de extrafias dimensiones. En el encam6 el sino de su época con relieves altos e inmarcesibles.. La claridacl de sus palabras es sintoma de la limpieza de su alma. Sus cartas tienen para nosotros este valor: el de un documento humano de primer orden.

DON ALONSO DE GONGORA A,JARMOLEJO

Los escasos da tos que tenemos de la vida de don Alonso de G6ngora Mannolejo, uno de los prirr.eros escritores de la Conquista de Chile, y posiblemente el mâs interesante de todos, tanto desde rl punto de vista hist6rico ccimo literario, se deben a las noticias que él rnismo consigna en el prefacio y texto de su *Historia de Chilc.* Natural de Carmona, en Andaluda, G6ngora Marmolejo pas6 a las Indias el ano 1505, segun observaci6n de Luis Rubio y Moreno, acompafiando mas tarde a Valdivia en su segunda expedici6n a Chile. Aqui vhi6 hasta las postrimerfas del siglo, calculândose que muri6 el aiio 1576, poco después de terminada la redacci6n de su obra. Puede decirse de él que fué uno de tantos: buen soldado, hombre empobrecido y avido de riquezas.

El interés de su relato, que de ninguna manera es escaso, reside en cierto ingenuo y rudo realismo del lenguaje, en la imparcialidad de sus palabras, asî como en la dignidad severa con que juzga hombres y hechos de aquella época. No es cosa de engafiarse con nuestro cronista. Recto y filudo como un espada cuenta sus impresiones sin eufemismos ni medias tintas culpables. Valdivia, Villagra, Rodrigo de Quiroga, Garda Hurtado de Mendoza, Gobemadores y Capitanes insignes de la Conquista y de la Colonia, pasan por el libro aprehendidos sobria y directamente, tales como son. Anotamos este hecho

debido a que mas tarde los escritores de la Colonia, hombre cultos, acusarân en este sentido un poderoso espiritu servilista.

La semblan;:a de Valdivia hecha por este cronista es sobria, concisa, y abarca integramente la personalidad fiska y moral del gran soldado. Corno ocurre en las cosas logradas, puedc decirse que a este retrato no le falta nada para figurar en un lugar destacado dentro de esta Jiteratura. El autor conocc a su biografiado y en frases penetrantes va comentando, sus actos, dândonos la sensaci6n cabal de Valdivia. Asi, por ejemplo, aludiendo a la campafia de éste en Concepci6n, y al hallazgo de unas minas llenas de oro que en el acto desatan el vivo complejo de su alma, dira: y *como hombre que tenfµ los pensamientos tan altos,* pareciénàole que fortuna le era en gran manera favorable, mand6 que se aderezasen dos navics con muche bastimento y doblados marineros, y rog6 a Francisco de U'.loa, caballero natural de Câceres, que habia sido su Capitân, los llevase consigo a su cargo y le descubriese el Estrecho de Magallanes para tratarse por aquel camino con Espafia y no por el Pi ru; porque ademâs de no ser rr.andado por el Audiencia que el Piru residia, como escueza tan to en los hom bres poderosos ser a otros sujetos, y por tener las mercaderias en extremo mas baratas, lo envié a la ciudad de Valdivia, que estâ del Estrecho de i\fagallanes doscientas y cinquenta leguas de navegaci6n. > (1) La frase subrayada en esta cita y otras que seria largo enumerar, calan el centro mismo del Capitan extremefio. Es indudable que !viam1olejo lo conoci6 bien. A veces orilla su pluma la expresi6n artistica pura, como cuando dice que la casa de Rodrigo de Quiroga tera hospital y mes6n de todo los que lo querian·, o cuando desciibe a Chile en el comienzo del libro, diciendo que ,es de la manera de una vama despada angosta y farga,... Son momentos de entonaci6n que, indudablemente, duran poco.

G6ngora l\1armolejo e$ mâs soldado que escritor y diriase que a él le satisface que asf sea. Se entusiasma ante el espectâculo cuotidiano de la guerra, la que describé con golosa fruici6n, a tal extremo que a veces pensamos, en plena lectura, que aquello no acaba nunca. 1\1inucioso. detallista, sigue el ir y venir de los soldados hasta en los mas mfnimos actes. Esta en su elemento, feliz. He aqui como nos describe la batalla librada por Valdivia en el valle de Andaiién: Los cristianos viéndose

(2) Alonw DE G6Nc;.?R \ turno1.EJO: Obr.i cit Cap. x1v.

acometidos por todas partes, que sospechosos de lo que podia ser estaban armados y muy en orden para lo que les sucediese, luego que se toc6 a el arma se juntaron; y como los indios con ânimo de tomallos desapercibidos se metieron tanto, fué *un hermoso recuenlo)' batalla para de noche,* porque oir a los indios la orden que tenian en acaudillarse y llamarse con un cuerno (por él entendia lo que habian de hacer) y como sus capitanes los animaban y las muchas casas que les decian. I como la noche era serena y qtùeta ponianse gran temor los unos a los otros. Por parte de los cristianos era cosa braya -0ir el estruendo de los caballos, el gran sonido de las trompé las, las ,·oces que Valdivia les daba animândolos rompiesen en les indios; parecia que alli se les acababa el mundo." (pâ.g. 24.) Le queda a nuestro autor tiempo todavia para contar los muertos y decir --lingenuidad, ironia ? - las siguientes palabras sabrosas y chispeantes: «Muricron en esta batalla mâs nûmero de tres mill indios; de los cristianos no muri6 mas de uno, que por desgracia un soldado tirando a los enemigos, corno era de noche, le di6 un arcabuzaso por la espaldas de que muri6. Era este soldado tan alto que su mucha altura lo mat6; porque fué la herida en loque sobra de Ios hombros arriba..... (pâ.g. 22.) El escritor es asi: un perfecto soldado. Parece innecesario decir que su fi¡liaci6n estética hay que buscarla en esta coyuntura.

Documento hist6rico de un valor inapreciable, no esta exenta la cr6nica de Marmolejo de calidades Iiterarias, sino opimas, por lo menos fâcilc>s y asequibles al espiritu del lector transigente.

Faltan dos notas en la cuerda del escritor: el paisaje y el indio. Caso similar a los poemas de gestas, con que se inicia la literatura espafiola, este escritor impregnado del hâlito guerrero y c6smico de la epoca, sôlo ve a los hombres, porque el paisaje se pierde acaso en una cortina de humo o porque su espiritu de guerrero s6lo lo orienta a la lucha. Inutil seria buscar en las paginas de este libro una alusi6n auténtica sobre esta tierra. Del mismo modo el indio apan ce envuelto en un espeso velo de leyenda, fantasiado caprichosamente.

Es este el defecto inherente a todos los escritores de esta época. Son demasiado guerreros para andar describiendo cascadas de agua o las policromias de una puesta de sol, noble tarea en la que mas tarde dos sacerdote, Ova!le y Rosales, nos demostrarâ.n las excelsitudes de la cultura puesta al servicio de una fina sensibilidad.

El libro termina con una critica acerba y amarga al Gobernador Bravo de Saravia. Es la (mica queja que hemos encontrado. Este Gobemador, letrado y déspota, le ha negado un puesto a que se cree merecedor por sus servicios.

Es la unica queja, por lo demâs, del libro viril y verdadero.

PEDRO MARINO DE LO VERA

Uno de los escritores mas represcntativos e inleresantes de la literatura heroica y antiliterara del perfodo de la Conquista es Pedro iviarifio de Lovera, autor de la .Cr6nica del Reino de Chile . Paso este soldado a Chile el afio 1551 y aqui vivi6 cerca de cincuenta afios entregado al ejercicio de las armas. Sufri6 las vicisitudes comunes al ambiente guerrero e inh6spito de aquella época, coma es posible comprobar en mas de algun capitulo de su obrn, sin haber alcanzado a obtener en su vejez el merecido premio a sus servicios. En efecto, alcanz6 este soldado a disfrutar de dos extensas encomiendas, la primera en Concepci6n y la ùltima en Imperial, las que le fueron quitadas por orden de Francisco Villagra. Esta medida hizo profunda mclla en su espiritu; estaba Yiejo y habia luchado coma hombre contra los indics; rnâs atm; desde su mocedad habia sen1icio a la Corona, cifiendo espada en los tercios de Roma y Francia y bien se merecia en el ocaso de su vida el botin de la guerra que le habia dejado Pedro de Valdivia. Pero las cosas en la vida no son siempre como queremos o corne debian ser. Y Lm·era va a morir a Lima el afio 1591, después de haber intentado ante la Real Audiencia la reposici6n de sus tierras sin ser oido por nadie.

Su estada en Lima tiene especial interés para el historiador literario. En efecto, Lovera hizo amistad en esta ciudad con el fraile jesuita Bartolomé de Escobar, a quien le correspondederfa mas tarde gran participaci6n en la redacci6n del libro. Lovera se reconocia a si mismo mal escritor, pero no escapaba a su criterio el valor hist6rico envuelto en el relato. Era necesario darle forma y estilo para que anduviese en el mundo de las letras sin mengua ni rnenoscabo. Y deleg6 esta tarea en el sacerdote Escobar quien, como es fa.cil suponer, de simple redactor de la obra se convirti6 en co - autor de ella, pues puso en cl relato hechos olvidados por Lovera y el acento propio de su espiritu de sacerdote. Recarg6 la nota piadosa y el tono culto y genuflexo de su alma. Por esta raz6n. la lectura critica del

libro encierra ligeras controversias que deben tenerse presentc en un examen hist6rico - literario como el que hacemos.

Creemos que se salva esta dificultad si se confia en el siguiente argumento: Lovera, hombre de la Conquista e iletrado, es el autor propiamente del relato, pues puso la materia, los hechos vi.vidos que son los mâs interesantes; Escobar, superpuso sobre esta capa nûcleo del libro, disquisiciones productos de la cultura, o sea, su aspecta mâs extemo.

La *Crfmica del Reino de Chile* abarca casi todo el siglo XVI de la vida espafiola en esta tierra. Se historia en ella el periodo de la CoPquista con las grandes formas y motivos culturales que le son inherentes y parte de la vida colonial cuando ya la estructura social del paîs cambi6 fundamentalmente de forma bajo la acci6n de nueYas causas y accidentes lùst6ricos faciles de percibir en el espiritu comun a todos los hechos de aquella época. Esta escrita en prosa ruda y sin afectaciones. atenida a la realidad de los hechos, como escribe el conquistador. Es imparcial, veraz, caudalosa y rica en hechos· concretos de todo orden.

El afan de oro del conquistador, el mesianismo social claYado en su espiritu, sus menudos intereses y accidentes, los observa Lovera con aguda sinceridad y certeza. Leamos las palabras que Almagro dirige a sus soldados instândolos a regresar al Perû: «Bien habéis oido las malas nuevas que por esta carta se significan de que en el Reino del Perû se va rugiendo negocio de alzamiento. Veo que el l\farqués don FranciscQ Pizarro ha quedado con poca gente para resistir al excesivo nûmero de los natura:les del Perû; y que socorro de otra parte no hay que esperarse si no otros no le damos. . . . . Los motivas que por cualquier parte se consideran ayudan a este intento; ahora se mira lo que dejamos, ahora lo que pretendemos. Porque si se repara en las cosas de por acâ no es mucho lo que se deja, pues hasta ahora no hemos topado aquellos montes (como diccn) de oro que nos prometian; ni aun lleva talle de hallarse en adelante; ni tampoco volvemos frustrados de nuestra pretensi6n, pues gran parte della ha sido descubrir cuales sean estas tierras con todo lo que hay en ellas. (1) Puede sospecharse de la autenticidad de este discurso, pero en cualquier caso tiene miga y gracia realista.

Deje_mos a un lado, por un momento, a Lovera y veamos

(1) Pedro IAR1xo DE LOVERA: Obra cit. Cap. vm. p. 35.

c6rr.o Marmolejo atestigua el mismo m6vil del conquistador -- su afan de oro - para distinguir las diferencias formales no muy acentuadas que separan a ambos escritores. Dice este cronista: ..... y en todos los valles por donde pasaba hablaba an-:o-rosamente a los sefiores y principales, informândose de la tierra, hasta que entendiô que la noticia y relaci6n que en el PerCt le habian dado no era asL Sus amigos le importunaban sobre volverse diciéndole que la buena tierra quedaba atrâs y que no habia otro Piru en el mundo. (2) Estiman:os a l\1armolejo mas escritor que a Lovera.

Las palabras que Lovera dedica a Valdivia, el hombre alto y cirnero de esta época, son tan duras y âsperas como las de ivfarmolejo. Dice de él que fué «un hombre de suerte , •un soldado de capa y rspada , palabras en verdad poco halagadora. En este sentido ta111poco carece de importancia nuestro cronista, pues con l'vfarmolejo y otros escritores de la época amas6 un mito corriente aun en nuestros ti mpo: el mito de Valdivia: . Se ha vjsto en este soldado algo muy distinto de loque es. Fombona, al no reconocerlc cuna conocida, es el ultimo heredero del mito aludido.

Las palabras mas agudas y penetrnntes de este libro son la critica despiadada que contiene del espfritu fastuorn del conquistador. Este desea el oro, pero es para gastarlo, para darse titulos de gran seiior. Tiene mentalidad de minero y jugador de loterfa. No asoma por su espiritu el sentido de la verdadera economfa, tal conio ya en aquella época existfa en Inglaterra y Francia, paises donde el protestantismo, la industria y la mâquina, preparaban el pon-enir del capitalismo. Son:os hijos de mineros y es posible que aun en nuestro tiempo no nos hayamos desprendido de este ancestro. Por esto, las palabras de Lovera -- acaso sea preferible decir en este punto, con mas raz6n, las palabras de Escobar - son de una viva actualidad: No se puede explicar - d i c e Lovera, comentando sucesos posteriores a la fundaci6n de Santiago - el regocijo y jubilo de los espaJioles cuando \ieron tales insignias, y como si ya tuvieran el oro en las bolsas ninguna cosa les parada faltarles ni les daba cuidado sino era pensar si habfa de hacer tantos costales y alforjas en el reino que pudiesen echar en ellos tanrn oro y asi se comenzaron a engreir y a ensachar en gran manera teniendo ya mas altos pensamientos como gente rica, enten-

(2) Alonso DE Gô:-:GOR\ .\1 \R\WLIJU: Obra cit. Cap- II. Pag. 4,

diendo que en breve tiempo irian a Espafia para hacer l\1ayorazgos y aun condados y torres de oro, comenzando desde luego a hacerlas de viento» (pâg. 54). En otra parte leeceos: «Con esto comenz6 Pedro de Valdivia a tratarse con autoridad y estofa de Gobernador, metiendo en su casa las personas mâs calificadas. . . . . Con esta nueva prosperidad se vivia a lo largo y andaba el oro a rodo, sin haber otra instiucciôn para los indios rr.as de que sacasen muche y purarlos para que lo trajesen puro y aunque algunos pocos fueron cuerdos en arrebafiar lo mâs que pudieron, y con ello irse a vivir a sus patrias descansadamente, pero los mâs o casi todos no se cuidaban de mas que de darse a la buena vida gozando del tiempo y gastando largo, teniendo por cierto que aquella riqueza nunca habia de faltarles; antes habia de ir siempre en mayor aumento. I asi todo era banquetes, saraos, tablajes y semej<1ntes ejercicios, trayendo a los indios tan arrastrados que si un dia sacaba alguno den pesos de la mina los habia de dar todos al encomendero sin quitar grano. Mâs como su vida era de burla quedaron burlados. Porque la grosedad y opulencia se acab6 presto con las continuas guerras y como lo habian todo gastado quedâronse sin ello hasta hoy y tan miserables que mueren de hambre ellos y sus hijos sin dejar a sus herederos un tomien sino es deuda, habiendo entre ellos a quienes dieron sus hombres trescientos mil pesos de oro fino, ultra de las demâs cosas que tribntaban. (Pâg. 76.)

El Padre Escobar impregn6 el libro de otros hechos y observaciones fuera de los anotados. Su cultura y condiciôn de sacerdote lo hace criticar acerbamente y hasta con indignaciôn el trato que el espafiol da al indic. No le cabe en el espfritu la conducta del conquistador. De manera que, fuera de colaborador y redactor de las notas de Lovera, aparece varias veces en pugna con él, visiblemente disgustado. La literatura tiene sus paradojas y esta es una de las grandes, sin duda. Veamos cômo Escobar condena la conducta del conquistador, o sea, a su propio amigo Lovera: «Verdaderamente-dice- todaslas veces que me viene a las manos semejantes hazafias que escribir, me parece que esta gente que conquistô a Chile por la mayor parte della tenia tomado el estanco de las maldades, desafueros . ingratitudes, bajezas y exhorbitancias.... (Cap. X.XXII. pâg. 117.) Buenos amigos en la vida, son enemigos irreconciliables en las letras Sorpresas son estas muy explicables cuya fatalidad sôlo la historia justifica. Ya hémos observado que

la vida espafiola en América se escinde en dos perfodos distintos y antag6nicos: la Conquista y la Colonia. El fen6meno aludido es una prueba mas de su perentoria evidencia.

Debemos terminar este Jigero comento en homenaje a la concordia. Queden Lovera y Escobar cada uno en su sitio. Empero, observemos por ultimo algunas virtudes literarias de Ja Cronfra, que no hemos encontrado ni en Valdivia ni en 'Marmo)ejo, su hom61ogos literar4os. Es una de ellas cierto levc sentido del paisaje impreso en varias partes del relato, del que dariamos prueba si pudiéramos citar 1ntegra la descripci6n de la ciudad de Santiago, agil y colorida, que leemos en las paginas -18 y 49 de la Cr6nica. Hay algo mâs que una simple numeraci6n de cosas concretas.

En cuanto al indio se refiere, Lovera los idealiza a su manera, cada vez que la ocasi6n se le presenta, especialmente, en los discursos que pone en labios de insignes caciques. Véanse en el capitulo u v las conversar.iones entre L?.utaro y Llanos Veas què hemos citado en otro capitulo, asi como el capîtulo XXXII en el que un indio, Albaa, pronuncia un discurso encendido de patriotismo, altivez y honor, de un subido tono espafiol.

Son todas estas pruebas irredargüibles del espfritu espafiol de don Pedro Marino de Lovera.

LITERATURA DELA COLONIA

La vida espafiola en América tuvo an.os rudos y sangrientos y afios de relativa cal ma y tranquilidad para los hombres. Obedeci6 a designios bien claros y precisos en su pnmera etapa y a ideales de vida complejos y distintos en su desarrollo y periodo de fenecimiento. El choque de dos pueblos diferentes en civilizaci6n y cultura, el espafiol y el indio, Uena asi todo el siglo XVT, convirtiendo la tierra de América en un campo de batalJa donde brillan s61o la espada y el heroismo del conquistador. Pero la guerra pasa por la ,-ida râpirlamente y no se detiene en parte determinada por mur.ho tiempo; cmnplidos sus objetivos sobreviene la calma y el reposo. No solo trae en su mochila vituallas y armamentos. Muchas veces trae, ademâs, un destino propio que cumplir. Es lo que ocuni6 en América. La Conquista es un ciclo hist6rico orgânico de la v1da espafiola desarrollada en estas tierras y obedeci6 a rr.6viles y causas bien precisas. El advenimiento del espfritu renacentista, por una

parte, en todo el mundo europeo, desde el siglo xv para adelante, y el estado social de la Espafia cat61ica y mistica de los Habsburgos, por otra parte, habida consideraci6n que es el pri.œero de estos factores el mâs importante de todos, explican el sentido de la conquista de Arr.érica. Tuvo un carâcter individual porque el Estado Espafiol no pudo sofrenar el impetu de sus soldados y tuYo un caracter de clase bien determinado.

Hemos observado en pârrafo aparte estas generales consideraciones.

Al carâcter privado de las empresas a las Indias y a su contenido de clase claro y distinto, debemos agregar el agudo individualisn:o que revistiô la actividad espafiola en esta tierras, su afân de riquezas, su mesianismo social, su actitud de rebeldfa ante el Estado espafiol. Ahora bien, el conquistador espaiiol cumpliô en América este programa histôrico, dej6 en la base de esta tierrn mas de una influencia que atm palpita en el fondo comun de la raza chilena, y feneci6 definitivamnte para dar paso a imperativos hist6ricos nuevos y tan fatales como el que encarnaba. Este nuevo periodo hist6rico es el que nosotros llamarr:cs la Colonia, que empieza y toma cuerpo en Chile el afio 1557 con la llegada a Chile de don Garcia Hurtado, hijo del Marqués de Cafiete don Andrés Hurtado de Mendoza. Creemos no equivocamos al decir que este jefe de la èonquista de Chile, es el anunciador de un nuevo tipo de vida en este pais.

Las cal acteristicas culturales que emanarân con la llega da de Garda Hurtado de Mendoza, constitnyen un apretado conjunto de formas y motiYos hist6ricos que transforman la sociedad espafiola de aquellos afios, dândole una fisonomia propia e inconfundible.

Las estudiaremos en este ensayo, parte por parte, con cl criterio objetivo mas parco posible.

1.° *Presencia del Estado espafiol en Chile.* Los primeros afios de la Conquista estân caracterizados por un fuerte sèntido individualista. El capitan de empresas y los soldados obran a entera voluntad, de espaldas al Estado espafiol, obedientes al sino egocentrista de sus aimas. Aqui reparten encomiendas, crean cabildos a su imagen y semejanza, crecen desmedidarnente. Sienten la conquista de Chile como obra de su esfuerzo, paternalmente. De ninguno de ellos puede afirmarse que no baya intentado de hecho como Gonzalo de Pizarro, o de palabras como hay documentos que lo pnteban en el caso de VaJdi-

via, Cortés, etc., desprenderse de la Corona. Acéérica es el destino del conquistador y esto pesa. Pero pronto sintieron la necesidad de legitimar las conquistas, estableciendo contactô juridico con la metr6poli. Yaldivia lo hace después de cinco afios en Chile. Cortés lo hizo del mismo modo. Las palabras con que hablaban estos soldados son harto reveladoras del ec;tado de sus espiritus, runachiembrados, diriamos, a las tierras que habian conquistado. Recargan en sus palabras la nota pa:tética y de Cartas que fueron se convierten en verdaderos memoriales de sen'icios prestados a la Corona.

Con la llegada a CJ,ile de G=irèfa Hurtado se incorpora el Estado espafiol en el Reino. Este jrfe conquistador trae provisiones reales que lo acreditan con:o legitirro Gobernador, o por lo menos, admitida la hip6tesis que el sefior Crescente Errazuriz plantea en forma tan clara en su Iibro sobre Francisco de Villagra de que este nombramiento s6lo trne el visto bueno del Yisorrey del Peru, a la saz6n Andrés Hurtado de l\1endoza, su padre, su autoridad estâ revestida de una aureola legal muy superior a la de los gobernadores anteriores que solo son nombrados por los cabildos del reino. Garcia Hurt2do de -l\.1en<loza tier.e clara conciencia de este hecho y es asi como procede en Chile en forma enérgica y arbitraria, sin respetar las encomiendas y repartes hechos por Villagra o por Valdivia. Con este hecho se crea, ademâs, en el Reino la lucha entre el conquistador y el poblador, la que termina mâs tarde con el predominio de este ultimo. Los cronistas Lovera y 1vfam10lejo han dejado testimonios febacientes de tcdos estos hechos enunciados. Estando don Garda en Imperial, di6 orden - dice Lovera - en repartir las encomiendas de la mesma ciuclad... . poniéndoli'ts en cabeza de las personas que pareci6 mas beneméritas a juicio de los cuatro consultores que para esto habia disputado corr.o se ha dicho al principio de este capitulo removiendo a1gunos encomenderos nombrados por su antecesor Francisco de Villagran; por haber sido gobemador electo sin autoridad ni nombrado por alguno de los vison-eyes del Peru sino por s6lo Ios cabildos del reine. Y asi habiendo consultado esto con personas graves y habiendo resoluci6n en que no eran vâhdas las dichas encomiendas hizo nueva distribuci6n sin atender quienes eran poseedores sino solamente quienes eran merecedores. *(Crfrnica del Reino de Chile,* Lib. 11. pâg. 233.) Este cronista-soldado que citarr.os expresa en forma nftida la impresi6n que estas rriedidas producen en el conquistador que es Lovera.

Recoge en mâs de una pagina del Iibro la triste verclad y lo crit.ica c;in vacilaciones. Mas adelante dice refiriéndose a los cambios hccbos en el Reino por Garcia Hurtado: «tomando pareceres de letrados mandô dar pregones con trompetas en que se notificaba a tcdos que las encomiendas de vecinos de Concepciôn estaban yaças, y se habian de repartir en los nuevos pobladores: por haber sus propios <>ncomenderos desamparado la ciudad fatigados de los enernigos sin haber en ellos fuerza bastante de echarlos della por punta de lanza, si les Yecinos quisieran resistir con la obligaciôn que tenian, confonne lo habîan hecho los demâs moradores de esta y de otras ciudades en sen:ejantes coyunturas. Ko fué pequefia la tribulaciôn y desasosiego que caus6 a les drsventuradcs Yecinos el vercve despojados de sus haciendas al cabo de tantos afios de sudor. [1]Pâg. 227.) Es la autoridad ejerrida en estas tierras con dara conciencia de su legitimidad y prestigio. Instructivas son en grado sumo las palabras despiadadas que dice Marmolejo que dijo el joven jefe a su llegada a Chile a los viejos soldados conquistadores: <Luego mandô se juntasen todos los que anàaban en el campo que les queria hablar, puesto en frente de les que cupieron en el aposento, les dijo entendiexen de él, que a los caballeros que del Piru habia traido consigo no lo habia de engafiar, y que les habîa dar de con:er en lo que hobiese; porque en Chile no hallaba cuatro hombres que se le conociese padre; y que si Valdivia los engafi6 o Villagra que engafiadcs se quedasen; y en el cabo de su plâtica les è:Jijo: «c:En qué se anàan aqui estos hijos de las putas?, (Cap. XXXVI de la *Historia de Chile*, de :Ma1molejo. pâg. 80.1 Esta lucha entre el conquistador y el poblador también se plante6 en 1\1éxico con:o nos lo dice Bemal Dfaz del Castillo en algunos capitulos de la *Hislorfr1 Verdadera de la C:inquista de la Nueva Espafza.*

La presencia del Estado espafiol en Chile es un hecho de trascendencia histôrica. Puede decirse que de él derivan lôgican:ente las distintas formas que revistiô mâs tarde la vida espafiola en esta tierra. Espafia volc6 todo su contenido e intereses en la sociedad de entonces y ésta sôlo fué vaso o recipiente que la rontuvo. Carnbios importantes de sentido y posici6n histôrica deriYan directarr:ente de él.

2.° *.Predornim·o del sacerdote* y *del /etrado sobre el conquistador.* Con el advenimiento del Estado en el reino de Chile se

produce también un fen6meno social importante: el contenido de clase de la Colonia, muy distinto y opuesto al de la Conquista. El soldado aventurero para quien las armas son un medio de ascenso social, se ve insensiblemente desplazado por un nuevo tipo de hombre: el sacerdote y el letrado o capigorra. Contribuyeron a la formaci6n de este recho la creaci6n de la Real Audicncia el afio 1590 y la llegada de los jesuitas el afio 1598. Estos hocebres entran a predominar en la vida social de la época, a tal extremo que bien pueden ser considerados los hacedores y verdaderos protagonistas de la sociedad espafiola de los siglos xvr y XVII en este pais. Debe destacarse que don Garcia Hurtado de 1\1endoza fué el introductor de este nuevo espiritu como queda claramente expresado en las frases lapidarias que en la ciudad de Cafiete dingiera a los soldados conquistadores. Yâ han sido citadas y seria innecesario repetirlas. El fen6rr.eno iniriado por Hurtado de Mendoza se afianza vigorosamente con el nombramiento hecho por Felipe II de los tres Oidores enviados a dirig1r el Gobiemo del reino. Comenta Lovera: d estando Su Majestad el rei don Felipe II desde nombre inforrnado de las casas de Crule, acord6 enviar oidores que atendiesen asi a las cosas de justicia romo al gobierno del reino. Porque con:o los gobemadores pasados eran hombres que habfan conquistado la tierra, habian siempre opositores y no faltaban por una parte émulos y por otra demasiadamente parciales. I para paner ren:edio a todo esto y autorizar mas la tierra provey6 Su l'Ÿajestad nuevo orden en el gobiemo enviando para esto tres oidores llamados el uno el Licenciado Torres de Vera, y el otro el licenciado Egas Vanegas y el licenciado Sierra, el cual muri6 en el camino en la ciudad de Pana rra., *(Cronica del Reino de Chile,* pâg. 307-308.) Mâs tarde la presidencia de Chile es puesta en rnanos de hombres ctùtos venidos directamente de Espafia - de Bravo de Saravia <lice Lovera: que era hombre rnuy docto en derecho, graduado de doctor con mucha aprobaci6n de todos - quienes terminan por completar la obra, junto con los sacerdotes, iniciada hace tiempo por don Garcia Hurtado de Mendoza.

Se nos ocurre ver dra m'âticamente enunciado el œomento en que el ultimo jefe conquistador, don Rodrigo de Quiroga, capitula amargan:ente su dominio de la tierra de Chile para entregarla en manos del hombre culto y letrado que entra a reemplazarlo en el gobiemo, en el siguiente vivido y patético cuadro descrito por el mismo Lovera: «Llegados los dos oidores de Chile

pusiercn su tribunal en la ciudad de la Concepción, por estar en medio de todo el reino, usando para esto de las cererr.onias ordinarias en semejantes coyunturas. Para lo cual hicieron un cadalso en la plaza principal adonde llevarcn el sello real en un caballo ricarnente aderezado, y debajo del palio como es costumbre alJi y lo recibieron los oidores con el aparato y gravedad que para tal caso se requeria. A todc esto estuvo Quiroga en el suelo y en pie entre los derriâs no poco sentido de que no se hiciese caso de su persona, no faltando quien le estuviese incitando a que no pasase por ello y persuadiéndole a volver por si, ya que Su Majestad gustaria dello; pero él como hombre cuerdo no quiso hacer otra mudanza mas de irse a su casa, saliéndose de alli con algunos amigos suyos. Otro dia yendo los oidores a la iglesia mayor acompafiados a misa solemne de todo el pueblo, llegaron a]gunas personas a suplicarles sefialasen lugar honroso a Rochigo de Quiroga, pues acababa de ser Gobernador y era razén hacer caudal ùe su persona: a lo cual respondieron que se podia sentar en un banco *con* el C01Tegidor adonde mejor le pareciese. *(Crtmica del Reino de Chih,* pâg. 308.) Vemos en este cuadro el n:omento simbôlico en qué el hombre de la Conquista cede el dominio de la tierra al hombre de la colonia.

Del factor analizado derivanse c:onsecuenci_as notables para el destino de las letras. Ahora se esctibe lejos de la guerra, con el corazén en calma. Sacerdotes corr:o Ovalle, Molina y Rosales, hombres cultes como Pineda y Bascufiân y Santiago de Te illo, toman la pluma y hacen su cornento de los hechos y cosas de esta tierra en'papados en el complejo ambiente de la Colonia, y con criterio y sentido artistico, por afiadidura. Son hombres cultes y pueden hacerlo. Hay escuelas y bihliotecas creadas por el fervor sacerdotal y hay iglesias donde refrescar el espiritu férvido de los creyentes. La Conquista con toda su esencia guerrera no se ha ido definitivarnente del pais, pero ya no ocupa el primer piano de la vida hist6rica. Es un eleirento residuo. sin vigencia hist6rica. encajonado en las regiones aledafias al Bio - Bio.

3.° *Extincitm del indio. Formacifm de la raza chilena y de la vida colonial.* El soldado conquistador pretendia, como ya hemos visto, hacerse rico en América. Su espfritu aventurero y mesiânico eligi6 en esta tierra la profesi6n mas en am10nfa con sus complejos espirituales. Se hizo minero. Las labores agri-

colas no le interesaron sino en la medida en que eran necesarias para el sustento diario·. Su esphitu anti - capitalista, lo incapacit6 para crear Yerdaderos nucleos de trabajo y jamâs pens6 en utilizar al indio con fines de colonizaci6n. Por el contrario, procur6 su exterminip, explotândolo de sol a sol en las minas **y** lavaderos de oro o dândole muerte en las batallas de todos los dias. *Es asi como ya al final del siglo XVI el indio si no habfa desaparecido, contaba en escaso numero en la* ***vida*** *colonial.*

Vemos en este hecho una de las forma cullurales de la Colonia mâs trascendentales. Falt6 ahora al espafiol la mano de obra, la fuerza creadora de trabajo. Los espafioles y mestizos eran porcs para explotar en vasta escala la riqueza minera del territorio. El e<,pafiol se ve obligado a buscar otras fuentes de vida **y** dirige su mirada a la tierra concentrando su interés en la agriçultura. De minero que fué durante la Conquista deviene en agricullor. Esto significa que el espiritu de la economfa espafiola del siglo x.vr experimenta un cambio profundo en los siglos XVII y xùu. La tierra atrajo hacia si al espafiol y éste termin6 por echar rakes etemas en ella. «La vida rural, la dedicaci6n a los cultives **y** a la ganaderfa - - dice a este respecto el economista chileno Carlos Keller (3) - le imprimen al individuo un carâcter diferente.) Las relaciones del conquistador **y** el indio que habîan sido en un principio de amo a siervo, se convierten abora en patriarcales. El resultado de todos estos hechos fué la lenta formaci6n de la raza. El espafiol se une al indio constituyendo a la larga el subsuelo étnico del pueblo chileno.

Este hecho que enunciar1:os en sus Lineas generales tiene en los cronistas de la época cJaro testirronio. Citaremrn; un solo ejemplo. Lovera relatando hechos acaecidos allâ por el afio 1583, comenta: «De aqu'i se fué el mulato Mareguano donde se junt6 seis mil inctios que para estos tiempos eranexcesivo nfunero asi por estar muy diestros en las batallas corr.o por haber ya tan pocos en el Reino.» (Cr6nfra, pâg. 418.)

Entrafia la raracteristica anotada una de las formas objetivas mas tipicas de esta época. Con la radicaci6n del espafiol en tierra rhi1ena germina en el espiritu de los letrados un agudo deseo de adentrarse en la vida del reino que poblaban.

(J) Carlos Kn.LFR: EJ F.spfri,11 df la F.amomia ChiJenu. Re,. •Clio . 19H.

Miran sus valles, el paisaje de la zona central con exaltado carifio y entusiasmo. Alom,o Onille, en el terreno literario, es el primer prosista de esta tierra y en su obra alteman tanto la rica sensibilidad que poseia como el bello espectâculo de nuestro paisaje.

El Padre Rosales, incursiona en las tradidones folkl6ricas del indio con sentido artfstico e h st6rico <del mas alto valor. Son otros tiempoo; la literatura también es otra.

La sociedad, por otra parte, se ve incrementada con un nuevo tipo de hombre: el criollo. Sus virtudes y defectos tampoco escapan al ojo vigilante de los escritores de la Colonia. Tanto Ovalle como Rosales y Vidaurre, especialmente este ultimo, penetran concertera intuici6n psico16gica en su ìntimo sentido humano.

Nace la vida social. Las ciudades, sobre todo la capital del reino, tienen una fisonomia propia y original. Parece innecesario subrayar con mas detalles la verdadera peripecia hist6rica envuelta en el factor estudiado: la extinci6n del indio.

4.º *Espirilu evangelizante dfl hombre de la colo1lia.* El espiritu exaltado y aventurero de los soldados conquistadores, n:.ovido unicamente por la desenfrenada pasi6n del oro, cre6 en América un ambiente c6smico de naturaleza esencialn:ente bé1ica. Nadie escap6 a su influencia. Todos quieren crecer; nadie deja de matar. La· realidad hist6rica tiene sus fatalisr-r.os, y este es uno. Es asi como los pocos sacerdotes que pasaron a Chile en el perfodo de la Conquista, sin quererlo, c-ambiaron la sotana po el sable y la espada. No podfan haccr otro cosa. Sus individualidades estaban absorbidas por el complcjo r1mbiente. Los ideales evangelizantes del Estado espafiol se ven frustrados en el cornienzo mismo de su obra. Dice Lovera refiriéndose a un encuentro con los indios cuando la ré difiraciôn de la ciudad de Concepci6n: o:Entonces se üeron perplejos los cristianos, dudando si seria mas acertado salir a los enemigos o aguardarlos en el fuerte. I est-ando en esta consulta dijo un caballero llamado Hemando Ortiz de Carabantes, que serfa acertado meterse en un nayfo que estaba en el puerto, o por lo menos poner en él todo el bagaje y pelearse con determinaci6n de que en caso que les fuese mal, se recogiesen todos a la nave, pues eran tantos los enemigos. • A esto respondi6 el clérigo Nufiez Abrego: Paréceme sefior que ya estais ciscado; de la cual palabra se pic6 el Hemando Ortiz y le dijo: Pues, Padre, tened

cuenta con mi persona, y conoceréis corr.o no lo hacfa por mi sino por toda esta gente que esta delante. Y la resoluci6n de la consulta fué salir cincuenta de a caballo y oponerse a los contrarios quedando los dernâs en guarda de la fortaleza. J lCrô-*nica*, pâg. 182.)

El ardor de la guerra coge al fraile Nufiez de Abrego: I a i combatieron el fuerte con gran vigor y arrojamiento, saltando dentro por diversas parte; donde anduvo la folla tan sangrienta que morieron alH 15 espafioles y lleg6 a tanto el tes6n de los indios que vinieron a ganar la (sic) alcâzarechando fuera a los espafioles. A todo eRlo estuvo el clérigo Nufio de Abrego con su espada y rodela a la puerta de la fortaleza arrin:ado a un lado, v al otro Hcrnando Ortiz sin apartarse ninguno de los dos un pumo de su puesto sobre apuesta. Mas por estar picados entre si que por picar a los enemigos aunque en efecto hicicron tal estraho en ellos-que pudiera cualquie1 a de los dos aplicarse el nombre de Cid sin hacerle agravio. - *(Cr611ica*, pâg. 183). Es también elocuente el corr.entario que trascribimos de la *Historia* de Ivlam1olejo, a prop6sito àe las acciones guerreras que se sucedieron a la fundaci6n de la ciudad de Santiago: . Considerando que pufs no los habian podido desbaratar hasta alli menos lo harian viniéndole socorro y que les habian muerto trescientos indios y que peleaban tan valientemente viendo (los) golpes de lanzas y cuchjlladas que les daban tan bravas, en especial un c!érigo natural de San Lucar llamado Lobo, que hacia andaba entre ellos como lobo entre pobres ovejas. = *(Hzstoria* de lVfarmolejo, pâg. 8).

El sacerdote de la conquista se convirti6 en soldado y no cumpli6 el papel que el Estado espafiol le a ignara por obra del ambiente c6smico y bélico en que actuaba.

A fines del siglo xvr este orden de cosas cambia radicalmente. La presencia en el reino del Estado espaîiol, esto es de hombres cultos nombrados directamente por la Corona para servir la preBidencia y gobemaci6n de Chile, asi como la llegada de los padres jesuitas, de tan decisiva influencia en la vida social de la época, perrr.iti6 a Espafia cumplir en esta tierra su verctactero objetivo E'spüitual: la evangelizaci6n del indio. Estos hijos de San Ignacio de Loyola, coffo los ha llamado Unamuno, duefios de una vitalidad religiosa y econ6mica desdc todo punto admirables, con la ccoperaci6n de otras 6rdenes, crean en Chile el amhiente colonial. Ellos pusieron las primeras piedras del edificio soçüil chileno: aqui fondaron su colegio

habiéndose hospedado casi un mes en el convento del glorioso patriarca Santo Domingo, donde fueron agasajados con g-ran caridad y regalo, saliendo con estrecha obligaci6n de esta Santa Casa, y por tenerla ya los padres propia, pusieron sus cscuelas de latinidad para educaci6n de la juventud que fué echar el sello a la buena obra que los padrcs hadan y al deseo con que anhelaba todo el reino de ver sus hijos en esta ocupaci6n tan importante.i *(Cr{mica*, pâg. 444.)

La extraordinaria vitalidad econ6mica y capacidad de absorci6n de los jesuitas, termin6, como sabemos, con su expulsion del reino el ano 1767.

Pero ya lo habian hecho todo. La vida colonial, ron o sin ellos, giraria en torno de la obra por ellos realizada.

Tanto Ovalle cornoRosales han-dejado claro testirr.onio del espiritu religioso de la Colonia. Las largas y abigarradas procesiones por las calles polvorientas de Santiago, el recargado formulismo de la vida en lo Cabildos en la Universidad de San Felipe, etc., ponen una nota pintoresra en la vida colonial. La literatura se impregna de justicia y amor por el indio. Uno de los escritores mâs conspicuos de esta época, cl Padre Rosales, escribirâ frases candentes, revolucionarias para su tiempo, criticando el abandono y el trato que cl espafiol a pesar de todo le da a(m al indio.

El espiritu cvangeliiante su derivado, el am·or y compasi6n al indio es una de las caracterîsticas profundas de la Colonia. Emana de su fondo mismo. Por esta raz6n el Padr.e Las Casas es un anti - conquistador, un extranjero de su tiempo. *Y descans(]ndo* ***en*** *este mt"smo argumento, por* ***una parte,*** *_y en la condfri6n de clase de Alonso de Ercilla y Zûniga y de Pedro de Oiia - enemigo este ûltimo del indio, Pero hombre entendido en latines y enredos de Corte - los hernos t'iHczilado a la literatura. colonial pasrmdo por encima del criterio hist6rico puramente cronol6gico.*

Es el sentido, el espiritu, loque decide en la historia. No son los hechos. El espiritu de Ofia y Ercilla es el mismo espiritu de la Colonia. Obsérvese el Purén Ind6mito de Alvarez de Toledo ·y coHjase de su lectura si la levadura espiritual de este hombre no enraiza mâs con la Conquista que con la Colonia. El juicio se inclina evidentemente a clasificado dentro del primero de los ciclos hist6ricos citados. Lo hemos dejado, sin embargo, en este cuadro dentro de la Colonia, incapaz de desprendemos del peso. venerable de la rutina.

Que estas hreves lineas sean una justificaci6n de la clasificaci6n hech2.

5.° *Carcncia de vida espirilual propia.* Se sabe que la metr6po!i mantuvo a sus colonias americanas enclaustradas econ6mica y culturalmente. El paso de Espafia a las Inrlia& - y de las Indias a Espafia - estaba sujeto a una rigurosa fiscalizaci6n impuesta por este Pspiritu y a disposiciones reales perent01ias desde tiempos de los Reyes Cat6licos hasta Carlos III y IV (Véanse pags. 29 y 33 de la *Hi"storia Colonial de Chile* de José T. Medina), que coartaban la Yida indepeg.dientc de las colonias y el libre vuelo del pensamiento. Los hombres viven como apretados dentro de un corsé. El Estado espafiol p0r estas disposiciones reales se vaci6 integro en el reino. Se prohibi6 por real decreto escribir a los indios. Pero no era s6lo esto - cornenta el scfior José Toribio Medina - por mandato de los reyes de Espafia se prohibr6 bajo las penas mâs sever<\S que los colonos de América leyesen loque sf di6 en llamar libros de ficci6n, poesias, novelas, drar.aas, etc. No habia medio de leer a CerYantes, Vega, Quevedo, Moreto. *(Historia de la Literatura Colonial,* pâg. 27.) La personalidad del hombre de la Colonia se estructura de esta nanera a imJgen y semejanza del Estado espafiol.

Es asi como los espaiioles de la época son todos profundamrnle reliJüceos y hasta creen contaminarse de hercjia en su trato con los extra.11jcros. •Ofia mismo - - dicc Medina - no trepidaba en afirmar que los ingleses tenian rnerecido el infierno. *Se vive en Chile, Pero se siente cll espmîol.*

La vida de las ciudades, especialmenle Santiago y Concepci6n, esta impregnada de este espfritu religioso emanado de la Contraneforma. Las calles parecen llenas de suefio y silencio. Vida monôtona y somnolienta es ésta, intem1mpida, fuera de la guerra araucana, por la cntrada de los gobernadores, por las frecuentes fiestas religiosas, por las competencias entre las diYersas autoridades o estudiantes de la Universidad de San Felipe, hechos que interesaban a la sociedad e.ntera y que constituian la unica manifestaciôn de la vida social. Mas que vida era aquello un largo y obscuro bostezo de los espiritus.

Asi y tocio este enclaustramiento espirituaJ deriv6 con el tiempo en rica capacidad sensitiva para acoger estimulos de otras fronteras. De subordinado espiritual a la metr6poli, el espafiol se convirti6, sobre todo en el siglo XVIII, en subordinado

espiritual de otros paises mas avanzados en ideas y cultura que Espafia. En este sentido, debemos destacar el hecho que todo cl siglo x.vm fué francés en Chile en las manifestaciones mâs externas de la vida social. (4) Literariamente los representantes mâs genuinos de la influencia dtada, operante en esta época, .son Felipe G6mez de Vidaurre y el Abate !v'Iolina, por el espiritu cientifico y antiliterario impreso en sus obras.

De estos hechos tan sucint.amente emunerados, pueden inferirse condusiones literaiias que ya han sido expuestas a lo largo de este trabajo, pero con el 1Périto de ser definitivas.

Es uno el carâcter religioso de esta literatura escrita en su mayor parte por sacerdotes.

Su ausencia absolula de todo contenido nacional, es la otra deduccibn que podm1os sacar de las premisas senladas. Y por otra parte, con el nacimiento de la vida social se inicia en esta época la poesia lîrica, cuyo cauce riguroso es el romancP y cuyos principales motivas de inspiraci6n son herencia directa de la historia de Espafia. El sefior Julio Vicufia Cifuentes ha pergefiado gran numero de estas manifestaciones liricas, anejas al mundo social de la época, cuyo cauce, como hemos dicho, es el romance, y en las que el acento poético incide indefectiblemente en el ec,pafi.olismo del fonde y de la forma.

La obra de Espafia durante la Conquista y la Colonia en C.hile, se complement6 eficazmentc. En la Conquista arras6 casi totalmente con el elemento de color, quien devine en mestizo y en la Colonia puso una lapida mortuoria sobre todas las posibilidades hist6ricas que podrian emanar de una fuerte influencia racial indigena, si se hubiera establecido entre ambas culturas un pequefio nexo de continuidad. Es asi como la literatura de la épora, que hemos clasificado con los nombres de Iiteratura de la Conquista y de la Colonia, por imposiciôn misma de los hechos hist6ricos, tiene en su mâs intima célula dtal un sentido profundamentt> espafiol.

---

(4) Don Eduardo SoL.\R CoRRF..\ en su libro Sembfa.•1::as Literarias de la Colo,lia, dice a este respc-cto: ,Conviene no olvidar que el sigw xvm fué en Espana un siglo francés y que la influencia transpirenaica, rebasando !os !!miles de la Peninsula se vaci6 sobre los dominios de ultramar . Hacia fines de la Colonia se abren en Santiago salones ltterarios remedo de los franceses y hasta tuvimos u11a compafüa dramatica.

ALONSO DE ERCILLA Y YZUIVJGA

El poeta de *La Arauca11a* es uno de los mavores escritores de Espafia. Asi como Cervantes es el pri mero de los noYelistas espafioles y Santa Teresa la voz lirica i;nistica mâs perfecta y acabada. Alonso de Ercilla y Zufiiga es de los pocos grandes. si no el t'.inico poeta épico de dicha Jiteratura.

Convergen rn el espiritu de Ercilla las grandes virtudes sensibles del alma espaiiola, como ser, un exaltado espiritu guerrero, un robusto y enérgico rralisrno, as1 corro ta.Înbién el don misterioso e inefable de la creaci(,n artistica. Corno Ccrvantes y Lope, Ercilla fué un creador. Pero un creador a la manera espaiiola, ei:;to es, empapado de realidad, que esnibiô entre las misrnas am1as, como él dice, y en el poco tiempo que dieron lugar a ello las continuas guerras. En efecto, Ercilla vi6 antes que nadie en el espectâculo heroico de la conquista de Chile, el material suficiente para entonar el canto épico, dando de esta manera vida artistica a un suceso hi t6rico, la que es irnperecedera cuando nace de nobles entrafi.as. Para nosotros es este uno de los mayores y mejores tftulos de gloria que dcbe concedérsele al poeta.

Sabemos que los cronistas de su época no rscribieron n-.ovidos por el intimo fervor de la creaci6n artistica, sino por el deseo de ganar preeminencias y favores tanto de la Corte como de los jefes o capitanes de conquista. Ercilla, en pleno siglo XVI, escribi6 obedeciendo a los designios misteriosos de la creaci6n artistica. Detrâs de él denen los imitadores: Pedro de Oiia, Toledo, Santisteban Osorio. Ercilla fué el primer artista de aquellos tiempos. El sefial6 el camino del arte, él di6 la primera lecci6n.

Corno si esto tuera poco, tiene todavfa Ercilla otro tittùo para merecer bien de la historia. Canto como espafiol, sin herir la dignidad proverbial de su raza, al valiente pueblo araucano. Exalt6 su heroîsmo, idea1iz6 de altas virtudes su alma, hasta crear el ***rnito*** del araucano. Nunca se podrâ estimar suficientemente la importancia de este hecho. Los chilenos vivimos basta hoy dia ahocad§ a él, descansando en su fuerza hist6rica y difkilmente lo desterraremos del alma. El araucano de Ercilla, valiente, amante de su patria, de]icado y puro dC sentimientos, no obstante constituir la cuota raci;11 que menos ha contribuîdo

en la for maciôn del pueblo chileno, y no obstante aparecer en el poema profundamente idealizado, ha pasado a ser la Yerdadera fucrza hisl6rica del pais. En él se han hecho descansar los rasgos propios e inconfundihles de la personalidad del chileno. jGrandiosa herencia, sin duda! Cuando una obra pervive y se cala de esta manera en la vida de un pueblo es porque es grnde y no despredable.

Los tratadistas e pafioles no han comprendido nada de todo esto. Han mirado con un solo ojo a Ercilla, amenguando su verdadero valor. Entre ellos, queremos destacar de paso, e julcio de Angel Salcedo Ruiz, quien llega a decir en su *Lüe-ratura Espafiola* que preferiria sufrir de nuevo las peripecias guerreras de la conquista a leer integroel libro tan soporffero. Yasi todos.

La vida de Ercilla ofrece singulares luces para la correcla interpretaci6n de su obra. Corno han observado algunos tratadistas, entre elles don José Toribio Medina, Ercilla fué un tipo de soldado distinto al de los demâs conquistadores. Su actitud ante el indio es elevada, espiritual, <ligna Admira su valor y frente a1 suplicio de Caupolicân ordenado por don Garda, llega a decir que de estar él presente no se habria realizado. Recrimina enérgicamente la ferocidad del espafiol y su apC'tito de oro. No es un conquistador. Es un anti - conquistador. En su espiritu olea y canta el rnismo espiritu de conn1iseraci6n r aclmiraci6n al indio del Padre Las Casas. Ahora bien, cabe preguntarse, iqué hechos de la vida de Ercilla pueden juslificar esta su singularidad humana con respecta a los demâs conquistadores? Contestar a esta pregunta es entrar en pormenores de la ,'ida de Ercilla que sirven para filiarlo dentro de una correcta clasificaci6n literaria.

Ercilla fué un extranjero de su época, no partirip6 de las caracteristicas generales del conquistador, como ser, su incultura y baja extracci6n soda!, pues trajo junto a su rnochila de soldado una larga vida cortesana y una s6lida cultura renacentista. Sus padres - don Fort(m Garda de Ercilla y dofia Leonor Zufiiga, sefiora de Bobadilla hasta la rnuerte de su maiido y en su viudez, Guarda - Damas de la Emperatriz dofia Isabel - - eran personas distinguidas y con influencias en la Corte. Estas influencias no tardaron en convertirlo en paje del Monarca que debia llamarse Felipe II. Viajô al lado de él conociendo Flandes, lo mejor de Alernania, Francia e Inglaterra.

Por esta época llegaron nue,·as de la suble,·aci6n de los indios araucanos y de la muerte de don Pedro de Valdivia; encontrâ.ndose a la saz6n en la corte don Jer6nimo de Alderete, fué nombrado Capitan con cargo de pacificar al rebelde suelo chileno. Parti6 con él Ercilla, quien cifie espada por p1imera vez en su vida. Tenia veinti(m an.os. lQué sentimientos lo impulsaron a abandonar las comodidades que le ofreda su espléndida posici6n social para a,·enturar fortu'na en América? lFué su simple impetu de hombre mozo y de espafiol? ¡Vayan a sabersc las intimas razonesl Con todo, es preciso admitir con Toribio 1tledina, una hip6tesis que se desprer:.de facilmente de la obra. Ercilla, siempre que habla de amores, usa un lenguaje puro, cristiano, transido de emociôn humana y cordial. Generalffiente canta al matrirromo, ûnica forma del runor que se aviene con su temperamento, siendo en este sentido muy hermoso el episodio de Tegualda, tiernamente vencida por el amor de Crepino, gallardq mozo araucano, vencedor en uno de los tantos tomeos en que consistî'a la vida social de los indigenas y al que termina por perder en uno de los violentos ataques de los espafioles contra los bâ.rbaros. .Merece contarse fntegro e! episcdio. El duelo habia sido sangriento y a pesar del desastre sufrido por los indios, el jefe espafio! - Don Garda - temia todavia un nuevo ataque, y los centinclas en lo alto del reducto se relevaban por tumo. La noche estaba obscurisima. Ercilla divisa un bulto envuelto en un sollozo. lQué seria? Se acerca y ve que esc bulto se mueve entre los cadâYeres. Aguija contra él y a este movimiento, el bulto, que era una auténtica mujer, dice:

. . . . . Seifor, ssiior, merced te pido
que soy mujer y nunctz te Ize ofendido_:
si mi do/or y desventura cstrana
a lastùna y piedad no te inchnaren,
y tu sangrimta espada y fiera smfo
de los términos licitos pasaren,
qué gloria adquiriras de lai hazaiia
cuando los justos cielos publicaren
que se empleo en u.na mujcr tu espada
1liuda, misera, triste, desdichada?
Ruégote, pues, Seiior, si por t·entura
o desventura, conw fué la m.ia,
con anwr verdadero y je pu.ra,

amaste tiernamente en algun dia,
me dejes dar a un cuerpo sepultura
que yace entre esta muerta compania.

Nuestra poet! accede a su peticiôn profunda mente conmovido por la tragedia de la india:

1.Wavido pues, a con1pasifm de ella
firme en su casto y amoroso intento
de alli sal?"do me volvi con ella
a mi !ugar y sefwlado asiento.

El poeta le pide que le cuente su triste historia. La relaci6n es hermosa, de una bcileza, a nuestro juicio, verdadera, pura, integra. Pero preciso sera antes de entrar en la triste historia de Tegualda, volver al punto inicial de esta disqnisici6n sobre el amor en ErciJla. Dcdamos que Medina admitia con fundadas razones cierta hip6tesis sobre el casto sentido que el poeta otorgô al amor, cual serfa la sospecha evidente de algun amor contrariado e infeliz de su vida. Cita a este respecto el Canto xvm del poema en que recuerda a las dam:-s de la Corte y especialmente a dofia I\1arfa Bazân que fuera su novia y prometida en la juventud. Recuerda, ademâs, el unico anlecedente literario precursor de su poema épico, una simple glosa que Sedano ha consen-ado en la pagina 200 del tomo XI de su *Parnaso Espano!.* poema sentido y empapado de dolor. (1) Y de todos estos antC'cedentes infiere ln hip6tesi!- perfectamente admisible de que el poeta se desquit6 del amor en el poema, negândole sitio, y reduciéndolo a un constante treno bélico. Ahora bien, ;„no podria pensarse ademâs que este desengafio arr.oroso fué quien lo impulsé, sacandolo de las comodidades de la vida cortesana, a venir intempestivamente a Chile? He aqui una conjetura perfectarnente admisible también.

No obstante lo dicho hasta aqui y lo afirmado por el poeta desde los primeros versos de *La Araucana*, de presdndir del amor, es el hecho que Ercilla en la parte segunda y tercera del poema, toca este tema y lo hace con un espiritu tan tierno y casto, que también pensamos que ello no es sino el resultado de su pasados amores sin fortuna. Canto al matrimonio como unie a forma perfecta del amor.

---

(1) José **Toribio** *;\fi:o, A: Hiswria de la Litcratwa Coloni<>l de Cltik.* p. **49 a Sj.** t. 1.

Y continuemos ahora con la interrumpida histo1ia de Tc-gualda, uno de los episodios idflicos mâs hermosos del poema, que ilustra en buena forma estas disquisiciones. He aqui lo que <lice Tegualda:

• Yo soy Tegualda. !tzia desdicltada
del cacique Bracol dcsrenlurado,
de muchos por lumnosa en vano amada,
libre un tùrmpo de omor y de cuidado;
pern ,nuy Presto la Fortuno, ofrado,
de ver mi libertad y alegre estado,
turbo de tal manera mi alegria
que al_fin muera del mal qur no trmfr, ... : .

Sus amantes, que no son poco:-, demandan inutilmente una mirada de la dulce india altiva - de la dama --diremos mejor, siguiendo a Ercilla, que tan poco conocedor se demuestra de la psiquis araucana en estas y otrns partes del poema. Disponen por ultimo, una fiesta, en donde lucen sus corp6reas figuras y sus brios juveniles, en homenaje a Tegualda. El trayecto al sitio de la fiesta esta cnramado 4 pareciéndole rnalo cl buen camino, y que «el sol de tocarme no e1a dino • confiesa ella al poeta.

Tegualda no :fijaba en nadie la mirada rlurante cl tomeo. Era libre. Sin ernbago se produce un ruido general en la asamblea. Un joven mancebo ha dado en tierra con 1\/lareguano, el vcncedor de todos los dernâs. (Canto x..x.) Trab6se de nuevo un combate entre Mareguano y aquel joven y de nuevo sale éste vence<lor:

Luego de mucha gente acompaiiado
o mi asiento los jueces le tmjcron,
el cual ante mis pies arrodillado,
que yo le diese el precio me dijrron.
No sé si fué su estrella o Jué 111,ilw.do
ni las causas que en esta concurrieron,
que comencé a ternblar y un juego ard-iendo
fué por todos 1nis huesos discurriendo.

Crepino, que tal es el nombre del mancebo, recibe la guirnalda sobre su cabeza de manos de Tegualda:

Pero bajé los ojos al momento
de la· ho,-_iesla t•ergüienza repn·midos,
y cl rnozo con un largo ofreàmiet1lo,
ù1clino a su.s razones niis oidos.
Al fin se fué, lle1•611dome el contf:nlo
y dejando turbados mis senHdos,
pues que llegué de mnor y pena junto
de solo el primer paso al postrer punto.
Senti una uovedad que me apremiaba,
la libre ftterza y el rebelde brio,
a la cual somett'da se entregaba,
la raz6n, libertad y el albedrio.
Yo que, cuaudo acordé ya me hallaba
ardiendo en vivo fuego el pecho frfo,
alcé los oja>; timidos, cebados,
que la l'ergüenza allz tenia abajados.
Roto con fuerza sûbita y furiosa
de la vergûenza y continencia el freno,
lo segui. con la vista deseosa,
cebando mas la llaga y el veneno;
que solo allf. mfrarle y no otra cosa
para mi mal hallaba, que era bueno;
asi que, a donde quiera que pasaba
Iras si los ojos y alma me llevaba.

Tegualda pierde su libertad, preciado orgullo de su vida, casândose con Crepino. El poeta oye, fraternal, su queja, diciendo estas palabras hern.,osas, digno remate de tan alta sesi6n poética:

Aqui acab6 su historia, y comenzâba
un llanto ta! que el nzonte enternecia.

El amor de Glaura y Cariolano (Cantos xxvu y xx.vm) es también por el estilo. Glaura .i-- rica de hacienda, pobre de ventura-» es cortejada por Fresolano, amigo ìntimo de su padre, pero ella no lo quiere y lo rechaza. Este, despechado, busca la muerte en las puntas de las lanr.as. Claura se esconde en un monte inmediato donde en un nuevo encuent.ro guerrero ve n:orir a su padre. Echa a correr despavorida por la montafia, desgarrândose cuerpo y vestido. Dos negros que encuentra en el camino la despojan de cuanto llevaba:

Aunque yo triste 110 estimaba en nada
el perder los restidos y la l'idn:
pero el honor y castidad preciada
estu110 a punto ya de ser perdida.

LJega en estos mon1entos Caiiolano, quien derriba a sus enemigos:

Se t'ino para 11-1 con gran confianza
pidiéndome perdôn de la tardanw.
Supo decir alti tantas razones,
hacùmdo Amor conrnigo asi el o}icio
que medrosa de ondar en npiniones,
que es ya dolencia de honra y min indicio,
por evitar al fin murmuracio;:es,
y no mostranne ingrata al bene_ficio
en tal sazôn y tié'rnpo recibido,
fp tomé PM mi guarda _„mi tnarido.

Luego se pierden en la espesura de un bosque. Salen al do Lauquen y aqui se encuentran con yarios cristianos que los amenazan. Crepino les presenta resistencia, mientras Glaura, obedeciendo sus consejos, se pierde en el bosque trnnsida de desesperaci6n y dolor. Ercilla, por ultimo, qu< en todos estos episodios habla como actor de la Conquista, la encuentra, hasta que tma nueva escaramuza guerrera entre indios y espanoles, le da oportunidad al poeta para unirlos:

. . . .Amigos, adios; y lo que puedo
que es daros libatad, yo os la concedo.

Asi corr.o este episodio amoroso mn los otros que matizan el rudo poema. tDôndc esta la mujer, la amante, el amor arrebatado? Ercilla solo supo cantar al amor santificado por el matrimonio. Estimaœos que al hacerlo asi escribe dominàdo por el desengafio y la desilusi6n de su primer y mâs intenso carifio.

Otra consecuencia, no menos manifiesta que la senalada tuvo la vida cortesana y su educacién renacentista en el espiritu de Ercilla. Por los afios en que vivfa en la Corte, las encendidas prédiras del Padre Làs Casas, recriminando la conducta de los conquistadores, levantaban una verdadera polva-

reda entre los hombres cultos. Y es indudable que en ellos las palabras del sarerdote egregio, tuviercn una acogida amplia y generosa. Una cosa fué la Conquista desde Espafia y otra en América. Pues bien, la controversia literaria nunca bien aclaraàa por los tratadistas sobre la pretendida parcialidad de Ercilla para mirar al indio, con detrimento del valor del espafiol, hecho que no es efectivo, pero que mal que mal tiene su origen en la misma dualidad que ofrece el pœma, se nos ocurre a nosotros que no es otra cosa que una visible influencia del espiritu del Padre Las Casas y sus doctrinas, para el cual estaban preparados espléndidamente su coraz6n y su inteligencia.

* * *

El afio 1558 recorria don Alonso en son de guerra el territorio de Araurania. Pero su permanencia en Chile fué muy breve debido al conocido incidente que tuvo con el propio gobernador y capitan de las huestes bispanas don Garda Hurtado de Mendoza. Sobre esta incidencia existen varias Yersiones. Conozcarnos algunas. Corr.o se recibiese en Chile - cuenta José Toribio Medina - a la entrada del ,·erano de 1558 la noticia del advenimiento al trono, de Espafia del Rey Felipe II, dispuso don Garcia que en la Imperia! se celebrara el feliz suceso con juegos de sortijas, canas y estafermos.

»Al decir de G6ngora Ivlarrr.olejo, en uno de esos dias destinados a la fiesta se le ocun-i6 al Gobernador rnlir por una puerta falsa de su posada, disfrazado con una mascara 2 con-er ciertas lanzas en una sortija. Iban adelante muchos hombres principales v mâs cerca de su persona Ercilla y Pedro Olmes de Aguilera, cuando otro caballero llamado Juan de Pineda, pretendi6 meterse entre los dos. Don Alonso que advirti6 el intente, revolvi6 hacia él, echando mano a la espada, haciendo don Juan otro tanto. Don Garcia que vi6 aquella desenvoltura tom6 una maza que llevaba colgando del arz6n de la si!la y arremetiendo el caballo hacia don Alonso coœo contra que se habîa revuelto, le di6 un gran golpe de rnaza en un hombro y tras de aquél otros. Ellos huyeron a la Iglesia de Nuestra Sefiora y se rnetieron dentro. *(Historia de la Literatura Colonial de Chile.* pâg. 15, t. l.)

OtrQS refieren de distinta manera el incidente. Cuentan que cuando la comitiva de caballeros se hallaba en la Iglesia 1'.1ayor de la Imperia!, ya para celebrarse los divinos oficios,

Pineda y Ercilla tuvieron cierto altercado respecto a la precedencia én los lugares, acalor.ândose y echanào mano a las espadas. Cualquiera de las dos versiones que se adopten, es el hecho que don Garda castig6 rudamente a Ercilla, llegando al extren:o que para no oir el clamor general que pedia cl perd6n del soldado, castigado al degollamiento, se encerr6 con lla,·e en su aposento. Les conmutô por fin, la pena de muerte por la de destierro. Pineda muere en Lima, de fraile agustino. Ercilia paso a E pafia.

Este hecho como se sabe tuvo dilatadas proporciones en la sertsibilidad de Ercilla. No lo olvid6 nunca. Y fué asi como con nombre imperecedero llam6 a don Garda Hurtado de Mendoza -mozo capitan acelerado , y aun, nlgunos llegan a creer, desde don Pedro de Ofia, su imitador de Arauco Domado hasta huenos criticos de hoy dia, que lo exclny6, por despecho, como figura central del poema. Nosotros opinamcs en este punto del misrno modo que don Eduardo Solar Correa, vale decir, de muy distinta rnanera a la corriente. Ercilla escribi6 corno aut ntico espafiol que era, su poema. Es consecuente con este sentimiento a lo largo de toda *La Araucano.* Cornprendi6 que en aquellos momentos bist6ricos rragnHicos que vivfa Espafia, duefia y senora de la vida europea, las hazanas de la Araucanîa no significaban gran cosa al lado de la batalla de Lepanto ode San Quintin; y que entre un Pedro de Valdivia, a quien no comprendi6 en todo su inmenso significado humano y militar, y los grandes héroes espafioles - europeos, habia una distancia ronsiderable, por lo menos para el crite1io de los europeos, para quienes escribi6 su poema. Forzoso le fué, pues, preterir su importancia, las de sus héloes, cantando de esta 1r.ranera mâs bien a una masa multjforme de individuos, a dos pueblos heroicos, antes que a las virtudes de un héroe central, con:o es cos- - tW11bre en obras de este género. Tal criterio aparece explkito en las excusas que da el poeta cuando de paso mezcla las batallas de S?.n Quintin y de Lepanto a la Guerra de Arauco. No es poco atrevimiento - dice - a! respecto en el prôlogo de la segunda parte del poema -querer poner dos casas tan grandes en lugar tan humilde. . . .

Public6 Ercilla la priirera parte dr su p0ma por primera vez el afio 157S, publicô la segunda parte. El afio 1589 \ln triste suceso hiere su sensihilidad nuevan-en!e. Su hiJo Diego, de mas o mcnos veinte afios, perece ahogado en el desastre de la lnYencible Armada, dejando traslurir su sentimiento de pesar

en la tercera pa!te de la obra publicada a fines de este mismo ano. El 29 de Noviembre de 1594, muere sin poder confesar ni hacer jurarnento.

Las tres partes en que està dividido el poema tienen sefialadas diferencias. La primera es exclusivamente histqrica y en los hechos narrados en ella no tuvo el poeta ninguna participaci6n. En los cantos restantes - que 8uman en total treinta y siete - el autor arr.cniza su nan-aci6n con algunos sucesos extrafios al poema, corno la batalla de Lepanto y de San Quintin. Luego, siempre en la parte segunda, hace intervenir la rnaquina y lo rnaravi11oi::o, caracteristicas tan propias del género. Tales son los episodios del Mago Fit6n (Canto XX.II) y el de la Reina Dido (Cantos XXXII y :x:xxm). El hecho capitale hist6rico que encierra el poema es rnanifiestamente la muerte de Caupolicân, quien resalta como e! personaje central verdadero de él.

tEs nn poema épico *La Araucana?* Muchas y diversas opiniones han emitido los crfücos sobre este punto ambiguo de la obra. Nos parecen atinadas al respecta las palabras juicio-$(1s de don Eduardo Solar Correa: «Adviértense en Ercilla - dice - ciertos aspectos que lo emparentan no ya con la epopeya clâsica sino con las producciones de la éptca primitiva.» Para nosotros *La Araucana* es un poema *sui géneris* que empalma mâs bien con el criterio citado del critico y esteta de *Semblanzas Literarias de la Colonia.*

* **

Que Ercilla no era el tipo corriente del conquistador de aquella época, lo demuestra, apa1te su sensibilidad y su cultura, la rnanera generalrnente acre y âspera con que trata a los conquistadores. No se salva de esta diatriba ni el propio Pedro de Valdivia, individuo, sin duda, de ancha envergadura humana, que Ercilla no comprendj6, probablemente porque no tuvo la suerte de conocerlo. Dice del Capitân y Jefe de la Conquista de Chile:

> *«A Valdivia mirad, de pobre infantc*
> *si era poco el estado que tenia,*
> *cincuenta mil vasallos por de/ante*
> *le ofrecen doce nzarcos de oro al dia:*
> *esto y aun mucho mas no era bas/ante,*

y asi la lzambre alli lo detenia;
codicia fué ocasi6n de tanta guerra,
y perdici6n total de aquesta tierra.»

(Canto 111)

Cuando describe la muerte de Caupolicân tiene también oportunidad para revelamos las intimas dulzuras de su alma:

«Parécerne que s1·ento enternecido
al mas cruel y endurecido oyente
desie b/Jrbaro caso rejerido,
al cual, Senor, no est1we yo presente,
que a la nueva conqÏtista lzabia partido
de la remota y nunca vista gente,
que si yo a la saz6n alli estuviera
la cruda ejecuci6n se suspendiera.»

No fué Ercilla un conquistador, sino un anti - conquistador. Poeta bifronte, con dos caras como Jano, se disputan su obra dos literaturas bien diferenciadas: la chilena y la espafiola. En ambas aparece ocupando un lugar importante sobre todo en la nuestra. lA cuâl de las dos pertenece, en fin, Ercilla? lCuâles son las razones que abonan su inclusion en nuestra parca y débil creaci6n literaria? En pârrafo aparte hemos procurado resolver esta ardua y espinuda cuesti6n, que no puede, sin embargo, -eludirse, pues es capital cuesti6n de cualquiera literatura saber qué entra y qué no entra en su historia.

Para nosotros Ercilla representa humana y literariamente considerado una voz auténticarr.ente espafiola en el concierto artistico de la época. El hecho de que *La Araucana* tenga por tema central la conquista de Chile, no es un argumento en favor de su chilenismo, pues antes que este factor debe considerarse el espiritu con que el autor concibi6 la epopeya. Una obra literaria sera siempre el cuociente de dos factores bien determinados, el sujeto que escribe y el objeto o realidad motivo de su inspiraci6n. En Ercilla su espiritu revela y respira espafiolismo por todas partes. Fué espafiol por la cultura, también lo fué como guerrero y supo serlo, ademâs, como escritor. La sangre y el espî'ritu dirigen su caudaloso numen poético.

Un escritor de una nacionalidad cualquiera expresa sin quererlo en sus exaltacidnes sensibles el *ethos* colectivo del pueblo a que pertenece. Asi Cervantes, en Espafia; Dostoiews-

ki, en Rusia; y tantos otros escritores largo de enumerar. Anota rasgos del medio en el cual aparece humanamente enraizado, sus hombres, sus montafias. Ercilla no hizo ni logr6 cumplir en su poema ninguna de estas minimas exigencias. Por esta raz6n se equivocan medio a medio los tratadistas sen.ores Domingo Amunâtegui Solar, quien recordando a Andrés Bello, llega a considerar el poema una.obra nacional, y don José Toribio Medina, quien discurre patri6ticamente sobre este punto y no con criterio de tratadista Iiterario. «Sinti6 el poeta en su interior -<lice -que esos guerreros toscos, pero valientes y esforzados no eran fâcil de reducirlos y que la noble empresa en que se hallaban empefiados era <ligna de celebrarse y transmitirse a la posteridad. .... Arauco y sus pobladores, las empresas realizadas por ese estrecho pedazo de tierra, fueron las que despertaron el genio poético de Ercilla. .... A no haberse tratado mâs que de los espafioles ode otros enemigo de los araucanœ, es muy probable que jamâs se hubiese intentado hacer resonar la trompa épica en otras soledades que no fuesen la de Purén. *De aqui por qué La Araucana es eminentemente clzilena y debe ocupar un lugar en* nuestra literatura.» *(Historia de la Literatura Colonial de Chile,* pâg. 4.)

Perdonemos a Medina este su inexplicable error nacido de un hondo sentimiento patri6tico y no de la reflexi6n, pero no disculpemos a historiadores tan distinguidos como el sefior Luis Galdames, quien en plena época actual, se dedica a rastrear el «carâcter araucano» en el poema. Esto es ir demasiado lejos en materia de errores. Veamos algunos ejemplos comp,robatorios de cuanto hasta aquf hemos dicho y que destruyen las tesis del sefior Galdames y de los autores anteriormente citados.

La obra de Ercilla contiene pocas alusiones sobre nuestra naturaleza,-· la que se le escap6 de encima de sus ojos - y cuando arremete contra ella se equivoca ca.ndorosamente. Asi en el pasaje del torneo para nombrar jefe de las fuerzas araucanas, en el cual el tftulo consistiaen soportarelmayortiempo posible sobre los hombros un pesado madero, leen:os lo siguiente:

Pues el madero subito trazdo
(no me atrevo a decir lo que pesaba),
era un macizo libano *fornido*
que con dificultad se rodeaba.

(Canto 11)

Que también se le escap6 de las rnanos la psiquis del indio araucano, lo demuestran fehacientemente, los distintos episodios idilicos que rnatizan el poema, de los cuales hemos dado abundante muestras en paginas anteriores para insistir sobre ellos.

Cuando una obra no expresa en parte alguna los rnotivos fundamentales de creaci6n que un pueblo le ofrece al escritor, es porque espiritualmente escribe obedeciendo a otros impulsas. Ercilla, lo repetimos, escribiô como espafiol.

***

Dos grandes virtudes artisticas andan aparejadas en el espiritu del poeta: su realismo minucioso y detallista, al que no falta la nota fuerte y briosa, **y,** sorpréndanse los anti - ercillistas, cierta gracia fina **y** exquisita para construir imâgenes **y** frases de buen gusto, que nosotros hernos subrayado mâs de una vez en la lectura del poema. De la primera caracteristica indicada dan claro indicio los muchos lances individuales entre espafioles **y** araucanos, o simplemente entre araucanos. que abundan en el poema **y** que son verdaderas escenas animadas de pelicula por el agudo **y** minucioso realismo con que Ercilla sigue el enredado concierto de muslos **y** nervios en juego durante la lucha, (véase Canto x), asi como la energia ruda de su le guaje. En el Canto VI describe una asonada victoriosa de los araucanos:

.... Y a las tristes mujeres delicadas
el debido respeto no guardaban
antes con mas rigor por las espadas
sin escuchar sus ruegos las pasaban:
no lienen miràmiento a las preiiadas,
mas los golpes al vientre encaminaban,
y acontecio salir por las heridas
las tiernas pernezuelas no nacidas.

En otra parte dice:

..... El barbaro la cara ya amaril/a
se arrima ya desmayado al baluarte;
dando en el suelo subi/a caida,
el alma gomito por la herida.

(Canto XIV)

Describiendo la cueva del Mago Fitôn y el contenido de las redomas que en ella habia, dice:

No faltaban cabezas de escorpiones
y mortiferas sierpes enconadas;
alacranes y colas de dragones
y las piedras del aguila prefladas:
buches ae los hambrientos tiburones;
menstruo y leche de hembras azotadas.

(Canto XXIII)

Sin ser un poeta como Ofia, delicado, de sensibilidad casi femenina, hâbil constructor de imâgenes y metâforas, el rudo y sencillo Ercilla, tiene largos instantes de sostenida tension artistica. Es mâs, también sabe animar la naturaleza, personifidmdola, rasgo que ha pasado inadvertido a todos los tratadistas.

Al final de la historia de Tegualda, <lice:

Aqui acabo su historia y comenzaba
un llanto talque el monte enternecia.

En ot.ra parte, leemos

La gente una con otra se embravece,
crece el hervor, coraJe y la revuelta
..... del grueso aliento el aire se escurece.

(Canto IV)

Serân siempre magistrales trozos anto16gicos de la literatura espafiola los cliscursos de Colo - Colo, Galvarin'o, el de Caupolicân antes de su muerte, el de Fresia, etc.

Digamos sin vacilaciqnes nuestra intima convicciôn sobre el valor literario de La *Araucana;* es un poema épico notable, honra y prez de las letras espafiolas, que bien puede figurar al lado de las grandes epopeyas de la literatura universal.

La critica espaiiola no ha entendido la obra. La critica chilena, en cambio, ha penetrado con amor en sus paginas, vindicando ante la historia sus imperecederos merecimi ntos.

PEDRO DE ONA

En la ciudad que Francisco de Villagra fundara en Noviembre de 1652, con el nombre de Los Confines, y que mâs tarde, por insinuaciôn de Garcia Hurtado de Mendoza, se llamô Los Infantes de Angol, naciô el aiio 1545, Pedro de Ofia, el primer poeta de América y uno de los liricos mâs grandes del idioma castellano. Hijo de un rico encomendero, don Gregorio de Ofia, tuvo oportunidad de pasar a estudiar a la Universidad de San Marcos, en Lima, donde se gradu6 de Bachiller en Leyes. El retrato que aparece en la primer ediciôn del ,<lrauco Domado nos presenta una figura languida, de delicados rasgos fisonômicos, que es como el trasunto fiel del espiritu de Ofia, esencialmeP-te lirico y subjetivo.

En 1596-aparece publicada en Lima la primera parte del *Arauco Domado,* que es *el* libro mâs importante de Ofia, escrito en octavas reales que suman diecinueve cantos y rnâs de <liez y seis mil versos. La apariciôn del libro diô lugar a serias dificultades, pues con el pretexto de haber aparecido sin la aprobaciôn del Ordinario Eclesiâstico de aquel Arzobispado, su autor fué procesado, sacado de a bordo, a tiempo que se hallaba ya embarcado en el Callao para partir a desempefiar el corregimiento de Jaén de Bracamoros; luego se pidiô que la ediciôn fuese recogida cuando apenas se habfan despachado al publico ciento veinte de los ochocientos ejemplares y, como si esto fuese poco, el impresor fué perseguido, y para escapar de la carcel hubo de buscar asilo en los claustros de un convento. La manera cômo el poeta habia referido en esa su obra la sublevaciôn de Quito, ocasionada de la implantaciôn de las alcabalas, hizo provocar también las quejas de los capitulares de aquella ciudad y contribuyeron con ellas en gran parte a impulsar la persecuciôn de que resultaron victimas el autor y el impresor del libro. El escritor y el impresor fueron pues, victimas de una amarga persecuciôn. El afio 1605, en la misma imprenta en que se editaba el Libro I del Ingenioso Hidalgo, se hace una segunda impresiôn de la obra. La odisea que rodea la publicaciôn del *Arauco Domado* es una de las tantas consecuencias que el espiritu suspicaz y receloso de la Contrarreforma creô en Espana y en sus colonias de ultramar. A la lista de genios peregrinos, victimas de la complicidad ambiente y politica estatal espafiola, de aquella época, como Fray Luis de Leôn, Santa Teresa, Francis-

code Quevedo, etc., podrfamos agregar a Ofia, excelso poeta, que por una inexplicable falta de vision hist6rica ha pennanecido hasta ahora postergado ante el juicio de la historia literaria.

El *A rauco Domado* estâ inspirado en *La A raucana* de Ercilla. Corno ocurre en el caso del discipulo brillante, Ofia supera muy lejos a Ercilla como poeta, es mâs lirico y primoroso en la busqueda de imâgenes y metâforas, pero no lo aventaja en la grandiosidad épica y en el poder narrativo. Pero lo dicho no. excluye que digamos que el *A rauco Domado* es una obra equivocada, profundamente equivocada si se la mira como poema épico. Siguiendo las aguas de Ercilla, el poeta pretende escribir la gesta de la Conquista de Chile, desde la partida de Don Garcia Hurtado de l\1endoza de Lima, como Gobemador del Reino, hasta su regreso, pero, en realidad, no pasa mâs allâ de ser un poema egl6gico - hist6rico, hibrido e inclasificable, en el cual las descripciones de batallas alternan con episodios idilicos que protagonizan indios ridiculamente idealizados. El sefior Eduardo Solar Correa comparando a ambos poetas ha observado agudamente: «Ercilla - épico nato - va derecho a su objeto; solo le prcocupa referir con exactitud; Oîia - lirico nato - quiere hacer literatura, decir bellas frases.» (1)

En realidad el titulo de poema épico queda grande tanto a *La Araucana* como al *Arauco Domado.* En Ercilla advertimos la ausencia de un personaje central claramente delineado, y en Ofia la objetividad y grandiosidad ambiente inherente a este género. Aparte estas observaciones, falta a ambas obras grandiosidad, héroes cercano a lo divino, como Ulises, Aquiles, Ayax, en *La lliada* y *La Odisea:* son poemas frustrados cuya exacta clasificaci6n debe buscarse en otras categorias del pensamiento estético.

Ofia es antes que nada un poeta subjetivo, un introvertido de rica imaginaci6n, para quien el mundo de las realidades se ofrece como un fecundo campo de idealizaci6n artistica. Si Ercilla no vi6 nuestro paisaje, Ofia lo inventa idealizândolo de tal manera que nos lo describe blando de perfumes, olores y colores, revestido de un hondo sentimiento panteista que recuerda las églogas de Garcilaso - falso y m6rbido poeta de la lhica renacentista, y las *Soledades* de G6ngora,- donde el paisaje se ofrece en toda su pura idealidad estética, a través de la influencia italiana. He aqui como Ofia d scribe nuestro paisaje:

---

(1) Véase *Sembla11zas Literarias de la Colonia,* p. 66.

jazmines, azucenas, amapolas.
Aca y alla con soplo fresco y blando
los dos Favonio y Céfiro las vuelven
y ellas en pago desto, las envuelven
del suave olor que estan de si lanzando.

(Canto v)

o bien,

se vela yedra en11morada,
que con su verde brazo retorcida
cifie lascizia el tronco mal pulido
de la deskecha haya levantada.

(Canto v)

Tendencia natural del poeta subjetivo frente a la naturaleza es la de no verla con los ojos de la cara sino con los ojos de la imaginaci6n. Ofia humaniza el paisaje, le da la vida que él siente como tal en su espiritu: de ahî que el poe ma carezca de color local, de verdad estética y sea mâs lo que el poeta quiere que sea que lo que en realidad pretende describir.

Oîia es un introvertido; Ercilla, un extravertido. El autor de La *Araucana,* hombre de fuertes representaciones sensibles, cuando compara lo hace como un hombre prâctico, empfricamente; una batalla le parece una tempestad, el empuje de un guerrero, la embestida de un le6n; Ofia, en cambio, trueca el mundo de sus sensaciones y percepciones en exquisitos prod'uctos de alquirnia sensible expresados en abanicos lujuriantes de metâforas, sinécdoques, armonfas imitativas, prosopeyas, y otras figuras literarias.

El poeta personifica y humaniza las cosas del mundo sensible.' Al hablar de Gualeva, una india tan hermosa como enamorada de su esposo, o sea, una india dos veces hermosa, dice:

La Ti"erra con asombro la miraba

o bien:

Turbado estaba el aire que la oia

Mâs aun. En el idilio de Caupolicân con Fresia, el corte de su estilo es tan artificioso, estâ escrito, empleando sus palabras «en traje pastoril, mi propio estilo», que el poeta dice, en el instante en que Fresia se despoja de su <tunica» para

entregar su «blanco» cuerpo a las caricias del agua, los siguientes versos, sensuales y hennosisunœ:

Su regalada Fresia que lo atiende,
y sola no se puede sufrir tanto,
con ademlm airoso lanza el manto
y la delgada tunica desprende;
las mismas aguas frigidas enciende,
al ofuscado basque pone espanto,
y Febo de proposito se para
para gozar rnejor su vista rara.
Abrasase mirandola dudosa,
si fuese -Dafne en lauro convertida.
de nuevo al ser lzumano reducida,
segun se siente della cudicioso;
descûbrese un alegre objeto hermoso,
bastante causador de muerte _yt'ida,
que el monte y valle, viéndolos se ufana,
creyendo que despunta la 1nanana.
Es el cabello liso y ondeado
su frente, cuello y mano son de 11iei•e,
su boca de rubi graciosa y breve,
la vista garza, el pecho relevado;
de torno el brazo, el vientre jaspeado,
coluna a quien el Paro parias debe,
su tierno y albo pie por la verdura
al blanco cisne vence en la blancura.
Al agua sin parar salio ligera
huyendo de miralla con aviso
de no morir la muerte que Narciso
si denlro la figura viera:·
mostrosele la fuente Placentera
poniéndose en el temple que ella quiso,
y atm di'cen que de gozo al recebilla
se adelant6 del término y orilla.
Va zabullendo el cuerpo sumergido,
que muestra por debajo el agua pura.
del clmdt'do alabastro la blancura,
si tiene sobre si cristal bru'iiido;
hasta que da en los pies de su querido,
a donde con el agua a la cintura,
se enhiesta sacudiéndose el cabello

y echandose los brazos por el cuello.
Los pechos, antes bellos que velludos,
ya que se les prohibe el penetrarse,
procuran lo que pueden csirecharse
con reciprocaci6n de ciegos iiudos.
No estém alla los Géminis desnudos
con tan fogosas ansias de juntarse,
ni Salrnacis con Troco el zahareiio
a quzen por verse rluena anu5 por dueii,a.
Alguna vez el nudo se desata
y ella se finge esquiva y se escabulle,
mas, el galan, siguiéndola zabulle,
y por el pie nevado la arrebata;
el agua salta arriba vuelta en plata
y abajo la menuda arena bulle;
la tortola envidiosa que los mira,
mas triste por su pajaro suspira.

(Canto v)

Ejemplos de metaforas audaces y novisimas ofrece Oi'ia a cada instante en su poema y algunas de ellas bien podrian suscribirlas los mâs novisimos poetas de ,nuestro tiempo. Hablando de Telguano, un indio que estuvo a las puertas de la muerte, dire el poeta, la siguiente mefâtora, *que* con gusto, como hemos dicho, suscribirian un Valery, un ReYerdy, un Huidobro, etc.

Oi que ya el reloj se aproximaba,
queriendo dar las doce de mi vida.....

Las descripciones de batallas y encuentros adolecen de la misrna artificiosidad anotadas, siendo inferiores en verismo a las de Ercilla.

Entremos a considerar la obra misma. Ofia escribi6 su poema a imitaci6n de La *Araucana,* impulsado por un fuerte espiritu cortesano, con el objeto de reparar la omisi6n que hizo Ercilla de don Garcia Hurtado de Mendoza en su poe ma. El poeta esta, sin embargo, en un dilema, un dilema grave: admira a Ercilla como poeta y a don Garcia Hurtado de Mendoza como Capitan insigne. Para *él* no hay un poeta superior al autor de *La Araucana;* pero Don Garda es un jefe egregio y ejemplar. La dubitativa se resuelve, aJ fin, a favor de este ultimo.

Al explicar la gestaci6n de su poema en estos tér minos dice:

«I en especial, el arte de la divina poesia con su riqueza de lenguaje y alteza de concetos estâ tan adelgazado y en su punto, que ya parece no serîa perfecci6n sino corrupd6n, el pasar del término a que llega como por suceder, yo si asi lo puedo decir, a los escritores de tan celebrado y bien aceto poeta como don Alonso de Ercilla y Zufiiga y escrebir la misma materia que él, cosa que en mi, si aspirase a mâs que *a traer a la memor1:a lo que él dejo al olvido, preciandome mucho de ir al olor de su rastro,* pareceria tan gran locura como envidia el no confesarlo: ultra de que mi poco caudal y menos curso me hacen abatir las alas, si algunas me hubieran levantado los pocos afios.» F..s esta una evidente manifestaci6n de su adhesi6n al poeta Ercilla, palabras de una noble modestia que el poeta vuelve a expresar en el Exordio, invertido ahora los papeles, pues el férvido espîritu cortesano del poeta, lo hace dirigir a don Garcia, elogios mâximos dejando a Ercilla en un piano un si es no es de admiraci6n y de critica:

«Otra razlm también me hizo Juerza,
que, si Jaltaran todas esta sobra,
para poner las manos en la obrn,
por mas que de mi estudio el paso tuerza.
Es con que mas al animo se esfuerza
y aquel Perdido anélito recobra,
ver que tan buen autor, apasionado
os haya de proposito callado.
Pens6, callando asi, dcjar cerrada
de vuestra glorz'a y méritos la puerta
y la dej6 de par en par abierto,
dejando su pasion descerrajada:
sin t'os quedo su historia· deslustrada
y en opinion, quiza, de no tan cierta;
mas tal es un rencor, que da por bue-no
el dano proPrio a trueque del ajeno.
lQuién a cantar de Arauco se atreviera
después de la riquisima Araucana?
iQué voz latina, hespérica o toscana
por mucho que de mûsüa supiera?
lQuién punto tras el suyo compusiera,
con mano que no fuese mas que humana,
si no le removiera el pecho tanto
el ver que sois la pausa de su canto?

El argumento de la obra se resume diciendo que es la narraci6n de la expedici6n de don Garda Hurtado de Mendoza al reino de Chile, desde su partida de Lima, hasta llegar a Coquimbo - la «cuoquimbica riberal', como él la llarna, imitando fielmente a Ercilla - después de una fuerte tonnenta; de aqui sigue don Garda a Talcahuano, donde a corto plazo libra sus primeras batallas con los aracucanos; vienen en seguida diversas maniobras militares entretejidas de episodios amorosos entre los indios y el suefio en que la hechicera Quidora refiere lo acontecido en la famosa rebeli6n de Quito, y la victoria obtenida por las armas de don Garda sobre la armada del pirata inglés Richard Hawkins. Hay circunstancias que acercan el poema a la epopeya: es el empleo de la mâquina o maravilloso, como puede verse en el Canto IV, y la aparici6n de_Lautaro a Talhuén en el Canto XIII.

En el canto I, dedicado a describir la partida de don Garda y sus huestes a Chile, predispone el interés del lector por la viva descripci6n que el poeta hace de este suceso. Irnâgenes plenas de color, jugosisimas, se encargan de dar la sensaci6n del ambiente:

Ya desde los balcones descogidos
tremolan con el aire las banderas
y quiérenlo abrazar de t,iil maneras,
en verse de sus manos sacudidas;
rayas de fuego brotan las cimeras;
ya la pajiza pluma y roja banda
jugando por cabeza y peclzos anda.

Luego alude el poeta a la dâsica borrachera de los indios - coincidencia temâtica con Ercilla - en versos ricos en armonîas imitativas de toda especie que nos dan la impresi6n fiel de la zarabanda propia de estas fiestas:

Pues dentro de una placida floresta
do nunca ofende sol ni dari.a sarnbra
y a do la natural y verde allzombra
al rey de los sentidos hace fiesta,
a la verdosa falda de una cuesta,
cuya sublimidad al cielo asombra,
con sus cantares, bailes y placeres,
lzicieron oblaci{m a Baco y Ceres.

Alli con duro y aspero tumulto,
cor, sordos susurrar y son dz'sforme,
dispuso aqurlla cafila conforme
lo que era menester para el insulto;
de voces se levanta un grueso bulto
al con1enznr aquel abuso enornw,
que como tan de atras origen traiga,
con gran dificu.ltad se desarraiga.
Uno martilla el ronco tamborùw,
otro porflouta el hueso humano loca,
otro subido en un lzorcfm in11oca
a su Pillân, *espiritu malino;*
no porque el 1:aporoso alegre vinn,
se les aparta un punto de la boca,
pues no hay azar tan grande ni desdicha
que no la pasen cllos con la chicJw.
Ya hierve la boca trasegada,
ya la turbada vista centellea,
ya de liviano el cuerpo bambalea
y caese la cabeza de pcsada;
ya con la bota lengua nwl mandada,
cualquiera ferocisima brai:ea,
Jzaciendo que al rumor la tierra gima
y al que love defuera cause grit-na.
De trecho en trccho en corro se congregan,
el hombre y la mujer 'intérpolados,
y todos por los dedos cnlazados
cabezas, Pies ni bocas no sosiegmf;
ya corren, ya se apartan, ya se allegan,
atréts, hacia delante y por los lados,
con un compas flemâtico y terrible,
confuso y ronco son desapacible.

El debatido problema de la extorsi6n y explotaci6n inicua del indio por los conquistadores, uno de los temas preferidos por los escritores de la Çolonia, lo trata el poeta en versos muy bien logrados, en el Canto III. Es un trozo grâfico y objetivo de primer orden que ilustra nuestro antiqufsimo pasado y que por una rara similitud de espiritu tocan en forma muy parecida Ercilla y Alvarez de Toledo. Por otra parte, es la unica nota de justicia y de amor hacia el indio que hemos encontrado en

Oiia y que solo cabe explicarlo corno una influencia mâs de su poeta inspirador don Alonso de Ercilla y Zufüga:

No solamente echaban a las minas
los diputados ya para este oficio,
sino tambt'én el persona! seruicio,
hamMentos por las vetos de oro fmas:
y contra humanas leyes y divinas,
(que todo estaba entonces por el ticio)
atm no eran reservados de esta cuenta
los viejos tumulosos de noventa.

Tampoco el nino se libraba
a titulo de serlo de estos danos,
que puesto en el doceno de sus aiios
con la barrera al hombio caminaba
la madre con dolor le acompaiiaba
humedeciendo bien sus pobres panos,
y siempre que la carga le afligia
en el trabajo de ella sucedia.

Hermosas duenas, virgenes apuestas
que era contenta y lifstima el miralles
llevaban el sustento y 11ituallas
(por mas quefuesen débiles) a cuestas:
y por quebiadas asperas y cuestas,
quebrados de subi/las y bajallas,
sus delfrados pies iban rompiendo
y alguna riez de sangre el rastro haciendo.

Asi cargadas viérades algunas
los encolmados vientres a las bocas,
y fuera de este numero no pocas,
con sus recien nacidos en las cunas.
Mirad que cargas dos tan 1·mportunas
(aunque las tristes fueran mas que rocas)
i mas que no hai dejar ninguna deltas
por no de1ar el anima con ellas.

En vez de las diademas y gui'rnaldas
iba el pesado yole y grave cesta,
y en truque de la llegada compuesta

el enchiguado a las espaldas,·
en cambio de las perlas y e.smeraldas
llevaban la incHnada frente honesta
bordada de un licor aljofarado
a fuerzas de f atigas destilado.

(Canto III)

Una de Jas tesis fundamentales de este trabajo es que el espiritu espafiol anima a toda Ja creaci6n literaria comprendida entre los siglos xvr y xvm. argumente diametralmente opuesto al que hasta aquî han seguido los tratadistas chilenos y espafioles, que en el caso de Ercilla creemos ya sufidentemente probado. En cuanto a Ofia, este poeta no expresa en sus versos vinculo alguno con esta tierra, c0mo no lo expresa ninguno de los escritores de la literatura de la Conquista y de la Colonia. Es espafiol por la sangre y por el espiiitu. Nuestro paisaje le es cornpletamente extrafio y al indio no lo comprerlde lo mâs minimo. No le dem·os a Ofia lo que no pide y lo que la historia le niega. El fenômeno del mestizaje no existia en Chile de los siglos XVI y XVII, fenômeno que insensiblernente mâs tarde, con Vi<laurre y Molina, crearâ ligeros lazos cordiales entre el escritor y esta tierra. Ya hemos visto anterionnente c6mo Ofia idealiza nuestro paisaje; fâltanos ver ahora cômo idealiza, por una parte al indio, y por otra lo veja y humilla, sintiéndolo muy lejos de su destino. He aqui la manera com<:>el primer poeta chileno, - segun Eduardo Solar Correa -habla del indio:

¡Oh locos oraucanos! Grande engafw
que pretendais en guerra manleneros
alla con el que habita las alturas
y aca con el senor de las venturas

(Canto VIII)

¡Qué vibora, qué sie7pe ni culebra
se puede comparar al araucano?
Quemar parece al cielo con rniralle
y lzelarsele de mi'edo todo el valle.

(Canto XI)

ëQuién que se sienta chileno puede sentir tal odio por el araucano parte aleatoria de la raza?

Esta nota de empecinado odio al indio culminarâ en el momento solemne en que Galvarino llega ante el Senado araucano con sus dos manos cortadas, y dice la arenga hermosisirna que nos describe el poema en el Canto xvu. Los indics no son del mismo parecer, sin embargo, que Galvarino:

..... en el inclito Senado
sobre seguir o darse a don Hurtado
muchos y varios placitos hacia

Mas, aunque parte del contradecia
loque es rendir el éuello no domado,
los mas, mirando el pûblico interese
eran de parecer que se rindi'esen.

Nunca Ercilla coloc6 al indio en una situaci6n tan desmedrada. Su espiritu cortesano, empapado en las nobles doctrinas del Padre Las Casas, siempre se indin6 compasivo ante el indio. Ofia no. Es el ejemplar mâs supino de cortesania Poética que presenta toda esta literatura. Concederle un lugar en el panorama literario chileno, habida consideraci6n a las observaciones hechas, es un error de apreciaci6n hist6rico - literario, que requiere ser desterrado radicalmente.

La verdadera cuerda poética de Ofia, en realidad, es la lirica. Entonces estâ en su elemento. Los trozos mâs hermosos del poema son precisamente aquellos que tocan amores entre araucanos tiemamente expresaàos en versos sensuales y coloristas. Un episodio caracteristico es rl trance amoroso de Gualeva y Tucapel. Este ultimo ha participado en un encuentro con los espafioles y Gualeva lo supone muerto. Pregunta por él, pero nadie le responde. Desesperada cae al suelo. Dice entonces el poeta:

}amas goz/J en su rt"bera
de cisne que al herboso alegre seno
mezclando el blanco propio al verde ajeno,
ta! gracia, tal adorno y lustre diera,
cual por servirse alti de cabecera,
lo esta gozando ahora el prado ameno ·
en la nevada faz descolort'da
de la traspuesta barbara tendz'da.
<Qué lirio, que azucena o blanca rosa,

a quien rompfrndo el cG1npo de posada,
la reja descortés dejo cortada,
cayo sobre la yerba mas hemzosa?
Ni cufzl adormidera granujosa
inclina su cabeza coronada,
cual reclino Gua!eva el rostro bello.

Tarea demasiado larga, a pesar de que el carnino a cada instante ofrece el encanto de una hermosa descripci6n, de alguna frase brillante y bien engastada, como si fuese carnjno de embrujos y mâgicas hellezas, serla seguir a Ofia a lo largo de sus cantos.

G6ngora de América fué tan espafiol y tan insigne poeta como el vaté cordobés.

FERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO

El autor del *Purén Ind6mito* tiene escasos titulos para ser incluido en un panorama literario cualquiera de las letras espafio!as. Su obra «no es - clice Barras Arana en el pr6logo de la eclici6n hecha en Leipzig - un poema segun las reglas de arte. Es la historia contada por uno de estos soldàdos, historia escrita en estrofas p:-osaicas y con mâs veracidad que la mayor patte de las cr6nicas de esta épora.- El jnicio del insigne historiador es el que la critica unânimemente ha compartido mâs tarde. En efecto, la obra en *si* vale poco y solo la estudiamos por su intima relaci6n con *La Araucana* y el *Arauco Domado,* defensa encendida del inclio la primera, humillaci6n y vejaci6n el mismo la segunda, pues dependfondo una de otra, Alvarez de Toledo quiso reparar la injusticia cometida por Ofia.

Asi como Ofia tiene a alto honor <Ïr al olor del-f-astro de Ercilla», Alvarez de Toledo lo tiene en ir tras de éste en un «rodn> demasiado flaco, nombre que le da figuradarnente a su musa. La épica colonial, corr.o puede verse, tiene el carâcter de un sisterna literario y no carece de interés el estudio comparativo de los tres poetas, tanto en su aspecto hist6rico conio literario.

Lla·ma la atenciôn desde luego que Toledo, discipulo y admirador de Ofia, qwen delante va en tan buen caballo:i. - c0: mo dice rudarnente este poeta -- tenga mâs puntos de contacto con Ercilla que con el delicadb y eglôgico poeta del *Arauco Da-*

mado. Corno Ercilla, su espiritu es concreto y esencialmente narrativo; va derecho a su asunto y en cuanto al estilo, es sencillo en las comparaciones y descripcionesde batallas y comoél, el acento espiritual del verso trasuma muchas veces un entrafiable sentimiento de amor y justicia hacia el indio. Es un anti - conquistador, o cuando menos, un conquistador hecho a la manera del Padre Las Casas o del Las Casas de Chile, don Luis de Valdivia, para quienes conquistar por la fe y el evangelio es superior a hacerlo por la espada.

Escasos, muy escasos, son los rr.omentos Hricos de Toledo, pero no nos parece correcto afinnar asi a bulto, sin mâs ni mâs, que por ahi no anden ertredadas buenas i'mâgenes y descripciones literarias felices. Demos qJ César Io que es del César y a Toledo lo que es de Toledo.

Digamos algo sobre el autor y la obra. El afio 1571, zarp6 de Câdiz rumbo a América, Alvarez de Toledo con dos sujetos notables en la Historia de Chilc·: Alonso de Sotomayor y Alonso Garda Ramon. A.rriban a las costas del Brasi1, pero no resolviéndose a la inactividad e impacientes por llegar a Chile, deciden atravesar la pampa de Argentina hasta finar este largo peregrinaje en Chile, meta de su jomada. El aventu.rero y hombre de mundo, que es Alvarez de Toledo, nos dira un dia todo lo que han visto sus ojos, henchido, al parecer, de un inefable sentimiento de orgullo y nostalgia:

> ***Tuve y tendré constante pecho,***
> ***infortunfos he visto y tempestades***
> ***en el mar de Noruega .YPaso Estrecho,***
> ***muertes, naufragios, espantables guerras***
> ***en partes varias y renwtas tierras.***
>
> (Canto XVII)

Altem6 en Chile la espada con el arado y aun tuvo tiempo para robar al uefio algunas boras y dedicarlas al culto de la musa poética, que debi6 de ser una buena mujer campesina, sencilla y sin muchos laberintos espirituales. Hombre diligente, alcanzô a ser duefio de grandes haciendas; mas un dia la veleidad de la fortuna - diosa que Ofia y Ercilla colocan en sitio tan alto dentro de los destinos humanos - - ech6 por tierra sus esfuerzos. Don José Toribio Medina cuenta minuciosamente el becho. Gonzalo Quilicân habfa reunido a sus compatriotas para tomar -venganza de una sorpresa de que habian sido victimas. Deci-

den dirigirse sobre Chi1lân, contando con la complicidad de la noche. Alvarez de Toled<\ que era alcalde ordinario de la ciudad, se encontraba en esta ferha en Itata, practicando una visita a su distrito. La noche del asalto dormia tranquilamente en este pueblo en compafüa de dos hombres, entrambos sus cufiados. *Al* amanecer, un indio Je comunica la noticia del asalto a Chillân a donde regres6 inmediatamente, pudiendo ver la obra de .los indios: ganados y pastores habian sido muertos. Esta dura experiencia de su vida harâ que Toledo se refiera al indio varias veces en términos desfavorables, pero la justicia no le inhibe por completo el espirltu de amor y carifio que en el fondo sustenta por él.

lEscribi6 Toledo unkarr.ente el *Purén?* He aquî tin problema de historia literada flificil de resolver. -Parece que el plan que se propurn este libro - dirâ don José Toribio Medina, guia indispensable al estudioso de la literatura de esta épQca - era solo un intermedfario entre uno anterior que titul6 *Araucana* y una continuaci6n del *Purén* que apenas conoccmos por dos versos que le escaparon de él. En efecto, en el canto xx habla de los refüerzos que el Virrey del Peru mand6 a Chile a las 6rdenes de un militar Corona, y después de cantar su llegada a Chile y su paso por Osorno, agrega:

Su fin diré los triunfos y victorias
en la segunda parte de esta historia (1)

Don José Toribio Medina conjetura que este libro, en realidad, existi6. Es un problema de erudici6n que deben resolver entditos.

En cuanto al *Purén* parece mâ bien una cr6nica versificada que una verdadera epopeya. No hay en ella invocaci6n, mâquina, personaje central, raudo vuelo de la imaginaci6n y la sensibilidad. El poeta err.pieza por referirnos la rnuerte del Gobernador de Chile, Martin Ofiez de Loyola y habia con aàmiraci6n rayana en el adulo - caracteristica propia de los escritores de la colonia - de su suresor Francisco de Quifiones. (Canto vl) Es este episodio el nucleo del poema; lo demâs bien puede resumirse en las juiciosas palabras del mismo sefior Medina: «Y en este campo tan estrecho y en medio de sucesos inconexos tiene el poeta que correr; su lihro, podria decirse muy bien, bajo

(1) *Historia dr la Literatura Colonial de Chile.* OBC. *p.* 272, t. 1.

este aspecto, no es otra cosa que un paisaje al c-ual se divisa desde lejos y por la estrecha reja de una prisi6n: percibimos el arroyo que corre a trechos, tranquilo, dormido; en otras impetuoso, agresor; pero nos faltan las monta.fias, el conjunto, el aire, la luz.> *(Historia de la Literatura Colonial de Chile,* pâg. 272.) Luz, aire, color es loque falta al poema; pleno de hombre''s. ocupados nada mâs que del ejercicio guerrero. Te,mperamento rohusto de soldado, alma de representaciones sensibles concretas, el espfritu de Toledo se asemeja mâs a los cronistas del siglo XVI que a los otros esc1itores de su época. No escapa a su espiritu realista ning(m detalle, ning(m nombre, ninguna fecha, ni el color de un caballo, ni el acto mas insignificante de arrojo de alg(m soldado. Fué un mal disdpulo de Ofia. y un buen discipulo, sin proponérselo, de don Alonso de Ercilla. Tiene de parecido -con éstc incluso cierto desdén por el amor, pues al igual que Ercilla, que escribe «no los cantos de amor... » nuestro poeta nos dira en el Canto *X,* al describir una turba de soldad'os que Jlegan a Valdivia, donde «de Marte se entibi6 el ardiente fuego y para el suyo Venus los alivia , nos dira decimos, con visible enojo:

Quédense en torpes ¡icios sepultados
que yo quiero pasar de aquf. a otra parte
huyendo de los pésimos soldados
que siguen del dios ciego el estandarle:
volver quùro a Cautén do estan cercados
los martires y olifices de Marte,
pues tengo en el principio prmnetido
de no cantar lzazm1as de Cupi'do.

¡Quién sabe qué desengafio sentimental se cruz6 en el camino de su vida!

El mismo espfritu imparcial de Ercilla se repite en nuestro poeta cuando el tema de su inspiraci6n toca al indio:

La misma gloria y tftulos merecen
estos indios de Chüe y mas loores,
pues por su cara patria el os padecen
muer/es, penas, ajanes y dolorés:
Y en lo que mas todos se engrandecen
es puciarse de ser sus dejensores.

(Canto x)

Esto no le impide hacer, sin embargo,. algunas severas crîticas al indio:

..... sefior..... es novelera;
la ocasion no la sueltan de la mano;
facilmente abatiéndola se alteran
y con mas la cabeza de un hispano:
mues/ra sernos aniigo en lo de afuera
pero no tiene dentro el pecho sano
colmado si de fraudes y nove/as
de traiciones, engaii.os y coutelas.

(Canto 1.)

No pensamos como el sefior Medina cuando <lice que Toledo no revistio al indio de la misma aureola que lo revistiera Alonso de Ercilla y Zuiiiga. La apreciaci6n no es exacta. El autor del *Purén* es ciertamente menos parcial que Ercilla para valorar y ensalzar al indio, pero j2mâs le niega su valor imponderable, y muchas veces, llega a criticar acerbamente al espafiol por el trato despiadado que le da en las minas y lavaderos de oro. Precisamente, los mejores versoe de Toledo son aquellos en que el .araucano por medio de algun cacique exalta el vafor de la raza, la fuerza de sus guerreros, el am.or a la tierra. Este sentimiento intangible perte1'ere al mito de la raza que ya-habîa creado el autor de *La Araucana* y que encontr6 en Toledo su sucesor mas inmediato en el mundo literario. Oigamoe la arenga que dirige el viejo y bravo Anganam6n a los espafioles:

El general salio de adonde estaba
de dos o Ires no mas acomPanado,
mas cerca de los muros se llegaba
para poder hablar mas descansado:
Las razonés que dijo interpretaba
un faraûte mestizo rel'elado
pérfido, prod1ïor, malo, proterbio,
y aquesto dijo el barbaro soberbio:

Si lastima y piedad no me moviera
ni el intenso dolor que me ha nwvido,

de vosotros jamâs no pretendiera
recibir ni aceptar ningûn partido:
que bien con este ejérâto pudiera
haberos totalmente consumido.
y no Juera para el hacerlo grande cosa
ni para mi otra mas dificultosa.

Sin mirar los trabajos y aflixiones
que en tiuestro tt"empo Prospero nos disteis
ni la larga prisi6n ni a las pn·siones
en que sin causa alguna me tuvisteis;
ni menos las posadas opresiones,
ni el gran rigor con que nos oprimisteis
ni vuestras ordinarias injusticias
ni sobra de tnaldades ni malicias.

Ni la gran crueldad ni muerte horrenda
que di'steis a la vida de mi vida,
a Mz'llarca dulce y cara prenda,
prenda cara de mi la mas querida,
que ,51: antes que la cotera se encienda
-Y la batalla rigida y reiiida
t,miros a hablar y aconsejaros
y con la paz sabrosa coni'idaros.

Pues digo que os rindais luego vosotros
si no quereis Perder la vida amada;
que mejor vivireis entre nosotros
teniéndola segura y descansada;
que los pasados tiempos ya son otros
y esta toda la tierra !evantada
no tz'enen Juerza noya los cristianos
para Poder sacaros de mfs manos.

Mejor os mantendremos en justicia,
a vosotros nosotros honraremos
que a nosotros vosotros, y amicicia
con mas voluntad Je y amor tendremos
que por vuestra ambici6n y gran codicia
padeceis la miseria que ahora vemos,
pues jamas c<m lo bueno os contestasteis,
ni la codicia y pesca de oro hartasteis.

Si en lo moderado, justo y bueno
contentado os hubiérades yo os digo
que nunca en todo el término clzileno
tuviérades jarnas indio enemigo:
·mas àm-zo sois arnigos de lo ajeno
y agudos en el aspero castigo,
acordamos sufrir antes la muer!e
que una vida vivir tan cruda y fuerte.

Asi por la impiedad vuestra y maldades
la inmensa Majestad de Dios eterna
os envia cual 1leis calamidades
por su justa justicia que es suprema:
si vuestras perniciones y maldades
y la codicia viérades interna,
el freno de raz6n os gobernara,
y nadie de vosotros disparara.

Pero como sin él os arrojasteis
en pos de vuestra misera codicia,
los limitados términos pasasteis
de clemencia, piedad y de justicia;
pero ya que a los ultimos llegasteis
de la vida y al fin de la malicia
el partido aceptad que ahora os ofrezco,
pues de la que pasais me compadezco.

(Canto X)

Todo este canto lo ocupan estas arengas de Anganam6n, de un subido patetismo y sabor épico. Es, a nuestro juicio, uno de los trozos mejores del poema.

El indio de Toledo, como el de Ercilla y Ofia, aparece profundamente idealizado. Las caracteristicas sensibles que la historia ha considerado como propias del espafiol, verbigracia, el honor, la altivez, etc., pasan al araucano por obra de estos tres poetas. Seria un error no ver en este fenômeno una de las tantas pruebas que ofrece esta literatura de su acentuado espµitu espafiol. El antagonismo -espafiol - araucano encuentra en Toledo un representante genuino al lado de Ercilla, Ofia, y los otros escritores de la Conquista y de la Colonia. Por otra parte, la falta de luz, aire, montafias, a que aludia el sefior Medina, re-

velân la ausencia en el poema de toda auténtica alusi6n a esta tierra. En consecuencia, loque menos tiene este poema es ser nacional, como hasta aqui se ha sostenido.

Espiritu equilibra<lo, a Toledo no se le escap6 consignar en versos bellos y bien pulidos el aspecfo fundamental que impulsô la actividad espafiola en América: la codicia del oro. El trozo que insertamos es, a juicio de Medina, el mas acabado del poema, juicio que nosotros compartimos plenamente. Ercilla y Oiia tocarân el mismo tema en versos muy parecidos (véase pâgin·a 254 de este trabajo).

No les detiene mas a esos hispanos
que la codicia grande del tributo,
que cobran de los miseras villanos
sin trabajo ninguno y a pie enjuto:
no pechar 1amas a los lmmanos
si nuestra ley guardaran y estatuto:
fueran coma nosotros caballeros,
y no villanos pobres y pec!teros.

Mas en buenas palabras y doctrina
las tiene el espanol asi su.jetas
di"ciendo que su Je es santa y divina
se guarda coma guarden diez precetos:
y e-ntiendo que es mas esta golosina
con que ceban a aquesos indiscretos.
Porque ellos jamas hacen lo que dicen
y en el decir y hacer se contradicen

Dicen que a su Dias de ellos que le amemos
y nunca jamas vemos que ellos le amen .....

(Canto 111)

Tal es el ***Purén lndomito*** en sus mâs generales contomos. Poeta menor al lado de Oiia y Ercilla, su autor debe tenerse en cuenta, no obstante, dentro de la débil literatura espafiola escrita sobre la conquista y colonizaci6n de Chile, porque ho faltan notas de exquisito valor literario en uno que otro canto <iel poema.

ALONSO OVALLE

En el ambiente abigarrado y encendido de fe<religiosa de la Colonia, naci6 el afio 1601, en la capital del Reino de Chile, don Alonso Ovalle, 'uno de los escritores mas justamente celebrados y admirados de la litertura de esta época. Fueron sus padres don Francisco Rodrîguez de Salazar y dofia Maria Pastene de Astudillo, nieta del famoso Juan Bautista Pastene, que tan bµenos servicios prestara al jefe de la Conquista de Chile, don Pedro de Valdivia. Personas pudientes y consideradas en la sociedad de entonces, duefias de ricas y extensas encomiendas, qieron a su hijo la educaci6n propia de aquellos tiempos: la religiosa. En efecto, estudi6 don Alonso, junto con Tomâs, su unico herrnano, en el Colegio que a la saz6n regentaban los padres je: suitas, dando muestras de especiales aptitudes para el estudio a la vez que de una fuerte vocaci6n religiosa. Esta ultima virtud del estudiante no paso inadvertida a los ojos perspicaces de los frailes, quienes vieron en el joven estudiante un buen partido para la Orden, habida consideraciôn a sus titulos de primogénito, heredero de un l\tlayorazgo en Castilla, provocândole, al fin, la decisi6n de vestir sotana.

La manera como ATônso Ovalle se hizo sacerdote no se parece ni con mucho a la cdrriente en nuestros tieinpos. Necesit6 vencer silenciosamerite la voluntad férrea de sus padres, quienes le tenian deparado, quizâ, un destino mâs mueJle y confortable, pero rrîâs que todo esto, necesit6 vencerse a si mismo antes de tomar la irrevocable decisi6rr. El hecho ha sido narrado con todas sus menudencias por don José Toribio Medina. «En aquella época - dice - contaba ya diecisiete afîos y comenzaba su padre, con este motivo, a reunir alguna hacienda para que con decoro hiciese el viaje a Espafia a tomar posesiôn del mayorazgo. . . . . Celebrâbase por aquellos dias en la ciudad cierta fiesta de aparato. Alonso manifest6 en su casa gran contento procurando engafiar a su padre que nada sospechaba; visti6se sus trajes mâs deslumbrantes y saliô acompa de su hermano. Al regresar, cerca de la orac6n, tom6 un ata}o;-qttellevaba a la porteria del Convento de los Jesuitas, se desmont6. del caballo, hizb que su compafiero se detuviese y después de dirigirle algunas frases de despedida se entré a los claustros.» *(Hist6rz"ca Relaci6n del Reino de Chile,* prôlogo, pag. **VI).**

Cuando supo don Francisco por su otro hijo la triste noticia, acudiô râpidamente al convento, hizo llamar al provincial, don Pedro de Ofiate, pero el resultado de todos estos trajines, dist6 mucho de ser el que él esperba. En efecto, el provincial, ladina e inteligentemente, evadiô toda contestaciôn y arreglo posibles, alegando que él no podia ni debia contrariar la voluntad del adolescente. . . . . El alboroto en casa pasô de castafio a oscuro. Empefios van y vienen sin éxito alguno, pues el hijo se manterua en los silenciosos claustros del Convento, prisionero de su fe, y los jesuitas, por su parte, impertérritos y celosos centinelas del nuevo recluta llegado a sus filas.

Ante la contrariedad de los hechos, concibiô don Francisco la mâs extrafia y desesperada de las ideas: raptar, sencillamente, a su hijo. Oigamos mâs largamente a l\1edina esta fase del incidente: «Talera la impaciencia de los mâs directamente interesados en la pronta salida del joven, que para los <lias del Gobemador annaron una mascarada con el intento de robârselo. Formose gran bulla con la comparsa, se le juntaron todos los servidores y desocupados (que no eran escasos) y con graciosisi'ma alga.zara fueron a parar por delante del convento, esperando que lo gracioso y raro del espectâculo llamase la atenciôn de los tonsurados, los que no dejarian de salir a la puerta a asomarse al ruido y novedad. Mas, pasaron y aunque no pocos de los padres se agruparon en la puerta, ni siquiera se divisô al joven Ovalle . . . . .

>Parece que éste al fin desistiô, por entonces, de toda gestion judicial o extrajudicial, pues el secuestrado fué después de seis <lias devuelto al Colegio de San Miguel, donde los sacerdotes lo recibieron con los bràzos abiertos.

>No dejaba_n, sin embargo, de estar inquietos, temiendo las nuevas tentativas que pudiese hacer la familia del nuevo prosélito, y con el fin de verse libres de estas inquietudes, resolvieron mandarlo a Côrdoba del Tucumân a que concluyese su noviciado.

-:No se mantuvo esta resoluciôn tan en secreto que don Francisco Rodriguez no llegase a conocerla, y se dijo que era Uegado el ca$_o de ohrar activa y enérgicamente, ya que los desfiladeros-de la cordillera tan buena ocasiôn iban a ofrecerle de recobrar a su hijo.

»Al efecto, hizo que con anticipaciôn, hombres armados se apostasen en los pasos mâs estrechos, y que tan pronto como divisasen a la comitiva de los p dres, le arrebatasen el novicio.

Mas, quiso su desventura que los guardas se descuidasen, sin que ni siquiera supiesen cuand0 los religiosos habfan cruzado aquellos lugares. (*Historica Relacion del Reino de Chile,* pr6logo, Pâgs. VI - VIII.)

Este acto de don Alonso. nacido de su indudable entrafia mistica, es un pequefi.o simbolo de lo que sera rnâs tarde en pleno ejercicio de su ministerio sacerdotal. En efecto, el impulso pasional de los primeros afios no lo abandonarâ por todos los <lias de su vida y, por el contrario, alentarâ en él enhiesto, a pesar de las dificultades connaturales en aquellos tiempos al ejercicio de tales funciones. Demostr6 dentro de la orden condiciones intelectuales superiores y habilidad grande de orador. Casani, citado por Medina, dice a este respecto: «Terua en esto (la oratoria) singular talento: era fecundo en el hablar, agradable en el decir, y como su voz salia de aque! coraz6n abrasado encenclia en devoci6n a cuantos le oian.> El pasional de los diecisiete an.os ejemplares de rebeldia heroica y mistica, pasados los an.os, continîta alentado por idéntico espiritu pasional. Admirable lecci6n de secuencia y destino humanos. Su espfritu evangelizante no di6 sen.ales de desfallecimiento en ninguna ocasi6n. Anduvo de una parte a otra, dentro y tuera del pais, siernpre con la cruz en la mano, desencajado el rostro de lirio, cantando su fe y echândola a manos llenas, como buen sembrador, en la lierra oscura del alma de los hombres, o como él ha dicho, con palabras de una insuperable bclleza: 4en la descomulgada tierra del coraz6n», frase que le hernos leido ernocionado en las paginas de su relato. Tal fué don Alonso. Un pasional, un mistico.

Le falt6, sin duda, como a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, cavar rnâs hondo en su propio espiritu para alcanzar las altas moradas del éxtasis y de la perfecta comuni6n con Dios. Don Eduardo Solar Correa adroite en este punto una conjetura tan bella como juiciosa. Dice que don Alonso faé un mistico frustrado, alevosamente frustrado por el paisaje exuberante de esta tierra que le toc6 mirar durante largos an.os de su vida. En efecto, la tierra chilena, henchida de colores, fragancias y alegrias silvestres, sali6 al encuentro del sacerdote y del artista, conquistimdolo por obra de un dulce embrujamiento.

Pocas veces un artista nos ha revelado la emoci6n de la tierra, de esta tierra, sentida en forma tan artistica como Ovalle.

Sus palabras tienen, a ratos, sabor a milagro, temblores de creaci6n pura. Se ha dicho de él que es el descubridor» del paisaje chileno y se ha dicho verdad. Nadie antes se habia anegado tan dukemente en su poma de colores y fragancias. Nadie. Pero tan alta gloria, que solo en este ultimo tiempo ha venido a otorgârsele, no se oper6 en él sin detrimento de su intimidad espiritual. La tierra, lanzândolo hacia afuera, le impidi6 el camino hacia adentro, la agonia perfecta <lel espiritu, estado al que pareda reservado por manera irrevocable. Santa Teresa y San Juan de la Cruz, en cambio, tuvieron frente a sus ojos el paisaje estepârido de Castilla, soledad inmensa llena de sol y de transparencias câlidas de aire, soledad soledosa que al mîstico le sirve para arrebujarse mejor dentro de si mismo. Ovalle no tuvo esta suerte. Fué un mîstico frustrado. Nuestra tierra lo desvi6 lo menos un cuadrante de su destino verdadero.

El aîio 1646 encontramos a don Alonso en Roma, àonde asiste en calidad de Procurador de la Vice - presidencia de Chi.-le, a·Ia Sexta Congregaci6n de la Orden. Ese mismo afio publica su obra *Hisloricrz Relaci6n del Reino de Clzile.* De regreso a esta tierra, el afio 1641, muere screnamente en el regazo de su Dios amado, en Lima, victima de una enfermedad cruel e inesperada.

***

Ovalle es mucho mejor artista que historiador. *Comb* historiador comenta de segunda mano, sin la objetividad y verismo indispensahles a las obras de este género. En cambio, cuando describe la naturaleza y Ios menudos aspectas de la vida colonial, entonces si que el chorro cristalino de su alma se yergue y levanta en toda su majestuosa belleza. Es aqui donde don Alonso alcanza las notas mâs altas de su jomada artistica. Diriase que estâ en su elemento, en el centro mismo de su fuerza creadora, que ahora es duefio y sefior de sus emociones.

Vi6 y sinti6 esta tierra a través de todos los sentidos en espasmos y deliquios supremos. Fué un sensual, pero un sensual a su manera, muy distinto a Rosales, el otro escritor magnifico de esta época, que no se detuvo en la contemplaciôn de la vida, como ocurre en este escritor, sinoque la estruj6 con brios en sus brazos de soldado injerto en un sacerdote. La actitud de Ovalle es donosa, sutil, enamorada trente a nuestra realidad. La am6 con toda el alma. Rosales, mas hombre, la am6 con todo su ser.

De la cordillera chilena dice hennosas palabras: «Vamos por aquellos montes pisando nubes, y los que talvez andando por la tierra la vemos sin que se atraviese cosa que nos irnpida su vista y levantando los ojos al cielo, no le vernes por impedir las nubes de que esta cubierta; al contrario hallândonos en esta altura se nos cubre la tierra sin que podamos divisarla y se nos rnuestra el cielo despejado y herrnoso, el sol claro y resplandeciente, sin estorbo ningw10 que nos irnpida la vista de su luz y belleza. . . . . El arco iris que se ve desde la tierra atravesar el cielo, le vernes desde estas cumbres tendido por el suelo, escabelo de nuestros pies, cuando los que estân en él, le conternplan sobre sus cabezas; ni es menos de maravillar que vamos pisando aquellas pefias enjutas y secas al misrno tiempo que se desgajan las nubes de agna y inundan la tierra, corne lo he visto muchas veces que tendiendo la vista hacia abajo, rniraba que llovfa con gran fuerz.a y al mesmo tiempo que estaba contemplando desde lejos tcmpestades deshechas y copiosos agua. ceros en !a profundidad de los valles y quebradas; levantando los ojos al cielo admiraba la serenidad que en todo él se veia, sin una nube que turbase el aire, ni pudiese impedir su hermosa vista . . . . .

» . . • . . Pero lo que he visto muchas veces es que cuando después de algun buen aguacero que suele durar dos y trcs dias, se descubre esta cordillera (porque todo el ticmpo que dura el agua es!.it cubierta de nublados) aparece toda blanca desde su pie hasta la punta de los primeros y anteriores montes que estân delante y causa una hem-:osisima vista, porque es el aire de aquel cielo tan puro y limpio, que pasado el temporal, annque sea en lo mas riguroso del invir,mo, lo despeja de manera que no parece en él una nube ni se ve en muches dias, y entonces, rayando el sol en aquella inmensidad de nieves y en aquellas empinadas laderas y blancos costadcs y cuchilla de tan dilatadas sierras, hacen una vista a los que nacemos alli y estamos acostumbrados a ello, nos admira y da motives de alabanza al Criador, que tal belleza pudo criar.» *(Historfra Relacion,* pâg. 25.) La cita es bastante conocida. Mâs adelante, tratando siempre Cl mismo tema, constru-ye irnâgenes, frases de adolesrencia sensual, qne transparentan su emoci6n auténtica y pristina de la tierra: «\1.enester fué para contrapeso y alivio de los ligros y penalidades de estos caminos, que templase Dios sus rigores con el entretenimiento de tantas y tan alegres fuentes y manantiale ,.comQ los que se van descubriendo y gozando por e_llo; vense

algtmos descolg2rse de una imperceptible altura **y** no hallando obstâculo en el espacio intcrmedio, saltar esparcido todo el golpe de agua, que suele ser muy grande, **y** desbaratândose en el camino en rnenudas gotas, hacer en la bajada nna hermosisima vista corr.o de alj6far derramado o perlas desatadas, que con la fuerza del aire que sopla, ya de esta parte, ya de la opuesta, se cruzan **y** entretejen entre si, hariendo un vistoso hondeado desde el alto de su nacimiento h2sta la tierra .....

»Otros se de$pefian de no mener altura por pefias, que con sus diferentes posturas y disposiciones, los hacen saltar de marrera que ya toman ésta ya aquella figura; aqui se Ievantan en forma de penachos **y** vistosos plumajes, alli se esconden como fugitivos por las grntas **y** cuevas, **y** remanecen donde menos **se** piensa, haciendo espuma **y** cubriendo como de escarcha las piedras por donde pasan. Unas veces se extienden y explayan con mansedumbre por las pefias lisas y llanas, otras se encanalan por las cuchillas de otras, por donde se precipitan, ya culebreando como ierpe, ya dividiéndose en varias ramos y pasando por entre gnijas a su centro.

»Vi otros que antes de llegar a la tierra se desataban **y** dividian entre si, de manera que en medio del cnmino formaban una espesa lluvia; otros paredan garua **y** rodo o atomo de sol.» (Cap. VII, pâg. 32.)

La naturaleza hicre su senE:ibilidad sin preponderancia de sentido alguno. He aqui loque dice del agua, motivo dilecto de inspiraci6n en todos Ios tiempos, revelândonos que dentro de su privilegiada organizaci6n sensorial, las sensaciones del tacto son para él mas que sensaciones, verdaderas crr.ociones: «Entre otras, no puedo dejar una que esta en el Noviciado de la Compania de Jesùs de BucaJemu, cuyas aguas no sé que tengan semejante, a Io menos yo no las he visto tales **y** aun sin b'eberse se conoce con el *lacto su nobleza,* porque su blandura y suavidaè. es como de mantequillas, **y** asi ablandan **y** molifican las manos, de manera que a pocos <lias de lavarse con ellas se conoce la diferencia que hacen manifiestamente en el tarto. (Pâg. 57, *Hi'storica Relacilm.)*

El olor de las flores y de las pomas liturgicas también andan entreverados en el mar emotiYo de su espfritu. Es curioso observar que los escritores espafioles, franceses e ingleses, **y** aun los escritores americanos, no acusan siempre ante el medio circundante idéntica actitud de deleite o fruici6n estética. Unos preponderan mas ciertos sentidos; Baudelaire, por ejem-

plo, es un olfativo terrible; en Verlaine, el de la *musique avant tout chose* predomina e] oido; y en Juan Ran:6n Jimenez el sentido visual, pues todo lo siente y gusta a través de él.

El lado fuerte de la *Historica Relacion* es éste.

Cuando narra hechos pule la frase, el léxico es blando y jugoso, pero nunca alcanza las altas latitudes que cuando describe y habla de sus vivencias sensoriales.

De mistico que era por vocaci6n pas6 a extravertido furioso y goloso. El paisaje chileno torci6 a ratos su destino. Su amor por la naturaleza y la vida està bien reflejado en la siguiente confesi6n: <Y todo lo puede haber hecho el autor de la naturaleza, que tan liberal y benéfico se mostr6 con aquel pais, donde son tantas y tan maravillosas los lugares propiedades de que goza, que no es rnucho rto se sepan todas, particulannente que los que nos empleamos en aquellas partes en la conquista espiritual de las aimas, nos queda muy poco tiempo para escudrifiar estas y otras curiosidades y- secretos de la naturaleza. (Pâg. 60, t. 1.)

Asi fué, en efecto. La conquista espiritual de las aimas, lo salvé de su inclinaci6n de explorador, y pudo morir, camino a Chilc, santamente, como habîa nacido y vivido.

DIEGO DE ROSALES

Si la *Historica Relacion* de Alonso Ovalle es *la* mas alta manifestaci6n artistica de la literatura en prosa-de-esfa epoca, la *Historia General del Reino de .Chile*, de Diego de Rosales, es el libro mas importante en su género de cuantos se escribieron en los afios coloniales. Reune el libro todos los requisitos necesarios para merecer este titulo. Es vasto y rico en hechos comentados. Està escrito en forma persona! con agudo sentido de la verdad hist6rica y no carece, por otra parte, de primores estilisticos, sabrosos como frutas silvestres, que exalten la emoci6n estética pura en el espiritu. Todo interesa y coge igualmente la atenci6n en sus paginas. Ora es la relaci6n imparcial y bien documentada de la conquista y colonizaci6n de Chile, en la que a diferencia de Ovalle, Vidaurre y Molina, prefiere la tradici6n oral a la escrita, como son las sabrosas y chispeantes anotaciones sobre la vida del indigena, verdadero hallazgo de Rosales, pues discurriendo sobre sus costumbres y supersticiones

nos ha dejado cuadros novelescos de un perdurable valor para la historia literaria; al mismo tiempo, anota su pluma minuciosas pinturas de la naturaleza chilena, mirada en todos sus aspectos, que le dan oportunidad para el âgil discreteo filos6fico - disciplina de la que se manifiesta algo picado - asi como para jugar con las emociones de su espiritu, en espléndidas sesiones de alta poesia.

El talento creador de Rosales toca tedas las cuerdas pm;ibles de la inspiraci6n y el conocimiento. No es un artista excelso como Ovalle, ni un erudito organizado y severo como Molina, pero tiene de ambos escritores la sensibilidad y el talento necesario para participar de ambas tendencias literarias. Es este, a nuestro juicio, el aspecto mâs saliente de su obra. Lâstima grande que los tratadistas espafioles no le hayan concedido hasta ahora la atenci6n que bien merece este preclaro historiador de los hechos ocurridos en Chile. Creemos que sin menoscabo del prestigio de un Lope, de un Quevedo, de un Cervantes, Diego de Rosales podrfa figurar al lado de ellos, en cualquier panorama literario de las letras peninsulares.

La filiaci6n humana y espiritual de Rosales no puede ponerse en dud'a siquiera un momento. Es espa'i ol por los cuatro costados. Naci6 en Espafia, se educ6 en Espafia y vino a Chile a vivir y desempefiar su misi6n de sacerdote con auténtico espiritu de espafiol. El lo dice en las primeras paginas de su obra magna, en câlidas palabras que valen por la mejor profesi6n de fe espafiolisima: «Y yo confesso que a no aver visto por vista d o·os muchas ae las cosas de esta historia y a no aver tenido relaciones tan veridicas de personas que se hallaron presentes a los sucesos que en ellas se refieren, no me atrevrera a escribida porno incurrir en la nota de menos puntual. Y un con aver estado tantos afios doctrinando los indios Araucanos, los de Tllcapel, Paicabi, Boroa, Toltén, Imperia!, Villarrica, y aver discurrido por toda la tierra, desde Santiago a Chiloé, aver pasado la cordillera dos veces y puesto en paz a los puelches y peguenches, comunicado con hombres muy entendidos de sus usos, costumbres, ritos y ceremonias, y examinado diligentemente los sucessos de la gÙerra, acompafiado muchas veces el ejército, que todas son circunstancias que acreditan mucho la verdad, temo seg(m son los pareceres de los hombres y las inclinaciones a censurar, que algunos pondrân en duda en la puntualidad. Mas puedo asegurar, que me he preciado de ella y afectândola con todo cuidado, ya por mi profesi6n, ·ya por mis afios y ya por cas-

tellano que en la sinceridad de la verdad y en la puntualidad tienen mucho crédito adquirido los que lo son.» (1) Después de leidas estas palabras resulta, en verdad, algo molesto e increible el afan de nuestros tratadistas por chilenizarlo a la fuerza, transgre<liendo sus propias declarariones. Las razones aducidas por los trataàistas ya han sido estudiadas en pârrafo aparte. El delicado esteta Eduardo Solar Correa - ultimo representante de esta teridencia critica err6nea- culmina la nota de los desprop6sitos cuando'<lice, en su estudio sobre Resales, digno de la mâs alta estimaci6n, por otra parte, que la literatura colonial *chilena* no tiene parentesco alguno con la literatura espafiola de su época. Error enorme del grande escritor. Las obras de Ovalle, Resales, Ofia, Ercilla, etc., tienen mas relaci6n de sentido y de esp1ritu con las letras espafiolas que _con las chilenas. El autor del *A1auco Don-zado* bebe en el mismo vaso lirico de G6ngora y Argote, su inspiraciôn poética. Ovalle, artista delicado, tiene la misrra gracia transparente de Al; fdnso X cuando éste entona su plurr,a en la *Cr6nica General de Espafia*, para alabar las ex.celsitudes de su patria, Y Resales, el gran Resales, expresa en su prosa briosa y fuerte, el mismo espiritu de los grandes maestros de las letras espafiolas. Es cuesti6n de leer escudrinando el espiritu de la Ietra para darse cuenta de estas curiosas verdades estétil as. Para nosotros, volvemos a decirlo, el problema esta resuelto. Toda esta literatura es espafiolt1. En el C'aso de Resales, especialmente, es demasiado espafiola.

Comparen:os un instante a Ovalle con Rosales. Son dos temperamentos opuestos que no se complementan, que se oponen abiertamente. El primero, artista por excelenlenria, se solaza en el espectâctùo de esta tierra, la mira con ojos de ena11:orado - de enamorado por primera vez en su vida -·tembloroso de sentirla viva en todos sus sentidos. Su espir:tu emocionado persigue la luz, el color, el olor, la transparencia del cielo chileno, la belleza multicolor de esta tierra. No va mâs allâ. Tiene en el alma levadura mistica. Su comento de Chile didase que es el de un sacerdote, arrcdillado ante el espectâculo de la tierra chilena, corr.o si fuese un regalo de Dios. Hosales, no. Quiebra todas las vaJlas. Hombre mâs culto y âvido de curiosidades que Ovalle, adopta ante los

(1) *Historia General dtl Rtino de Chile.* p. 110. r. I.

hechos una actitud mâs severa y prâctica si se quiere; alma robusta y bien dotada para el goce de la vida, la estruja en sus brazos, la paladea, la palpa, la trata de igual a igual, con prepotencia de hombre sano. En las primeras paginas de su historia puede decir que ha recorrido palmo a palmo esta tierra, que ha adoctrinado indios en el coraz6n de la guerra, que escribe en consecuencia con toda .-]a sinceridad de la verdad» - p r o - pia del castellano. Alma gemela a la de los exploradores del mundo, tiene a honor contar sus miles de experiencias vividas. No es un artista. Es un escritor recio y èorpulento. Resulta algo dificil filiarlo dentro de un canon estético determinado. Con to<lo, como anota Solar Correa, representa en la literatura colonial un espiritu mâs ponderado y severo que el de Ovalle. La preocupaci6n filos6fica, el pcnsamiento ordenado y causal, son sintomas, a través del libro, de su sentido original y persona! de las cosas. Frases como éstas: «como dicen los fil6sofos», «el Principe de los fil6sofos, Arist6teles, dixe» exoman el libro aqui y allâ de un espiritu critico mâs severo que el de Ovalle. Su actitud filos6fica y pragmâtica de la vida, se revela, ademâs, en este breve trozo en que se refiere a la cordillera y sus fuentes - motivos de alta inspiraci6n artistica en Ovalle - diciendo: «Mucho assumpto dieron a los poetas las cristalinas fuentes de la cordillera nevada y su maritima, por verlas descolgarse de los riscos esparciendo alj6far, hechas sierpes de cristal, arrollando finisimo oro y encubriendo en sus arenas lo que la sed humana sierripre anhela. Solamente haré menci6n de algunas que son provechosas para la salud y cuyos buenos efectos se han cumpJido en varias experiencias. Aqui estâ nuestro historiador retratado integramente por sus p1opias palabras. No le interesa mucho la poesfa.

Alma proteica y multiforme, el Padre Resales merece bien de la historia por las multiples facetas de su obra. Todo cuanto .un hombre culto puede aspirar a conocer de nuestra prehistoria (1) es tratado en el libro con rigurosa verdad y espfritu realista. El indio desleido y JJ1itol6gico del sig!o XVI y los poetas épicos aparece mâs real y verdadero en la Historia Ge-

(1) Decimos as! imitando a Karl Vosler, quien en uo estudio sobre el pueblo espanol bace derivar su historia s6lo del ano 1492, fecha de la unidad politica y nacional de Espana. Para su criterio biol6gico - bist6rico los siglos anteriores son de transici6n y lucha entre las distintas civilizaciones que en etapas hist6ricas sucesivas penetraron en la Penînsula; llamamos prehistoria cbilena, por idénticas razones, al perlodo anterior al aiio 1842. En esta é$_{poca}$ nace la historia nacional.

neral. Es posible que no siempre Rosales apunte la verdad estricta en sus comentarios - no estamos en situacion de resolver la duda - pero en todo caso sus observaciones sobre el indio son curiosas y sugerentes. He aqui algunas. El indio es generoso: «I es cosa in.falible - dice - y cortesia asentada que en llegando uno a casa de otro o pasando por ella, aunque vaya muy de prisa, ha de pasar y le han de poner una botija de chicha que la acabe, y cuando se quiere ir a la puerta ha de beber un cântaro y le han de importunar que se no vaya, y en subiendo a caballo, como si no hubiera bebido gota, llega por un lado el duefio de la casa y le brinda con un jarro, *y* la mujer lleva un cântaro y se le pone en el arci6n de la silla, y le ha de beber y repartir pQr mâs que haya bebido, :y aquel es para que en el camino no tenga ha111bre ni sed ·Y 'que no. diga: «Pasê por la casa de tal indio y no me di6 una sed de agua.» (Pâg. 155, t. 1).

Esta generosidad recuerda en mucho la proverbial bonhomia de nuestro campesino. El festejo, como se ve, no ha cambiado: es el trago.

El indio es pendenciero con un sentido fatal y sangriento de las Iuchas: «Cuando pelean dos solos en las borracheras o en sus juegos es cosa graciosa el verlos, porque si el uno comienza primero a dar al otro de pufiadas, se estâ quedo sin resistirle ni repararlas, ni cubrir el rostro, antes le estâ diciendo,: *dame, dame mas.* Y en cansândose el otro de darle le <lice: *Tienes mas que darme?, miralo bien, dame mas.* Y si dice que no tiene mâs que darle, se escupe las manos el que ha recevj.do y se las refriega muy bien, y luego le da de pufietes hasta que se harta y le llena las medidas, sin que el otro se defienda ni rehuya el rostro ni se queje por mâs que .Je dé.

, I son tan bârbaros que aun con los cuhillos suelen tener este mismo modo de pelear, que en habiendo dado el uno al otro las pufialadas _que ha querido u sufridoseles sin meniar ni pie ni mano le dize: Tienes mâs que dar?, y en diciendo no, se levanta, y chorreando sangre como estâ, le pide el cuchillo con que le ha dado quantas heridas ha querido y le dize: Pues recibe tl1 ahora y le da otras tantas pµfialadas o las que le parece, y con esto se acaba la pelea y se va a curar cada uno.» (Pâg. 134, t. 1.)

Tienen también costumbres tipicas y extrafias que el sacerdote comenta con cierta ironia y malicia. He aqui lo que dice

sobre el parto y el nacimiento de un araucano: <I quando la madre entre con el hijo le nornbran por el nombre que le an puesto, diziéndole: <Seas bienvenido, fulano>, tcdos le brindan al nifio con la chicha . . . : . Si es hija, la ponen tarnbién su nombre, y cuando sirven lœ platos o la cornida y los jarros de la bebida, le dizen, por gracia al convidado: Este guisado tan bueno te ha hecho Fulano , nombrando a la nfüa recién nacida; d esta chicha tan sabrosa te ha hecho ella para regalarte. Con que se celebran los guisados y se alaba la chicha encareciendo la gracia de la nifia; y de esta suerte festejan su nacirniento. E'n creciendo las ninas, siendo mujeres, no nombrarân su nombre por cuanto ai, porque se persuaden a que si le nombran se ha de caer muerta. Y la rnisrna abusiôn tienen las suegras con los yemos, que no los han de nombrar ni llamar por sus nombres, porque èiizen que en nombrândolos se le caen· las muelas. Y aunqùe las viejas que ya no las tienen, los podrfan nombrar sin ese peligro, con todo esto son obser.-antes de su abuso y nunca los quieren Uamar por sus norrbres pr0pios. » (Pâgina 166, t. 1.)

A pesar de su actitud declarada varias Yeces de no afirmarse sino en la experiencia, nuestro historiador no pudo ,·encer el mito del araucano creado por Ercilla. Nos lo pinta en su prosa vivida casi en los rnismos términos que el poeta de ***La Araucana:*** «Son por lo general de cuerpos robustos, bien formados, fomidos, de grande espalda y pecho levantados; de recios miernbros y gruesos mceles, agiles, desenvueltos, alentados, nervudos, animosos, atrevidos, duros en el trabajo, sin hacer caso de los frios y aguaceros. • (Pâg. 117, t. 1.) Corresponde a él, junto con Ovalle, la despoetizaciôn, ,·alga la palabreja, del mito ya estudiado, o sea, su afirrnaci6n histôrica. Hoy dia vemos erigido al indio en las estatuas de los paseos pûblicos y todavîa vigente, como fuerza creadora de la naciôn, en los poetas Antonio B6rquez Solar y Victor Domingo Silva.

Su espiritu férvidamente evangelizante lo hace referirse a los afios de la Conquista en téin1inos de la mas enéigica protesta. Son palabras candentes y âcidas las suyas. verdaderamente reyolucionarias para su tiernpo. EJ hombre grande e inmenso que es Rosales adquiere relieves superiores cuando toca esta materia. Oigâmosle breves n:omentos. Dice de los indios: <No se rebelan contra el Rey, que el rey es justo y bueno, ni contra Dios, que la palabra de Dios no les haze mal ni agravio

ninguno. Contra los que rebelan es contra hombres que siendo cristianos y debiéndoles dar buen ejemplo viven sin Dios y sin ley y no cuidan de que sus indios scan cristianos ni aprendan las oraciones y los misterios de nuestra sante fe, sinoque *todo su c-uidado /o ponen en enriquecerse .Vlwcer reventar a los indios en cl trabajo,* a quienes pedirâ Dios cuenta de tantas aimas corno se pierâen, que si los hubieran tratado cristianament a los principios, no se hubieran alzado ni e hubiera perdido tanta cristiandad como se perdi6 entonc::es y se continua en los venideros, que Yan heredando el aborrecimiento a los espafioles sus antepasados y acrecentândoles, porque siempre ay agravios y malos tratamientos, ya de los encamenderos, ya de los soldados, que como gente licenciosa no saben contenerse en hazéselos. Pasemos a otra casa. Con dezir que rr:âs guerra nos hace la codicia y el deseo de enriquecer a costa de la sangre de los indics, que no Ios mismos indios y la sangre que han derramado. ***Y** esto se **vera ·mas** claro en **el Tribunal** de **Dios donde** las **verdades** se tJen* si11. *rebozo y donde **la** sangrc del **pobre** pedirâ **venganza.** ll* (Pag. 00, t. II.)

Es admirable, por otra parte, Ja riqueza realista y popular del lenguaje de Rosales. De todos los escritores de esta época es el mâs vivido y grâfico que conozcamos. Su pluma chorreante de vida, se empapa en la realidad misma.

Hemos anotado en nuestra lectura algunos trozos de los muchas que abundan en cl libro que revelan esta condici6n de su talento creador.

El indio Liengenu qued6 en la campaiia como muerto, herho un amero de lanzadas, sin abrigo.» (pag. 226, t. 1.)

<Era este varbaro alto de cuerpo, todo niervos pegados al pellejo, un esqueleto retobado con piel adusta.» (Pag. 55 t. II.)

«Puesto en medio el valiente TuEcupichun, blandiendo su lanza y haziendo sus acorr.etidas con su cuerpo, que mâs parecijt formado de raizes secas que de came.» (Pâg. 55, t. 1.)

De los efectos de una hierba -la pichoga -<lice estas palabras fuertcs y enérgicas, que no dan lugar a dtidas para calificarlo como buen espafiol en cuanto no escatin- a la palabra dura ni rchuye el lado crudo de la realidad: «La pichoga es una yerba effiéassisima para purgas, de tal suerte que es menester saberla moc:lerar, porque si no va con gran fuda. I para hacer una hurla es ordina1io el darla en qualquiera bebida y al punto anda tan de carrera el que la bebe que si no le dan con que atas.

car los cursos le pone en la espina.» (Pâg. 238, t. I.) A ratos Rosales recarga con exceso, el dibujo, lindando entonces su fuerte espiritu realista en lo caricaturesco: «Pareci6 a toclos bien este conexo de Volicân, y assi, ajustando luego los medios, elixieron para la embajada al cacique Curaquilla, en cuyo talle y cara parece que llevaba el sobre escrito de la falsedad, cuyo rostro ..... era dernâs de esto corcobado y contrahecho, con dos corcobas como hombre a dos hazes que a todas partes haze y tan de espaldas esta por delante como por detrâs.» (Pâg. 257, t. III.) Creemos que esta caricatura del cacique podrfa servir, a no existir otro, como argumento decisivo para probar el arraigado espafiolismo de su pluma. En efecto, el espafiol propende a la caricatura, al dibujo recargado como puede observarse en Quevedo, en Cervantes, en Goya y ahora ultimo en el genial Picasso. Y es que el hâbito de lo objetivo, de la realidad, provoca en los individuos este deseo de juego, hurla burlando, que no rcbalsa el mundo real de que nace sino que se queda quieta en ella. Vamos. La caricatura - valga la disquisici6n - no podrâ ser jamâs greguerfa, porque mientras ésta desrealiza los fen6menos en trance poético, aquélla los retuerce sin quitarle nada de la sustancia que lleva en su interior.

El espafiol es ducho y versado en este viril ejercicio. De ahi que Corpus Varga, al hablar de la «timidez espafiola1>, refiriéndose a su literatura, se haya equivocado candorosamente. La literatura espafiola, sobre todo cuando caricaturiza, es y serâ siempre muy real.

En cambio, la literatura novelesca chilena no ha alcanzado todavia este grado de confianza con la realidad que observamos en los escritores espafioles. Es grave y torva. No se ha entregado todavia el escritor chileno al objeto de la creaci6n - el hombre o el mundo - como lo hace el espaiiol y mâs intensamente aun, el ruso, con toda el alma.

Dejemos a un lado estas disquisiciones puramente intuitivas y volvamos a Rosales.

Eduardo Solar Correa ha observado en él cierta golosa disposici6n para la buena mesa. Efectivamente, nuestro sacerdote se deleita voluptuosamente cuando se refiere en la1gos capitulos a las aves y peces, relatando el sabor de sus cames y hasta el olor saludable que despiden desde el plato humeante. Es un gastr6nomo sin cuartel y este hecho, bastante antipoético,

corrobora cuanto hasta aqui se ha dicho sobre su buen sentido de la vida. Pero no pensen:os mal por esto de Rosales. Si estuvo lejos de ser un artista puro como Ovalle, ello se debi6 mâs que nada a su privilegiada organizacion sensorial, hecha para vivir la vida por todos sus costados, universalmente. Rosales fué artista cuando habia que serlo, asi como también a su tiemJ?O fué misionero, gastrônomo y amante de la filosofia. Cuando le toca sentir la vida en poesia la siente y la siente bien. He aqui algunos ejeniplos:

«Cuatro leguas de la ciudad -<lice refiriéndose a Concepcion - estaba la mina que llamaban de la Madre de Dios, en una vega apacible, que la fertilizan y alegran hermosos y cristalinos arroyos, cuyas doradas arenas son la risa del prado.» (Pâg. 465, t. 1.)

De los cisnes:

«Son del tamafio del ânade y su mas frecuente estaci6n es en las lagunas y rios grandes donde navegan con tanta gala que parecen unas bien adomadas gondolas, y sirven de no pequefio recreo a la vista, por ver una nave de pluma blanca nadar con tanta ligereza sobre la blanca espuma.» (Pâg. 318, t. 1.)

En otra parte se refiere a las lagunas de Chile, qt:e no hay materia de que no hable este escritor:

«De prop6sito he dejado para la postre. . . . . las lagunas de Tagua - Tagua . . : . . tienen seis leguas de circunferencia, _muchas truchas, varios géneros de peces y muchedumbre de _pajareria de varios colores que sobre las aguas forrnan un hermoso jardin de flores vivientes.» (Pâg. 258, t. I.) Esto es hablar en poesia de primera calidad.

En resumen, la *Historia Jeneral del Reyno de Chile,* es la mejor obra en su género escrita durante el periodo de la Colonia, y a su autor, Diego de Rosales, debe condérsele un lugar importante en la literatura espafiola de ultrarnar.

FELIPE GOMEZ DE VIDAURRE

El autor de la *Historia geogrofica, natural y civil del Reino de Chile,* don Felipe Gômez de Vidaurre, nacîô el afio 1748 en la ciudad de Concepcion. Fueron sus padres don Juan G6mez de Vidaurre, natw·al de Salta y dofia Manuel Giron. Personas de fortuna, poseia una estancia vecina a Concepci6n,

donde pas6 el futuro jesuita los primeros y mejores afios de su vitla, a juzgar por los recuerdos que hace en la obra tle su niiiez y por el espiritu rnismo de su caletre, ahincado en el n:eollo de esta tierra. Cuando dice Chile, <lice patria. El vinculo del hombre con la tierra es evidente, no adrnite dudas de ninguna especie. Por esta raz6n, llamamos a Vidaurre el primer escritor chileno que apunta en la historia literaria nacional.

En el escritor, cuando es de alg(m rango, habla siempre junto a su aspiritu, el alma de la raza, el pueblo en el cual viYe. Y Vidaurre en todo momento piensa, siente y escribe con:o chilen·o.

· Contaria unos once afios cuando le toc6 presenciar el terrible terremoto que asol6 la ciuda.d de Concepci6n en .l\1ayo de 1751. Poco mas tarde su padre lo envi6 a S ntiago para que estudiase en la Compafüa de Jesus, orden a que luego perteneci6. El afio 1767 - fecha aciaga para la orden - tuvo que partir a Italia, después de saborear con sus compafieros cl pan amargo del destierro. Corno se sabe, los jesuitas en desgracia fueron trasladados al Peru y de aqui siguieron viaje a la tierra de Dante. Junto con Vidaurre iba otro sacerdote egregio e ilustre, picado como él por el saber y la cu1tura, y que mas tarde habria de distinguirse en el mundo de las letras con sendas obras escritas sobre esta tierra: el abate Juan Ignacio 1\/lolina. Digamos, de paso, que la historia literaria nacional, cuenta con orgullo a estos dos escritores en el numero de sus hijos preclilectos y que la obra de ambos tiene muchos puntos de semejanza. Un fuerte hâlito francés vino a soplar sus frentes arr.-plias y serenas, prefiadas de s6Jidas ideas y de firmes conocimientos, razones estas demas para andar con cuidado si queremos clasificarlos correctaœente dentro de algun género literario.

Hemos die ho repetidas veces a lo largo de este trabajo que la naci6n es ante todo un sentimiento y que el individuo s6lo consigue expresarla cuando Jogra vincularse a ella. Chile en el siglo XVIII distaba aun mucho de este *desideratum.* Vivia atado todavia a los ideales de la Espafia del despotismo ilustrado, enclauslrado en el pedazo de tierra que el dcstino le sefialara, alimentando apenas vagos y esporâdicos anhelos de libertad. Pais en desarrollo y· evoluci6n, Chile presenta en esta época, a nuestro juicio, un curioso juego de intereses vitales. Por una parle, la econornia en crecimiento, no podia abastecerse con el simple mercadb de la metr6poli entregada a 1

incapacidad de los ultimos Habsburgo; por otro lado, el soplo enérgico de la Francia de los Luises, seiiora del mundo civilizado de aquellos tien:pos, tanto por su grandeza militar y econômica, como por su cultura, hizo sentir su influencia en la Colonia.; y, por ultinio, el natural arraigo del cbileno, producto genuino de la amalgama espafiol - arauc o. ya miraba estos vaIles y la majestad de esta tierra como algo propio, profundamente adherido a su existencia. Pero en este juego de intereses es necesario estâblecer prudentes jerarquias: Espafia manda en sus colonias y al fin de cuentas Chile es espaiiol. Lo primero es lo primero. En nuestro caso, Espafia serâ lo primero. Sin embargo, las ideas, la cultura de esta êpoca, fueron francesas, muy francesas, por lo que no cabe negar la influencia gâlica en el cerebro de Ios hombres letrados del siglo. ***Se sienle en espaiiol, Pero se vfre en fran-cé.;.*** De ahi que Vidaurre y Molina nos hayan dejado dos obras de tipo auténticarnente francés.

Conforrr:e a los ideales del enciclopedismo los escritores de la época hicieron arte mirando hacia Jas ciencias. Les preocup6 el saber, rio la creaci6n estética pura. De aqui result6 uria literatura antiliteraria, demasiado razonable, escrita por eruditos y para eruditos. Es lo contrario del arte artistico de que habla paradojalm·ente Ortega y Gasset cuando define el arte modemo. Y a la influencia del enciclopedismo no escaparon ni Vidaurre ni Molin a. Espiritcalrr:ente se sienten chilenos - mucho rnâs Vidaurce que Molina - pero intelectualmente operan a tra,-és de una s6Iida cultura francesa.

Para nosotros el autor de la ***Historia geografica, natural*** *y civil,* es el primer escritor chileno de nuestra literatura. Pero en su caso y en el de !\1olina es preciso distinguir el fondo de la forma. El fon'do es espafiol, adrr,itâmoslo de una vez; pero la forma es enciclopédica, vale decir, muy poco o nada literaria. Por esta raz6n consideramos tanto a uno como a otro los iniciadores de nuestra Iiteratura cientifica. Si estudiamos a Vidaurrc es para probar este aEerto. pues ni él ni Molina n:erecen estar incluidos en un panoran-a-literario con:o es el que hemos hecho en estas pâginas.

Que Vidaurre se siente chileno y bien chileno cuando escribe lo demuestra en sus propias palabras muchas veces: «Conozco lo grande del asunto y veo que mis fuerzas no pueden llegar a llcnar el proyecto - dice al explicar el oiigen de su obra - . Con todo, yo lo abrazo por el deseo que tengo de servir al p(t-

bfico y de hacer conor.er a mi patria en su propio y verdadero aspecto.» (Pag. 6) La palabra patria, en este caw, es el timbre de nacionalidad del escritor. Idéntico sentimiento puede açlvertirse en muchas otras partes del libro, pero seria largo seguir al autor en este terreno. He aqui, sin embargo, lo que dice del abate Molina: «Habian ya salido a luz en italiano los dos ensayos apreciabilisimos del sefior Juan Ignacio Molma, de los cuales valiéndome, yo confie dar a esta mi obra aquel carâcter que me habia propuesto. . . . . Porque, a Ja verdad, es tanta sù c}aridad que no deja lugar a la duda, sus noticias tantas que nada mas se puede pedir. Cuando él describe una cosa, por minima que sea, lo hace como si se hubiese hallado presente, cuando impugna un argwnento es indisoluble, cuando discurre, su raz6n es poderosa y s61ida; en suma, su obra lo hace ser un gran naturalista, un sincero historiador, *un modesto vindicador de su patria; y si esta obra lza lle.nado de gloria a Chile, por haber sido madre de tal ingem·o,* ella ha inmortalizado la memoria del sefior don Juan Ignacio Molina en los fastes de la historia literaria.» (Pag. 8) Puede verse c6mo el patriotisme de Vidaurre es tan rande que llega a participarselo a Molina, quien nunca hablara de esta manera.

Por otra parte, demestrar que a nuestr-o escritor importa muy poco la frase galana, el escarceo artistico, no es difkil. No Je interesa Ja verdad caliente y mutable del coraz6n. Le interesa la fria verdad de la raz6n. En el capitulo sobre las plantas - alimentares - de Chile <lice: «Seria nunca acabar si hubiese solo de hacer menci6n de todas las plantas alimentares de que usan los naturales del reino, y *fuera de mi proposito, que es de no hablar sino de lo que se puede sacar alguno joPdo de especial utilidad o ramo de comercio.»* (Pag. 122, t. 1.) lPuede llamârsele, después de oidas estas palabras, un literato? Creemos que no.

Y conste que nuestro autor ha cumplido a pie juntillas sus declaraciones. Al hablar de los rios, lamenta que no se aprovechel) sus aguas en la agricultura o en la industria; al hablar de los metales dice otro tanto. Es un hombre practico y no un literato.

Don Eduardo Solar Correa, que lo ha estudiado como literato, observa en Vidaurre alguna de sus facetas sensibles mâs notorias. Dice que el centro de su personalidad es la critica y la polémica. La observaci6n no puede ser mas exacta.

Nuestro autor se muestra siempre descontento de todo y quiere para Chile mejor reputaci6n en el extranjero, menos leyenda sobre su historia y un futuro mejor.

Es cierto que en él asoma el espiritu amplio y generoso de los hombres que al iniciarse el nuevo siglo, con la pluma y con la espada, darân el primer grito de libertad.

MIGUEL ANGEL VEGA I'viORALES